

朝顔

朝顔

Lucía Sabater

El título de este libro hace alusión a una flor conocida como *la gloria de la mañana* («*asagao*» en japonés). Tiene forma de campana y suele ser de color azul o violeta. Se abre durante las primeras horas de la mañana y se cierra cuando el sol se oculta. Esta flor es, para los japoneses, símbolo de la mortalidad y nos permite ser conscientes de que la vida es corta, pero hermosa.

Al pasar la página observaréis que los capítulos están escritos en japonés. Soy consciente de que no tendrán sentido para quienes no conozcan este idioma, pero plantearlo de este modo sigue una lógica. El índice es algo que pasamos por alto cuando abrimos un libro. Ansiamos comenzar cuanto antes la lectura y esas líneas no parecen despertar mucho interés en nosotros. Al ver unos caracteres que no nos resultan familiares, nuestro cerebro disparará la señal de una onda conocida como *N400*. Esto se debe a una incongruencia que procesamos ante un determinado estímulo. Nuestro cerebro no espera encontrar un índice escrito en un idioma desconocido para él. Aparte de provocar que dicha onda se active en la mente del lector, lo que realmente me interesa es que descubráis, capítulo a capítulo, qué significado tiene cada uno de ellos. Aclaro que no son frases traducidas al japonés; son proverbios japoneses. Algunos no tienen traducción directa al castellano y son conceptos verdaderamente profundos, un tanto alejados de la simpleza y tosquedad que a veces rodea a occidente.

Hecha la aclaración, sólo deseo que disfrutéis la lectura.

L. S.

ÍNDICE

1. 棚から牡丹餅.....	9
2. 芸は身を助ける.....	19
3. 京の夢大阪の夢.....	35
4. 金繕い.....	47
5. 恋の予感.....	71
6. しょうがない.....	87
7. 出る杭は打たれる.....	103
8. 灯台下暗し.....	125
9. 木枯らし.....	157

棚から牡丹餅¹

—¿Puedes ir a la máquina a por un par de cafés para tu tía y para mí? —preguntó mi madre sin esperar una respuesta por mi parte—. Toma —dijo entregándome 200¥.

—A mí no me apetece nada... Gracias por preguntar —murmuré mientras salía de la habitación.

Bajé a la segunda planta. Allí se encontraba la cafetería, por lo que había más máquinas expendedoras entre las que elegir. Al acercarme a una de ellas, caí en la cuenta de que mi madre no me había especificado qué tipo de café querían y yo no entendía de cafés. Nunca me ha llamado la atención el café; tiene un sabor amargo, tiñe los dientes y las galletas no saben bien mojadas en él. Aunque ahora hay muchos tipos de café. Incluso fríos. Pero un café frío debe ser como beber cerveza caliente.

¡Cuántos nombres! *Café solo, cortado, expreso doble, largo, americano, macchiatto, vienés, bombón y capuchino*. Lo más sorprendente era que la máquina no especificaba qué diferencias había entre cada uno de ellos. ¿Acaso sus fabricantes dan por hecho que quienes consumen café conocen todas las variedades habidas y por haber? No me parecía un buen método de *marketing*. Podía haber utilizado el móvil para buscar información, pero el único que podía comprar con el dinero que me había dado mi madre era el *café solo*. Introdu-

¹ Tana kara botamochi. Lit. «Cayó un botamochi de la estantería». El botamochi es un dulce muy especial y preciado para los japoneses. Se dice que una persona será muy afortunada si le cae un botamochi encima.

je las monedas y pulsé dos veces el botón de *café solo*. Para mi desgracia se trataba de una de esas máquinas diseñadas absurdamente que al recibir más de una orden se saturan y explotan. Esta, por suerte, no explotó, pero empezó a producir sonidos muy desagradables. La única solución eficaz que se me ocurrió fue darle golpes. Todos los aparatos eléctricos parecen reaccionar bien ante esta elaborada técnica. Expulsó las dos monedas que acababa de introducir y cesó el ruido. Inspiré profundamente y repetí mi acción, pero esta vez introduciendo únicamente una de las monedas. Cuando las máquinas se ponen nerviosas hay que actuar como con las personas: con mucha paciencia, dejando que se tomen su tiempo.

Mientras esperaba a que los vasitos se llenaran, observé a mi alrededor. Se notaba que estábamos a mediados de agosto y eran las cuatro de la tarde. Los pasillos estaban desiertos y no había que esperar para utilizar las máquinas. Nosotros estábamos allí porque mi tío se había resbalado limpiando la bañera y se había fracturado el brazo. Nada grave. Le habían hecho una radiografía y se lo habían escayolado. Ahora debíamos esperar a que llegase el médico para que le diera el alta.

La habitación que nos habían dado estaba en la planta 16. Al menos había buenas vistas. Como no me gustaban los ascensores había bajado por las escaleras. Me encanta bajar escaleras. Cuando faltan tres escalones para el final, salto. Las escaleras que más me gustan son las que tienen barandilla. No todas las escaleras tienen una. Me gusta apoyarme en ellas y saltar más de medio tramo de escaleras. Es una sen-

sación maravillosa. Es como si, por unos instantes, pudiera volar.

Subir hasta la planta 16 con un vasito de café en cada mano me llevó más tiempo del que pensaba. Había intentado coger el ascensor, pero a pesar de que había dos, nunca llegaban a la segunda planta. Uno de ellos no pasaba de la octava planta: 12, 11, 10, 9, 8, 9, 10, 9... El otro se había atascado en la cuarta. A veces parece que las máquinas conspiran contra la raza humana. Al menos las escaleras están siempre disponibles. Subí los escalones de uno en uno. De haberlo hecho como habituaba, de dos en dos, los 200¥ habrían terminado en el suelo y mi ropa manchada de café.

—Aquí tenéis los dos cafés —dije entregándole un vaso a mi tía y otro a mi madre.

—¿Y a mí no me has cogido nada? —preguntó mi tío fingiendo indignación.

—El dinero sólo daba para dos cafés... —me excusé.

—¡Es broma! —Me entregó 300¥—. Ve a la cafetería y cómprate lo que quieras. Todavía nos queda un rato.

La cafetería era amplia y tenía unos grandes ventanales que permitían que toda la luz de la tarde se filtrase sin obstáculo alguno. Sólo había dos mesas ocupadas junto a los ventanales que daban al jardín. En la más alejada se encontraban tres hombres trajeados. Supuse que estarían visitando a algún compañero de la oficina. No me fijé especialmente en su aspecto; los tres me parecían clones. La otra persona que se encontraba en una de esas mesas era un hombre de avanza-

da edad. Al entrar no me había detenido a observarle y desde la barra únicamente podía verle de espaldas. Los clones parecían estar discutiendo algún asunto del trabajo. No hablaban con un volumen excesivamente alto, pero al encontrarse tan vacía la cafetería, sus voces llegaban hasta mí. El hombre mayor observaba a través del cristal. Quizá su vista se hubiera detenido en el gran sauce que se encontraba situado en el centro del jardín. Me gustaba el paisaje que se podía observar y decidí que me sentaría en una de esas mesas.

Me costó tomar una decisión, pero finalmente escogí un bocadillo de salmón. Pagué y elegí una mesa alejada de los clones y el anciano. Quería estar tranquila y sin distracciones para poder sumergirme en mi mundo. Incluso me senté de espaldas a ellos. El bocadillo de salmón no tenía mal aspecto, pero después de dar el primer bocado me di cuenta de que el exterior no se correspondía con la calidad del producto; el pan estaba rancio y gomoso. Seguro que era del día anterior. Por no hablar de la ridícula cantidad de salmón. Había partes del bocadillo que se componían únicamente de pan. Aunque no era un manjar, me lo comí sin rechistar mientras observaba el enorme jardín. Aparte del sauce, había numerosos árboles, setos y flores que daban color al edificio. Dentro del hospital la temperatura era muy agradable, pero en el exterior el calor era abrasador. Al ser un día ventoso, las copas de los árboles se mecían con fuerza y desde el interior daba la impresión de que hacía frío. Pero era una falsa ilusión.

—El viento hoy es fuerte.

Giré rápidamente la cabeza. Era el hombre mayor. Sus manos se encontraban entrelazadas tras la espalda y su mirada estaba fija en algún punto del exterior.

—No podemos cambiar la dirección del viento, pero sí ajustar las velas. —Se volvió hacia mí—. Mi nombre es Arata Takahiro².

—Izumi Akiko —dije inclinando ligeramente la cabeza.

—Familia Izumi... —comenzó a decir para sí— Es un bonito apellido. ¿Lo escribís con el kanji de manantial³ o añadís el de agua⁴?

—Sólo el de manantial.

—¿Te gusta el otoño? —continuó preguntando.

—¿Lo dice por mi nombre? —intenté deducir.

—Podría ser un buen motivo —dijo sonriendo.

—Todo el mundo piensa lo mismo. No se escribe con el kanji de otoño⁵, sino con el de brillante⁶ —expliqué brevemente.

—Es mejor así, ¿no crees? —continuó sonriendo.

—No sé —respondí sin mucho interés.

—Los kanjis sólo son trazos creados con un pincel y un poco de tinta. El significado en cambio... —Se detuvo.

² En japonés, al igual que en otros idiomas, el apellido va antes que el nombre. Los japoneses pueden presentarse únicamente con el apellido, dejando el nombre para situaciones más íntimas.

³ 泉

⁴ 泉水

⁵ 秩

⁶ 明

—¿Va más allá de lo tangible? —intenté terminar.

—Con tu permiso voy a retirarme —dijo mirando su reloj de muñeca e ignorando mi respuesta—. Ha sido un auténtico placer conversar contigo.

—Igualmente —respondí con extrañeza sin saber muy bien qué decir.

Arata-san⁷ se dio la vuelta, pero después de dar dos pasos se paró en seco. Permaneció durante unos segundos en aquella posición hasta que, finalmente, se giró de nuevo hacia mí.

—Los hospitales son lugares sombríos. Absorben tu energía sin que te des cuenta. —No sabía si debía responderle, así que no dije nada y esperé a que continuara—. Si en algún momento te apetece conversar con alguien, mi habitación es la 1737.

—A mi tío le dan el alta hoy, así que... —dije sin poder ocultar cierto desconcierto.

—¡Oh! Bueno, en ese caso, cuídate. Espero que tu tío se mejore pronto.

Inclinó ligeramente la cabeza y se marchó de la cafetería. Me habría gustado responderle, pero mi cerebro no había podido reaccionar a tiempo. No era la primera vez que un desconocido me hablaba, pero sí era la primera vez que des-

⁷ En japonés existen títulos y honoríficos, al igual que en otros idiomas (*Conde, Monsieur, Lord, Sir, etc.*) con la particularidad de que se colocan al final del nombre o apellido, y no al comienzo. Se utilizan para referirse a una persona declarando cercanía, cariño, respeto o confianza. En este caso denota respeto.

pertaba en mí cierta curiosidad. No parecía una persona que frecuentase el hablar con extraños.

Al terminar de comer, cogí el plato y lo acerqué a la barra. Cuando me dirigía hacia la salida me topé con mis tíos. ¡Justo a tiempo! Mi madre había ido al aparcamiento para recoger-nos en la puerta del hospital.

Durante el trayecto, mi madre y mi tía conversaban acerca de las diferencias que había en el sabor del café según el lugar en el que lo compraras. Mi tío y yo, que estábamos en los asientos de atrás, observábamos el paisaje a través de nuestras ventanillas. No había apenas tráfico y las calles se encontraban muy tranquilas. Reconozco que el ambiente en el interior del coche me resultaba bastante incómodo. Sentía que, aparte del parentesco, no tenía nada en común con las personas que me rodeaban. ¿Qué podía preguntarle a mi tío? ¿Y qué podía aportar a la conversación del café?

Ver a la gente caminar por la calle me llevó a divagar acerca de la hipocresía del mundo moderno. Somos alrededor de 7.000 millones de personas. No parece una gran cifra hasta que te detienes seriamente a pensar en ella. Las nuevas tecnologías nos permiten ponernos en contacto con personas que, de otro modo, no llegaríamos a conocer. Pero 7.000 millones son muchos millones. Hay gente que tiene la necesidad de introducir a nuevas personas en su vida diariamente, como si una terrible enfermedad se hubiera apoderado de ellos. No son conscientes de lo difícil que es cuidar de nuestro pequeño círculo. Aunque la tecnología avance, el ser humano es limitado. No podemos abarcar infinitos datos como una máquina. Cuantos más medios tenemos, mayor es la soledad que nos embarga. Y es que no hay nada como el calor

humano. Pero no hablo de un calor literal. Las relaciones se sustentan en la comprensión, en ser escuchados y en sentir el apoyo de personas que significan algo para nosotros. Si sólo se saca coraje a través de una pantalla, ¿dónde queda la honestidad? Aquellos que se ocultan tras esa luminiscencia electrónica no son más que cobardes *en línea*. Seguro que el miedo les persigue cuando envían un mensaje y no obtienen una respuesta. O quizá sí la reciben, pero se retrasa durante horas o días. O quizá la respuesta que obtienen no se corresponde con sus expectativas y sienten frustración e incompreensión. Quizá, lo más sensato, sea aprender a no depender de nadie, ya que en este mundo *hasta tu sombra te abandona cuando estás en la oscuridad*.

—¡No teníamos que haber hecho caso al médico ese! —El elevado tono de mi tía me devolvió a la realidad.

Pude relacionar el tema de la discusión rápidamente. No era la primera vez que hablaban de cómo había muerto mi abuela.

—¡El problema no fue el médico! —respondió mi madre con brusquedad.

—¡Tampoco nos dieron más opciones! —espetó mi tía acalorada.

—Nada es menos lógico y racional que tomar una decisión. —Me introduje en la conversación, pues consideraba que por una vez sí podía aportar algo—. Hay gente que prefiere que otros decidan por ellos; hay quien no quiere perder el control de la situación en ningún momento. Están aquellos que no son muy amigos de los médicos y se decantan por métodos alternativos. Por el contrario, quienes tienen una

mente que se rige por la ciencia están al corriente de las técnicas diagnósticas y los procedimientos de última generación; consideran que, a mayor número de pruebas, mejores resultados. Tenemos también a los que confían ciegamente en la medicina y creen que siempre hay una solución. Y no olvidemos a los escépticos, desconfiados por naturaleza; consideran que el remedio es peor que la enfermedad. —Ni mi madre ni mi tía dijeron nada, así que cogí aire y continué con mi monólogo—. Esto se puede complicar todavía más, ya que todas las categorías pueden combinarse. Lo que está claro es que, de todas las influencias posibles, la que impera es la historia de quienes nos rodean. La medicina no es una ciencia exacta; no garantiza un final feliz. Incluso en las mejores circunstancias las cosas pueden torcerse. Por tanto, debemos aceptar que la medicina tiene zonas grises donde no hay respuestas correctas o incorrectas.

No sé qué opinión tenían acerca de lo que acababa de decir, pero a partir de ese momento nadie más volvió a hablar. Quizá había perdido el tiempo. Mi familia no era de hacer reflexiones filosóficas.

Aquella noche me costó más de lo habitual conciliar el sueño. Pensaba en el encuentro con Arata-san. ¿Cuánto tiempo llevaría en el hospital? Parecía estar muy solo. Seguro que su familia no le visitaba con mucha frecuencia. Eso me hizo recordar la temporada en que mi abuela había estado ingresada en el hospital. Mi tía y mi madre habían anotado en un calendario los días en que *debían* ir a visitarla. Alguna que otra vez discutieron porque una de ellas había pasado más horas durante la semana y quería *compensarlo* con la siguiente. A mí me parecía bastante ridícula aquella situación. Nadie

se queda en el hospital por gusto. Menos mal que mi abuela no fue testigo de cómo distribuían sus hijas el tiempo que iban a dedicarle. ¡Como si fuera una obligación! Yo tenía 9 años cuando sucedió todo aquello y no podía decidir nada. Era una pequeña marioneta que se limitaba a seguir las órdenes de los adultos. Si mi madre iba al hospital, yo la acompañaba. No me disgustaba ir, pero tampoco me importaba no ir. Recordar aquello me hizo pensar en Arata-san de nuevo. Quizá le alegraba verme por allí algún día.

芸は身を助ける⁸

Salí de casa después de comer. El calor era sofocante. El asfalto ardía y sentía cómo atravesaba la suela de mis deportivas. ¿En qué momento se me ocurrió que aquella era la hora más idónea para salir? Ni siquiera podía sentarme en la parada del autobús. No había ni una sombra y los asientos, al ser de plástico, estaban a punto de derretirse. El autobús era mi única salvación. Lo esperé como si se tratara de un frigorífico con ruedas.

Los primeros cinco minutos de espera se hicieron soportables, fui capaz de mantener la calma, pero después de un cuarto de hora comencé a desesperarme. Pasaron veinte minutos hasta que llegó. ¡Veinte! No me había movido en todo ese tiempo, pero parecía que alguien me había tirado un cubo de agua hirviendo por encima. Al subir sentí que abandonaba en aquella parada la mitad de mi cuerpo. Para mi desgracia, el aire acondicionado del autobús estaba estropeado. Era como si me hubieran sacado del horno y me hubieran metido en un microondas a máxima potencia. Si hubiera sido una mazorca de maíz, me habría convertido en un puñado de palomitas.

Llevaba un libro en la mochila. Siempre llevo uno. A veces no leo durante mis trayectos, pero me da seguridad saber que un libro me acompaña. Esta vez era el turno de *Siddhar-*

⁸ *Gei wa mi wo tasukeru*. Lit. «El arte ayuda al cuerpo». Proverbio japonés cuyo origen se remonta a la época de los samuráis. Cuando no tenían trabajo, vivían de las canciones que habían aprendido en el pasado. Aquellos que disponen de alguna cualidad artística, no sufrirán en época de penurias.

ta, de Hermann Hesse. No era un libro que abultase mucho, así que mi mochila no pesaba apenas. Cuando leí *Ana Karenina* desarrollé una musculatura en la espalda desconocida para mí hasta el momento. No era la edición de bolsillo, pero dudo que hubiera cambiado mucho la situación de haber sido así. Siempre me ha resultado curiosa esa forma de denominar a los libros de tapa blanda y letra minúscula. Ninguno cabe en un bolsillo normal.

Cuando llegué al hospital recordé el número que me había dicho Arata-san y subí a la planta 17, busqué la habitación 37 y llamé a la puerta. Esperé. No hubo respuesta. Volví a llamar de nuevo. Silencio absoluto. No parecía haber nadie en el interior, pero no sabía si debía abrir la puerta o esperar a que alguien viniera. Quizá había salido. O quizá estaba dentro y no me escuchaba. Después de estar durante un par de minutos valorando cuál era la mejor opción, opté por girar el pomo. La puerta estaba abierta. Vacilé durante unos segundos. Entrar sin su permiso no estaba bien. Solté el pomo. Estaba a punto de darme la vuelta cuando escuché una voz detrás de mí.

—Veo que has venido. —Me di la vuelta rápidamente. Era Arata-san—. ¡Ni que hubieras visto a un fantasma! —rio Arata-san.

—Disculpe. Es muy silencioso —respondí intentando que mi corazón recuperase su velocidad normal.

—¡Adelante! —exclamó enérgico.

La habitación era igual que la de mi tío. Nada más entrar había un pequeño pasillo con una puerta situada en el lado izquierdo; era la puerta del baño. De frente había unas venta-

nas de gran tamaño que filtraban una abundante luz. Las paredes eran completamente lisas y estaban pintadas de un color verde pera. Una vez atravesabas el pequeño pasillo había una cama, una mesita con una lámpara y un armario en el lado izquierdo. Frente a la cama había un aparador con una televisión y sobre ésta un cuadro donde podía observarse el monte Fuji a lo lejos, el lago Kawaguchi a sus pies y un cerezo en flor en la esquina inferior. El lado derecho de la habitación disponía de un par de sillas de tela grisácea con reposabrazos y una mesa de centro con un florero vacío. Consideré que la habitación de Arata-san estaba mejor orientada que la de mi tío, ya que daba al oeste y podía disfrutar de las puestas de sol.

—¿Te puedo llamar Aki-chan⁹? —preguntó educadamente.

—Sí —respondí de inmediato.

—A mí puedes llamarme Hiro-san.

—De acuerdo —respondí mientras avanzaba hacia el interior de la habitación.

—Toma asiento, por favor.

Me senté en una de las sillas y me sorprendió comprobar que era más cómoda de lo que aparentaba.

—¿Tu tío está bien? —preguntó de pronto.

—Sí. Le dieron el alta ayer. No tiene de qué preocuparse.

⁹ Sufijo japonés que indica cercanía, confianza.

—No me trates de usted, por favor —dijo riendo mientras se sentaba en la silla que quedaba libre—. Me hace sentir aún más viejo. —Asentí con firmeza.

No suelo prestar atención a la ropa de la gente, pero Hiro-san vestía como un visitante de hospital, no como un paciente. Llevaba una camisa blanca de lino y unos chinos color beige. No eran prendas ostentosas ni de marca, de hecho, eran muy sencillas, pero las portaba con una elegancia digna de un Emperador.

—Si tu tío está bien, ¿por qué has venido? —preguntó ri-sueño.

Su rostro mostraba una gran vitalidad. Estaba bien afeitado y tenía mucho más pelo que mi tío. Las canas no eran blancas; tenían una tonalidad grisácea. Las arrugas que presentaba no eran más que unas tímidas líneas que se acentuaban, únicamente, cuando dibujaba alguna emoción en su rostro.

—No tengo nada que hacer. —Aquello no sonó como me habría gustado, pero me di cuenta después de decirlo—. Como estoy de vacaciones tengo mucho tiempo libre y seguro que no recibes muchas visitas... —No terminé la frase porque sentí que lo estaba empeorando.

—Sé lo que quieres decir, no te preocupes —rio fuertemente.

—¿Quieres que ponga música? —Cuando no sabía de qué hablar recurría siempre a la música.

—¡Oh! Música. Así me enseñas cuáles son los grupos de moda.

—La música que yo escucho no es muy actual...

—¡Sorpréndeme!

También llevaba en la mochila un pequeño altavoz y el *MP4*. Puede resultar extraño que tuviera un altavoz, pero una vez vi a una mujer sacar en el autobús una tetera de su bolso. Y no se trataba de un objeto que acabara de comprar. La sacó porque estaba buscando algo y, al parecer, le estorbaba para dar con ello. La colocó en el asiento de al lado con una naturalidad pasmosa. Me recordó a *Mary Poppins*.

Coloqué el altavoz sobre la mesita y encendí el reproductor. Estuve buscando por las diferentes carpetas durante un buen rato, hasta que, finalmente, me decanté por el *Cuarteto op. 131* de Beethoven. Conecté el altavoz y pulsé el botón de *play*.

—Música clásica...—dijo cerrando levemente los ojos y tomando aire profundamente— ¿Qué obra es?

—Es el *Cuarteto opus 131* de Beethoven —comencé a explicar—. Se trata de una obra atípica en muchos aspectos. Uno de ellos es el número de movimientos. Tiene 7 y, además, han de interpretarse uno detrás de otro, sin pausa. Ahora estamos escuchando el primer movimiento. —En su expresión percibí un gran interés y me animé a seguir hablando—. Como primer movimiento de un cuarteto es algo inesperado. Los demás cuartetos de Beethoven comienzan con todos los instrumentos al unísono, mientras que en este van incorporándose poco a poco. Se trata de una fuga, pero muy poco escolástica en su desarrollo. El comienzo, en cambio, es muy ordenado: comienza el primer violín y le siguen, por orden de

tesitura, el violín segundo, la viola y el violonchelo, cada uno con una distancia de 4 compases.

—¡Qué interesante! —exclamó.

—Lo compuso alrededor de 1826, un año antes de su muerte —continuó—. Al no haber pausas entre los diferentes movimientos, los instrumentos se van desafinando paulatinamente. El efecto que esto produce se asemeja al desgaste que produce el tiempo en nuestras vidas. Los instrumentos necesitan una pausa para poder recomponerse, pero los tiempos entre los movimientos no lo permiten. Beethoven ya se encontraba enfermo cuando lo compuso y quizá fuera un modo de reflejar ese declive.

—¿Los diferentes movimientos son para afinar los instrumentos? —preguntó con curiosidad.

—En absoluto. Puedes escuchar únicamente el movimiento de una obra, pero para poder entenderla en su totalidad es preciso que escuches todos sus movimientos. Al igual que un libro presenta una introducción, un nudo y un desenlace, las composiciones musicales cuentan una historia. Los movimientos se corresponden con las diferentes partes de la obra. A su vez, cada movimiento tiene un inicio y un final. Entre los movimientos es común que haya una pequeña pausa donde los músicos aprovechan para afinar sus instrumentos, pero no están creados específicamente para eso. Un pianista también interpreta en sus obras estas pausas, pero no afina su instrumento.

—¿Cuántos movimientos suelen tener las obras?

—Veamos... Las diferentes formas musicales tienen distintas normas sobre el número de movimientos requeridos. Sin embargo, hay numerosas excepciones. Por ejemplo, la *Sinfonía nº 6* de Beethoven y la *Sinfonía Fantástica* de Berlioz tienen cinco movimientos, cuando lo convencional en una sinfonía de ese período es tener sólo cuatro. También es posible enlazar dos o más movimientos sin interrupción, como los movimientos tercero y cuarto de la *Sinfonía nº 5* de Beethoven o de la *Sinfonía nº 2* de Sibelius. Incluso todos los movimientos de una pieza pueden sonar consecutivamente sin interrupción alguna, como es el caso de este cuarteto.

—Veo que no sólo escuchas música clásica, sino que sabes de ella —expuso con cierto asombro.

—Considero que para escuchar música clásica y disfrutarla plenamente es necesario conocerla.

—Ahí disiento contigo. No creo que sea necesario. Yo, que no tengo conocimientos en este ámbito, soy completamente capaz de disfrutar de esta hermosa melodía.

—Hasta cierto punto. Es como leer un libro donde no tienes ningún tipo de información acerca del autor ni de su contexto sociocultural. Yo considero que no lo disfrutas igual. No me refiero a disfrutar con él a secas, sino a comprenderlo y conectar a un nivel más elevado.

—¿Crees que la música tiene un significado?

—Claro que tiene un significado —respondí de inmediato.

—¿Y cuál es?

—Un compositor compone cuando de su interior surge una emoción; la transforma en música. Lo que llega a nosotros al escucharla es parte de su alma y si conseguimos conectar con ella, incluso nuestro estado de ánimo se altera. A lo mejor te sientes feliz, pero escuchas el *preludio 24* de Chopin y sientes que la desesperación se apodera de tu corazón. Sin conocer a Chopin ni los motivos que le llevaron hasta esa composición, has alcanzado parte de su alma.

—¿Pero es necesario entender su significado? ¿Por qué esa incesante búsqueda de significado? No está claro que ningún arte lo reclame, y de todas las artes existentes, seguramente la que menos lo reclama es la música, pues, aunque es la más íntimamente ligada a las emociones, resulta totalmente abstracta; carece de toda capacidad formal de representación. Podemos ir a ver una obra de teatro para aprender acerca de los celos, la venganza, la traición, el amor, pero la música instrumental no puede decirnos nada de estas cosas. La música puede poseer una maravillosa perfección formal, casi matemática, y a su vez poseer una ternura, un patetismo y una belleza desgarradores. Pero no tiene que tener ningún significado. Uno puede recordar una melodía porque le gusta y ésa es razón suficiente. O podría no haber razón alguna.

—Pero la música despierta sentimientos en las personas. Sin necesidad de haber leído qué subyace tras la obra, si escuchas el inicio de la *5ª Sinfonía* de Beethoven no creo que sientas felicidad; si escuchas *Eine Kleine Nachtmusik* de Mozart no creo que sientas tristeza. La tonalidad, los patrones rítmicos, el tempo y los matices tienen la capacidad de modu-

lar nuestros sentimientos. También existe la música programática donde sí encontramos una historia implícita.

—Insisto. ¿Es necesario entender su significado?

—Creo que no te estoy entendiendo —respondí con cierta confusión—. Pensaba que ya había respondido.

—Imagina que tengo a un conocido que es artista y expone en una galería mañana. Es de arte moderno. ¿Querías que fuéramos?

—No —respondí de inmediato.

—Pero no has visto sus obras —insistió—. A lo mejor te gustan.

—Si dices que es arte moderno no creo que me guste.

—¿Y si te dijese que yo ya he estado en alguna exposición suya y sí me han gustado sus obras?

—Que a ti te hayan gustado no significa que a mí vayan a gustarme.

—Entonces si te dijera que sus obras no me han gustado coincidirías conmigo, aun sin haber ido a verlas.

—Eso es.

—No deberías tener una mente tan cerrada. No has de juzgar sin conocer.

—Ahora cualquiera puede hacer arte. Bueno, yo no considero que sea arte. Me refiero a que...

—La belleza de las cosas existe en el espíritu de quien las contempla —me interrumpió—. ¿Y qué es el arte, sino belleza en estado puro?

—Entonces si alguien observa un punto negro sobre un fondo blanco y esa persona considera que eso es bello, ¿ya es arte? No tiene sentido. Al menos para mí. Y los artistas de ahora sólo buscan fama y dinero. Para crear belleza, para crear arte, necesitas inspiración. No puedes forzar la inspiración; viene a ti cuando menos te lo esperas. Se supone que el artista intenta transmitir algo con el arte, ¿no?

—Tienes razón en algunos aspectos, pero ten presente que la inspiración más honesta nace de un corazón roto, de una herida que no cicatriza y de unos ojos en los que nunca deja de llover.

—¿Y eso qué significa? ¿Que si el artista no ha sufrido no va a poder hallar el estado de inspiración más idóneo? Entonces, ¿qué clase de arte genera quien no ha sufrido? Y los que buscan únicamente la fama y el dinero, ¿qué clase de inspiración alcanzan?

—Cada persona halla la inspiración en diferentes lugares, estados y pensamientos. El arte no es algo que pueda generalizarse. Yo he hablado de honestidad, otro concepto al que va ligado el arte. Si tu meta es obtener dinero, puedes crear arte...

—¡Eso no es arte! —le interrumpí con indignación— El artista nunca busca lucrarse. Crea como forma de expresión.

—Eres muy joven, tienes mucho que aprender de la vida y, aun así, tu mente es tan rígida como la de un viejo cabezota —rio.

—No tengo una mente rígida —refunfuñé—. Lo que sucede es que no puedo aceptar que eso sea arte.

—¿Qué te parece si lo dejamos por hoy? Se ha hecho tarde.

Era cierto. La música había cesado hacía tiempo y el sol estaba ocultándose en el horizonte.

—¿Quieres que venga mañana?

—Siempre te recibiré con la puerta abierta —sonrió.

—¿A qué hora?

—¿A las 15:30?

—De acuerdo.

—¿Te gusta el té?

—Sí.

—Las 15:30 es una hora perfecta para tomar una buena taza de té —concluyó levantándose de la silla.

Guardé el altavoz y el *MP4* en la mochila y abandoné la habitación. Al cerrar la puerta observé cómo el sol de la tarde comenzaba a esconderse tímidamente para despedirse del día. Era asombroso lo rápido que había transcurrido el tiempo.

Mientras esperaba a que llegara el autobús, la noche se abrió paso. A pesar de que en verano los días tenían más ho-

ras de luz, a las seis y media de la tarde ya era de noche. Podían desplazar un par de horas el horario para que se hiciera de noche un poco más tarde. Que amanezca a las cuatro de la mañana no tiene sentido para mí; la mayoría de la gente está durmiendo a esa hora. En cambio, en invierno amanece alrededor de las seis y media, pero a las cuatro y media de la tarde ya es de noche. Está claro que yo no soy quien se encarga de establecer los horarios.

Cuando subí al autobús pude elegir asiento, ya que únicamente había dos mujeres de mediana edad conversando. Me senté justo detrás de ellas. Parecían un dúo de cómicos. Una de ellas era bajita y rechoncha. Su espalda era exageradamente ancha y su cuello se ocultaba entre sus enormes hombros. La otra era muy alta y estaba escuálida. Tenía un cuello larguísimo y todas sus extremidades parecían ramificaciones de un árbol. Estaban sentadas y no podía observar bien su estatura, pero a la primera no le llegaban los pies al suelo y la segunda le sacaba más de media cabeza. Era como observar a un armadillo hablar con un insecto palo.

—Esta noche prepararé unos bistecs que he comprado en el supermercado —dijo el insecto palo.

—¿¡Los que han puesto en oferta!? —exclamó el armadillo—. Cuando he llegado ya no quedaban. ¡Qué suerte!

—A Satoshi le encantan. ¡Verás qué contento se pone! —añadió innecesariamente el insecto palo.

—¿Qué tal le van los estudios? —preguntó el armadillo.

—¡Estupendamente! Siempre ha sido un chico muy estudioso. ¡Qué suerte he tenido! —alardeó el insecto palo—. ¿Qué tal va Takeshi?

—Bueno... Los estudios podría llevarlos mejor, pero en béisbol es el mejor de su equipo. ¡Ha ganado varios torneos! —se jactó el armadillo.

—¿Quiere dedicarse profesionalmente al béisbol? —preguntó el insecto palo.

Dejé de prestar atención. Era la típica conversación que frecuentaban las amas de casa: hablar de las ofertas que habían conseguido, del nuevo producto de limpieza que iban a probar, de la cena que iban a preparar y de lo maravillosos que eran sus hijos. ¡Qué aburrimiento! Conversaciones insulsas donde pretenden mostrar lo perfectas que son sus vidas. ¿Por qué la gente disfruta hablando de eso?

Pensé en lo que había estado debatiendo con Hiro-san: «*El arte no puede generalizarse*», había dicho. «*La inspiración más honesta nace de un corazón roto*», «*Si tu meta es obtener dinero, puedes crear arte*». Ahí le había interrumpido. Me habría gustado poder extender mi respuesta, pero el tiempo se nos había echado encima. En la mochila, además de un libro, llevo siempre un cuaderno para dibujar y anotar ideas que acuden a mi mente. En aquel momento las palabras bombardeaban mi cabeza y saqué el cuaderno para dar forma física a esos pensamientos:

Al igual que el amor, la inspiración no puede forzarse. Si te obligas a sentarte frente a una hoja en blanco, las ideas no fluirán de forma natural. Muchos piensan que funciona de este modo, pero no es así. La inspiración surge de la observa-

ción, de sentir con el alma, de ver lo que otros no ven; los detalles son siempre quienes marcan la diferencia. ¿Qué sucede con la calidad de las creaciones? ¿Por qué se está perdiendo potencial? Nunca volveremos a toparnos con aquellos que merecían que la palabra genio se escribiera con mayúsculas. La gente vive con excesiva prisa, con exagerado miedo y exacerbada mediocridad. ¿Dónde quedan las inquietudes, las dudas existenciales, las imposibles quimeras? Ahí están. Disfrazadas de consumismo, apariencia, crítica, envidia e incapacidad. Incluso aquellos que consideran estar dentro de esa deformada pompa henchida de virtuosismo, genialidad, intelectualismo y perfección, no son más que unos péfidos pusilánimes, insulsos prepotentes y aciagos farsantes.

Al igual que el respeto no puede imponerse a la fuerza, la superioridad no puede utilizarse para intimidar. Quien utiliza la fuerza para exigir respeto, sólo obtendrá sumisión por miedo. Quien utiliza el intelecto para mostrar su supremacía, sólo demostrará su inferioridad. Se ha tornado siempre erróneo este concepto. Se ha de admirar a la persona capaz de mostrar a los demás un mundo mejor, aquel avezado a prestar ayuda de forma altruista, esa figura intachable, inalcanzable, perteneciente a otro mundo, pero dispuesta a conectar su alma con otros. ¿Por qué se veja a estos últimos y se ensalza la mezquindad de los primeros? Este mundo se ha vuelto completamente loco.

Cuando terminé de escribir, mi parada había quedado atrás hacía rato. Pulsé el botón para bajar en la siguiente y me sentí la persona más afortunada del mundo al ver que el armadillo y el insecto palo se preparaban también para bajar. ¡Estupendo! Ahora puedo seguirlas y ver si todo lo que han

hablado es cierto. Obviamente no me interesaba en absoluto. Al poner los pies sobre el asfalto me fijé en cómo se alejaban. Me hizo gracia comprobar que, efectivamente, estando en la calle podía verse mucho mejor el contraste entre aquellos dos personajes.

Aquella noche había bistecs para cenar. Pensé en el insecto palo y en el armadillo. Quizá mi madre hubiera coincidido con ellas en el supermercado. Este pensamiento me resultó gracioso. A lo largo de nuestra vida coincidimos con muchas personas diariamente. Sin embargo, sólo hablamos de coincidencias cuando nos topamos con algún conocido. Resulta lógico. Si no conocemos a alguien, ¿qué sentido tiene decir: «he coincidido con un desconocido»? Cuando te encuentras con un conocido, esa coincidencia suele derivar en una conversación. ¿Es esa conversación la que da sentido a las coincidencias con conocidos y hace que cualquier encuentro con un *no conocido* carezca de importancia? Si el conocido es una persona que no nos cae bien, precisamente lo que evitas con ese encuentro es mantener una. Parece que todo gira en torno a lo mismo.

—¿Me estás escuchando?

Mi madre me estaba mirando con cara de pocos amigos. Me había sumergido completamente en mis pensamientos y todo a mi alrededor había desaparecido. Me pasaba constantemente.

—No. ¿Puedes repetir? —dije sin mucho interés.

—¡Siempre a tus cosas! ¡Parece que el mundo gira únicamente a tu alrededor!

Ignoré su comentario. La única palabra que continuó rondando por mi cabeza fue *girar*. La Tierra gira alrededor del Sol. La Luna gira alrededor de la Tierra. Los humanos giramos alrededor del tiempo, repitiendo constantemente los mismos errores. El tiempo, a su vez, gira alrededor de unas pequeñas manecillas que nunca se detienen. Y entre tanto giro, entre tanta vuelta, la vida avanza impasible.

El resto de la cena transcurrió en absoluto silencio. Me incomodaba bastante escuchar el sonido de los cubiertos chocando contra la superficie del plato, así que me apresuré en vaciarlo de comida.

Subí a mi habitación y saqué el libro de *Siddharta* de la mochila. Estuve leyendo hasta bien entrada la madrugada. Cuando me quedaban menos de diez páginas para terminarlo, el sueño se apoderó de mí y fui incapaz de leer una sola línea más. Apagué la luz y dejé que el mundo de los sueños se apoderara de mí.

京の夢大阪の夢¹⁰

Mientras esperaba el autobús, escuchaba la *Cavatina*. La palabra me resultaba graciosa; proviene del italiano *cavata* y hace alusión a una canción corta de carácter simple. La *Cavatina* es el nombre que recibe el 5º movimiento del *Cuarteto en si bemol mayor op.130* de Beethoven. Esta obra, originalmente, estaba formada por seis movimientos, sin embargo, su interpretación en la época no fue del agrado del público debido a su último movimiento, la *Grosse Fuge*. Beethoven estaba convencido de que la *Grosse Fuge* representaban la cumbre de su creación, pero tuvo una pésima recepción. Su editor le sugirió, amablemente, reemplazarlo por otro que se adecuase más a las normas de la época. Beethoven compuso el *Finale: Allegro* como final alternativo y su *Grosse Fuge* se publicó por separado. Actualmente, este cuarteto se interpreta respetando la composición original, seguido del final alternativo como un séptimo movimiento.

Eran las tres y veinte cuando bajé del autobús. Ocho minutos después me encontraba en la decimoséptima planta del hospital frente a la puerta de Hiro-san. Llamé enérgicamente con los nudillos y una voz respondió desde el interior invitándome a entrar.

—Buenas tardes —saludé sonriendo nada más cruzar la puerta.

¹⁰ *Kyoto no yume, Osaka no yume*. Lit. «Sueño de Kyoto, sueño de Osaka». Este proverbio hace alusión a la fugacidad de lo que nos rodea. Todo es pasajero; nada es eterno.

—Buenas tardes —respondió devolviéndome la sonrisa—. El té estará listo en un par de minutos. —Observé que junto al florero había una pequeña tetera de barro sin ningún tipo de adorno y un par de tazas, también de barro, situadas junto a ella—. Llegas muy puntual —continuó diciendo—. ¿Quieres que compremos algún dulce en la cafetería para acompañar al té?

—No es necesario. Siempre tomo el té solo.

—Así lo tomaba mi abuelo alegando que el mejor té es el que se encuentra al fondo de la tetera, con los posos, bien amargo, sin ningún tipo de sucedáneo que camufle su sabor.

—Tampoco he dicho que me guste el té amargo con posos —añadí de inmediato—. Sólo he dicho que no lo acompaño con nada.

—¿Si estuviera muy amargo comerías algún dulce para acompañarlo?

—No.

—¿Por qué?

—Aunque el sabor no me agradase especialmente sé que tiene propiedades verdaderamente positivas, así que me lo bebería con esfuerzo, pero sin rechistar. Además, los dulces no son lo mío.

—Te habrías llevado bien con mi abuelo —rio fuertemente—. Bueno, ¿qué música traes para mí hoy?

—¿Quieres que ponga música? —pregunté con cierta sorpresa.

—¡Claro! —respondió extrañado— ¿Por qué no iba a querer?

—En ese caso... —Alcancé mi mochila y busqué el altavoz y el MP4. —¿Quién es esta vez? ¿Mozart? —intentó adivinar.

—No. Beethoven de nuevo.

—¡Estupendo! A ver con qué nos sorprende Beethoven esta vez.

—¡*Cuarteto op.130*! —Desconecté los auriculares del MP4 y conecté el altavoz—. Cuando comience la *Grosse Fuge* quiero que prestes especial atención a las armonías que aparecen.

—Si me indicas cuándo es ese momento...

—¡Por supuesto!

Es curioso observar cómo se modifica la percepción del entorno atendiendo a la compañía. Cualquier lugar cobra magia si la persona resulta de tu agrado, aunque el paisaje resulte de lo más cotidiano y carezca de encanto. Sin embargo, un hermoso lugar con una compañía poco idónea puede transformarse en un infierno al que rehúses volver. Según nuestras experiencias en los diferentes entornos sentiremos nostalgia, dolor, felicidad, ira... Con la música sucede algo similar. Cada obra que escucho tiene un contexto y unos sentimientos concretos. Cuando una melodía que conozco llega a mis oídos en un ambiente desconocido, algo se activa en mi interior. Es como cuando te encuentras con un profesor haciendo la compra o paseando por la playa en chanclas y bañador. Sabes que tiene una vida más allá del aula, pero para ti esa persona va asociada a una bata y a una tiza dentro de clase. Re-

conocer su contexto de origen y compararlo con el actual despierta una curiosa emoción en mí. Y cuanto mayor es la diferencia entre ellos, más me cuesta conectar con sus sentimientos originales. Pero ya sean positivos o negativos, escuchar algo tan cercano y especial resulta reconfortante. Porque para mí la música es como esa persona a la que queremos más que a nada en este mundo y nos agrada encontrar sea cual sea el momento y el lugar.

—¡Ahora! —exclamé con emoción—. Escucha cómo comienzan a presentarse los instrumentos. Después del primer minuto entran todos en juego. Primero tímidamente. Posteriormente van cogiendo fuerza y cada uno expone su tema. Parece que no se escuchan entre ellos, pero si no te centras en ninguna de sus conversaciones, te darás cuenta de que, aunque individualmente no dé esa impresión, lo que dicen en conjunto es completamente coherente. —Me detuve para ver si quería hacer algún comentario, pero Hiro-san hizo un gesto con la cabeza indicando que continuase—. Beethoven lo compuso cuando le quedaba poco de vida y no fue una obra que gustase, ya que rompe con las normas estéticas y armónicas de la época.

—Aki-chan, creo que me sobreestimas. Me cuesta enormemente seguir todos los parámetros de los que hablas. No distingo la melodía que hace el violín de la que hace el chelo. Ni siquiera sé cuándo escucho un violín o un chelo.

—¡Diantres! —dije para mí frunciendo el ceño y apretando los labios.

—¡No te preocupes! —se justificó rápidamente— Poco a poco mi oído irá aprendiendo. No está acostumbrado a escuchar música a este nivel.

—Está bien —dije con cierta decepción por no ser capaz de transmitir lo que yo estaba escuchando. Mientras tanto, la música estaba llegando a los compases finales—. ¡Atento! —exclamé con emoción—. Beethoven recupera el tema inicial con una variación para dar fin a la composición. Todos los instrumentos van *in crescendo* hasta llegar a este fragmento que juega con la expectación del oyente. ¡Escucha el lamento del violín! Es verdaderamente increíble cómo evoluciona a una tonalidad mayor para finalizar con la obra.

—Aki-chan, aunque mi oído no sea capaz de captar todas las cosas que intentas explicarme, ver cómo vives la música es suficiente para entenderla —dijo sonriendo.

—¿De verdad? —dije sonrojándome ligeramente.

—Ojalá todo el mundo fuera capaz de disfrutar así de la música. Entendiendo por música esto y no lo que se escucha actualmente —añadió guiñándome un ojo.

—Gracias —respondí con una sonrisa.

—Voy a hacerte una pregunta que quizá te resulte extraña.

—Dime.

—¿Qué opinas de los sentimientos de las personas?

—Qué pregunta tan abstracta... Diría que los sentimientos de las personas son inestables e imposibles de entender.

—Sabía que responderías algo así —rio fuertemente. Yo fruncí el ceño—. Coincido contigo en que los sentimientos son inestables, pero no olvides que para bien o para mal.

—¿Cómo que para bien? —pregunté sin pensar mucho en lo que acababa de decirme—. ¿Qué puede tener de positivo?

—Irás viendo a lo largo de tu vida, que perderse es el secreto para encontrarse a uno mismo —dijo con solemnidad—. Nos enriquece y es necesario si quieres madurar.

—Entonces es mejor que me pierda cuando busco un sitio —concluí dudosamente—. ¿No sería mejor llegar directamente al sitio sin perderse?

—Una vez más, me has vencido —rio de nuevo.

—¿Qué significa eso? ¿Tengo razón? —pregunté con confusión.

—Respóndeme a una cosa. ¿Siempre has tenido todo claro en la vida?

—Lo que me gusta sí —dije inmediatamente.

—¿Y qué me dices de lo que no?

—Pues no sé decirte... —dudé unos instantes—. Supongo que no.

—Bien. Ahora quiero que me digas un momento de tu vida en el que dudarás.

—¿Como cuando no sé si comer espaguetis o pizza? —bromeé.

—¡Venga! —sonrió—. Tómalo con seriedad.

—De acuerdo... —Tardé una eternidad en dar forma a mis pensamientos. Al menos esa fue la impresión que me dio. Traducirlo en palabras me resultaba muy complicado—. Cuando vi que no podía caminar por el sendero que daba sentido a mi existencia —dije finalmente.

—¿Cómo te sentiste en aquel momento?

—Pues... —titubeé unos segundos—. Al principio actuaba de un modo bastante inconsciente, pero al cabo de unas semanas me di cuenta de que mis recuerdos comenzaban a desaparecer. E incluso notaba cómo una parte de mi corazón, una parte más grande de la que podría haber imaginado, desaparecía por completo. Dejé de ser yo. Era como si tuviera que interpretar un papel en una obra de teatro, con la diferencia de que no podía dejar de actuar.

—Lo que acabas de decir es muy profundo. —Alcanzó su taza de té—. El mundo deja de brillar cuando uno deja de hacer lo que quiere, ¿verdad? —Hiro-san observaba el líquido verdoso del interior de la taza como si pudiera ver en él los secretos del universo—. Pero si te equivocas sólo tienes que buscar otro camino. Porque existe, no lo dudes.

—Tener fe y fingir no ver la realidad son dos cosas totalmente diferentes —respondí con cinismo.

—En eso te equivocas por completo —sonrió de tal modo que únicamente se dibujaron unas sutiles arrugas en la comisura de sus labios—, pero es algo que irás viendo conforme crezcas.

—Como comprobar que el pronóstico del tiempo ha acertado. Únicamente debemos esperar a que llegue el día y observar si lo previsto se cumple —dije con sarcasmo.

—*No basta saber, se debe también aplicar. No es suficiente querer, se debe también hacer.* Tenlo presente.

—Goethe, ¿no? ¿O quieres que crea que esas palabras son tuyas? —dije arqueando la ceja derecha.

—Terminarás conmigo —rio fuertemente.

Los temas se sucedían uno detrás de otro. En el interior de la tetera no quedaba ni una sola gota de té. Si observaba por la ventana podía ver las nubes teñidas de colores anaranjados y rojizos.

—Deberías marcharte. Ya está anocheciendo —dijo de pronto.

—¿Mañana vengo a la misma hora?

—Por mí estupendo. ¿Querrás tomar té?

—Por supuesto.

—¿A cambio me enseñarás alguna obra nueva?

—¡Claro! —exclamé con entusiasmo.

—Antes de que te vayas quiero hacerte una última pregunta.

—Adelante.

—Yo suelo enamorarme de algún compositor o artista y escuchar su música una y otra vez, de manera casi exclusiva, durante semanas o meses, hasta que otra música u otro artis-

ta lo reemplaza. Creo que no me equivoco si afirmo que tú ahora mismo tienes a Beethoven como compositor favorito. Mi pregunta es: ¿a quién ha reemplazado? ¿Qué compositor estuvo antes que él?

—Beethoven no ha reemplazado a nadie. Cuando dices que tú escuchas de forma continua a un artista hasta que es reemplazado por otro, ¿quieres decir que ya nunca más lo vuelves a escuchar?

—Al principio me emociona mucho. Quizá por la novedad. Quiero conocer todo acerca de ese artista o esa música en concreto. Pero conforme pasa el tiempo, ese sentimiento se va apagando paulatinamente. —Su mirada se entristeció—. Con las personas sucede lo mismo...

—¡Para nada! —dijo con indignación—. Los sentimientos puros nunca se marchitan con el paso del tiempo. Cuando una obra me enamora verdaderamente, nunca se va de mi corazón. Nunca me canso de escucharla una y otra vez. De hecho, cuanto más la escucho, más me gusta. Y siempre encuentro nuevos matices, nuevos giros, en los que quizá no había reparado las otras veces. Es imposible escuchar todas las composiciones existentes en un mismo día, por eso diverso. Ahora Beethoven y todos sus cuartetos, después Chopin y todos sus estudios, luego Schubert y todos sus *impromptus*. Pero cuando escucho el *Concierto para violín op.35* de Tchaikovsky después de haber estado un tiempo sin hacerlo, ese sentimiento que en ti se apaga, en mí se aviva de nuevo de un modo muy agradable. Recuerdo qué sentí la primera vez que lo escuché; recuerdo con emoción cada uno de sus compases. Mientras dura su música me traslado al pasado y eso hace que valore enormemente cada una de las no-

tas que van cobrando vida. Y permíteme añadir que si en la vida sucede como tú dices, la existencia humana y las relaciones que entablamos con las personas carecen completamente de sentido.

—Me gusta el inesperado rumbo que ha tomado la conversación —dijo sonriendo—, pero no tienes que enfadarte.

—No me enfado, pero no puedo compartir tu punto de vista. No quiero creer que las cosas funcionen de ese modo para todo el mundo. Para mí, al menos, no son así.

—He vivido muchos más años que tú y he visto cómo se comportan las personas —dijo con calma—. A mí también me habría gustado pensar como tú cuando era joven, pero no era tan inocente.

—Quizá pocas personas compartan mi punto de vista, pero eso no hará que mi opinión cambie. Sé perfectamente lo que siento. El problema de la gente probablemente sea que no sabe lo que siente, por eso nada puede durar para siempre.

—¿Seguimos mañana hablando de ello?

—Si quieres... —dijo con cierta desgana—. Pero no tengo más que añadir.

—Mañana nos vemos —zanjó con una sonrisa—. ¡Apresúrate!

Cuando salí del hospital todavía quedaban unos retazos de luz que acariciaban el horizonte. Aun así, el calor se encontraba adherido al asfalto y estaba comenzando a evaporarse con el ocaso.

Mientras caminaba hacia la parada del autobús pensaba en lo que añoraba el frío invernal. Las estaciones del año me agradaban. Eran algo estático en la vida. Durante el invierno sabía que el calor vendría y los campos volverían a florecer. Durante el verano sabía que el frío volvería y las hojas caerían de los árboles. Si hubiera nacido en el hemisferio sur, aunque en enero fuera verano y en julio invierno, las estaciones seguirían llevando el mismo orden. Había cosas que nunca cambiaban y esa estabilidad, esa certeza, me agradaba.

Mis visitas diarias al hospital se habían mantenido de forma constante y, sin haberme percatado de ello, estábamos terminando el mes de agosto. Hiro-san y yo escuchábamos la *Sonata para piano y chelo en sol menor op. 65* de Chopin.

—La versión de Rostropovich y Argerich me gusta mucho, pero no puede competir con la de Jacqueline Du Pré y Barenboim —comencé a decir.

—Disculpa mi ignorancia, pero ¿quiénes son?

—Rostropovich fue un chelista ruso, considerado el mejor de su generación. Es innegable que las notas que su chelo expulsa tienen vida propia, pero Jacqueline te transporta a otro mundo. Su música tiene fuerza, atracción, pasión, alma... Te arrastra desde el primer momento en el que su arco entra en contacto con la cuerda.

—¿Cuál de las dos versiones estamos escuchando ahora?

—La de Jacqueline y Barenboim.

—Me gusta cómo suena el chelo de Jacqueline.

—Jacqueline tuvo que retirarse a los 28 años y murió con 42. Fue una gran pérdida para el mundo de la música... Su in-

¹¹ *Kintsukuroi*. Lit. «Reparar con oro». Hace referencia a la tradición japonesa de reparar la cerámica con barniz de resina mezclado con oro o plata con el objetivo de hacer visibles las grietas. La filosofía japonesa considera que tanto las roturas como las reparaciones han de mostrarse para exhibir la transformación y la historia del objeto, dándole así más valor.

interpretación del *Concierto para chelo* de Elgar ha sido, es y será insuperable —mi tono sonó excesivamente solemne.

—Me gustaría poder escuchar ese concierto algún día. — Se detuvo mientras asimilaba la información que acababa de darle—. ¿Qué le sucedió? Era tan joven...

—Tenía esclerosis múltiple. Es una enfermedad neurodegenerativa que afecta al sistema nervioso central. Se desconoce la causa, aunque parece que hay mecanismos autoinmunitarios implicados. Tampoco existen fármacos capaces de neutralizarla.

—¡Qué enfermedad tan horrible! ¿Y no dan con la cura?

—No. Hay medicamentos que mejoran la calidad de vida del paciente y retrasan, en cierta medida, la evolución.

—¿Cómo puede permitirse el cuerpo un deterioro así? —dijo con un hilo de voz casi imperceptible.

—El cuerpo no se lo permite. Simplemente sucede.

—Lo sé. Me refería a que...

—Eso es algo que escapa a nuestro entendimiento —le interrumpí. Consideré que lo mejor sería darle más información para que comprendiera bien cómo funcionaba—. También puedes escuchar nombrar esta enfermedad como mielopatía desmielinizante. Esto es porque se trata de una enfermedad desmielinizante... —Su cara me indicó que no estaba entendiendo nada de lo que decía, así que intenté concretar un poco más—. Para que lo entiendas mejor, la mielina se encarga de transmitir los impulsos nerviosos. Si las vainas de mielina se deterioran, el impulso nervioso no podrá transmi-

tirse adecuadamente. Las patologías que producen este tipo de trastornos suelen ser autoinmunes, de ahí que su causa pueda tener relación con este tipo de enfermedades.

—¿Qué significa que una enfermedad sea autoinmune?

—Que nuestro sistema inmunitario ataca a sus propias células.

—¿Por qué el cuerpo se ataca a sí mismo?

—¿Por qué, de pronto, nuestras células deciden dividirse de forma descontrolada originando tumores? ¿Cómo es posible que haya más de doscientos tipos de cáncer y ni una sola cura eficaz? Son preguntas que, por desgracia, carecen de respuesta pese a los numerosos avances médicos.

—Es mejor que dejemos este tema —dijo con cierto desagrado—. Prefiero que me sigas hablando de todos los nombres que has mencionado. ¿Quiénes faltan?

—Martha Argerich y Daniel Barenboim.

—¿Qué puedes contarme de ellos?

—Barenboim estuvo casado con Jacqueline y tocaban juntos. Cuando se enteró de la devastadora enfermedad que le habían diagnosticado, se alejó de ella. Fue muy egoísta y cobarde por su parte. Si realmente la quería, no entiendo por qué la abandonó.

—No fue capaz de enfrentarse a la realidad.

—Pues lo que yo he dicho: egoísta y cobarde.

—No es cuestión de egoísmo o cobardía. Ten en cuenta que como músico ese dolor se incrementaba, ya que tocaban juntos.

—Tendría que haber actuado de otro modo. Lleva arrepintiéndose toda su vida, pero ya no puede hacer nada.

—En ese tipo de situaciones nunca sabes cómo vas a reaccionar. A todos nos gusta pensar en el mejor modo de hacer las cosas, pero cuando suceden en la realidad, los sentimientos toman el control y el juicio se anula por completo.

—Deberíamos ser capaces de controlar nuestros sentimientos —dije con desdén.

—¡Pero no te enfades! —exclamó riendo.

—No me enfado, pero no me gustan las personas que no actúan como deben. Eso no quita que no sepa apreciar a Barenboim como pianista o director de orquesta. La mejor interpretación de las sonatas de Beethoven es, desde mi punto de vista, la de Barenboim.

—De acuerdo —respondió sonriendo—. ¿Y qué hay de la otra pianista?

—Martha Argerich es, para mí, la mejor pianista de su generación.

—¿Está viva?

—Sí. Y Barenboim también.

—¡Entonces existe un ser humano al que eres capaz de admirar sin necesidad de que lleve siglos muerto! —exclamó con un asombro exagerado— ¿Y a qué se debe tal honor?

—Tampoco es para ponerse así... Hay cosas más raras. Por ejemplo, la isla de Okunoshima¹² está habitada por conejos.

—Pero eso fue para probar los efectos del gas.

—Lo sé. Durante la Segunda Guerra Mundial fue una fábrica secreta de armas químicas. Pero es curioso y atípico, ¿o no?

—Sí, pero te estás desviando del tema.

—El tema ya había terminado... —dije con cierta confusión—. Lo que has dicho sonaba irónico.

—En parte... —Se detuvo y, por un momento, se mostró dubitativo—. La verdad es que desde que nos conocimos me ha rondado por la cabeza una idea. Llevo un tiempo queriendo preguntarte por ello.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Porque percibí que no iba a ser de tu agrado.

—¿Por qué? —Tanto misterio me estaba hartando—. Pregúntame lo que quieras. Ya decidiré yo si es o no de mi agrado.

—Siempre tan directa. —Sonrió. Antes de hacer la pregunta respiró profundamente. Tomó una bocanada de aire tan grande, que parecía que fuera a sumergirse bajo el agua durante cinco minutos—. ¿Eres pianista?

—¿Por qué has deducido eso?

¹² Pequeña isla situada en el Mar Interior de Seto, en la Prefectura de Hiroshima.

—Para lo directa que eres, que me hayas respondido con una pregunta me produce curiosidad —dijo con un tono malicioso de lo más empalagoso.

—Ser pianista es algo demasiado general —dije con desgana—. ¿Te refieres a si toco el piano como *hobby* o a si soy una joven promesa del siglo XXI que da conciertos en los mejores auditorios de todo el mundo?

—La palabra pianista significa para mí que alguien lleva estudiando desde su más tierna infancia en un conservatorio profesional y, actualmente, tiene en su poder dicha titulación.

—En ese caso, sí.

—¿Por qué no me lo has contado?

—No surgió —dije con indiferencia.

—¿Sabes? No sé de música clásica, pero tuve un amigo que era violinista. Era excesivamente prepotente, tenía un carácter muy altanero y reconozco que resultaba difícil tratar con él, pero cuando me hablaba de música se convertía en otra persona. Y cuando le escuchaba tocar... —Se detuvo unos segundos como si estuviera visualizando la escena—, desaparecía. Se fusionaba con su violín y volaba junto a las notas que emergían de su instrumento.

—¿Quieres decir que soy prepotente y difícil de tratar, pero que cuando hablo de música me convierto en otra persona?

—No. Quiero decir que cuando pusiste aquella música y comenzaste a hablar de Beethoven, de pronto me vino a la

mente mi amigo. Tú me recordaste a él y algo en mi interior me dijo que sólo un músico podía hablar de ese modo —sonrió afablemente.

—¿Y por qué tenía que ser pianista y no violinista?

—Un músico admira a aquellos a los que quiere alcanzar y superar. Reconoces la maestría de Jacqueline, pero admiras a Martha Argerich. —De pronto, su semblante cobró seriedad—. Respóndeme a una cosa. Si vas a un museo de arte y observas un cuadro perfecto, ¿qué te evoca?

Aquel giro en la conversación me pilló completamente desprevenida.

—¿A qué te refieres con un cuadro perfecto?

—A que no tiene ningún desperfecto. Es un cuadro de hace 400 años y estás observándolo. ¿Qué te hace sentir?

—Después de tanto tiempo me cuesta creer que no tenga ningún desperfecto.

—En ese caso, imagina que tienes ante ti dos cuadros de 400 años de antigüedad. Uno de ellos se encuentra inmaculado; el otro, por el contrario, ha perdido color, tiene partes desgarradas e incluso humedades. ¿Cuál te llama más la atención?

—¿Qué imagen tienen representada?

—Eso no es importante —dijo con cierta exasperación—. Da igual si es un retrato, un paisaje o un bodegón.

—Pues... Supongo que miraría con más detenimiento el cuadro imperfecto.

—¿Por qué?

—Por el misterio que ocultan sus imperfecciones. ¿Cuál es su historia? ¿En qué lugares ha estado para terminar así?

—Ahora resuelvo el enigma: los dos cuadros son iguales, pero se hallan en diferente plano temporal. El que tiene desperfectos todavía no ha sido restaurado; el otro sí. Con las personas sucede lo mismo. Si una persona ha tapado conienzudamente sus heridas, sus debilidades, sus inseguridades...lo que nuestros ojos alcanzan no es más que una sombra proyectada de lo que esa persona quiere que veamos.

—¿Quieres decir que debo mostrar mis debilidades?

—No. Lo que intento explicarte es que sólo nosotros tenemos acceso a la verdad. Nuestra verdad. La que hace que seamos como somos. Habrá personas que podrán ver nuestra verdad o parte de ella, pero lo más importante es que nosotros la aceptemos y no intentemos restar importancia a lo que afecta a nuestro corazón. Quizá puedas engañar a algunas personas, pero nunca podrás engañar a tu corazón.

—Eso es cierto. Pero la memoria es fundamental para que el corazón sea capaz de recordar.

—¿Acaso podemos elegir qué queremos recordar y qué queremos olvidar?

—A veces podemos bloquear algunos recuerdos, pero no es un proceso sencillo.

—Y después de bloquearlos, ¿qué sucede?

—Que muchas imágenes se pierden, muchas palabras desaparecen, pero las sensaciones permanecen.

—Entonces, ¿de qué sirve?

—Durante un tiempo ayuda.

—Pero, ¿qué sucede pasado ese tiempo?

—Tu corazón se siente perdido e incompleto. Tu memoria impide que accedas al motivo de ese dolor, pero es tan grande que, poco a poco, comienzan a volver algunas imágenes, algunas palabras... En ese momento, todo a tu alrededor comienza a desmoronarse. Lo único que puedes hacer es enfrentarte a ello, pero... —me detuve.

—Pero...

—El corazón duele. Sientes como si alguien lo golpeará con fuerza. Tu cuello se tensa y respirar se torna dificultoso. Sientes que una mano invisible te asfixia y no puedes hacer nada para que se aleje. Una vez desaparece, crees sentir alivio durante unos instantes, pero te das cuenta de que el dolor que emana de tu corazón es más fuerte que antes. La desesperación, el desconcierto y la desesperanza se funden en la eterna oscuridad de la noche. —Cada palabra que pronunciaba sonaba excesivamente pesada—. ¿Sabes qué hago durante las noches en las que el sueño me niega su compañía? —Levanté la vista—. Observo el cielo nocturno a través de la ventana. Al ver la luna me doy cuenta de que he pasado tanto tiempo en la oscuridad que he olvidado lo bonita que es su luz. Cuando llueve y no puedo divisarla, dejo que el sonido de la lluvia me envuelva. —Aparté la vista de la ventana y observé el florero vacío—. Llevo mucho tiempo queriendo deshacerme en lágrimas, pero he sido incapaz. Existe un tipo de tristeza que no te permite verter lágrimas. Cuando la tristeza es tan profunda, ni siquiera puede metamorfosearse en lágri-

mas. Esta es una de esas cosas que no puedes explicar a nadie. Y, aunque pudieras, nadie te comprendería. —Dejé de observar el florero vacío y miré mis manos—. Esa tristeza, sin cambiar de forma, va acumulándose en silencio en tu corazón, como la nieve durante una noche sin viento. He intentado traducirla en palabras, pero por más que me he esforzado en hallar las palabras adecuadas, he sido incapaz de acceder a mi corazón. —Hiro-san escuchaba atentamente mi pequeño monólogo con los ojos entrecerrados—. A través de la música he sido capaz de llegar a mi corazón y, precisamente por eso, la eliminé de mi vida.

Hiro-san permaneció en silencio durante unos minutos. Parecía estar asimilando mi historia hasta el último detalle.

—Las personas escasamente sensibles e inteligentes tienden a hacer daño a los demás y las que son demasiado sensibles e inteligentes tienden a hacerse daño a sí mismas. —Su mirada mostraba una enorme tristeza y su voz sonó tan pesada como una enorme roca—. ¿Por qué dejaste de escuchar música?

—Cada vez que escuchaba música sentía cómo mi corazón se tambaleaba. Eran sacudidas tan grandes y tan profundas, que iban más allá de la tristeza y la soledad. Removían mi ser desde los cimientos. —Mi voz sonaba casi robótica. Las palabras que producía parecían no tener relación alguna conmigo—. He sufrido muchas pérdidas a lo largo de mi vida, pero ninguna ha resultado tan dolorosa como esta.

—Para un músico no hay nada más doloroso que perder al único amigo que le ha acompañado durante toda su vida. —Un pesado silencio se apoderó de la habitación. Hiro-san ce-

rró los ojos con cautela y sonrió—. Me alegro de que tu corazón ya no esté bloqueado.

—La verdad es que no entiendo por qué sucedió. Cuando intento pensar en ello los recuerdos se vuelven confusos.

—Tú lo has dicho antes. Necesitabas borrar tu memoria durante un tiempo.

—Yo no sabía que iba a durar un tiempo. Pensé que podría bloquear mi pasado indefinidamente.

—Habías tomado la decisión de arrancar de tu vida algo que formaba parte de ti. Era inevitable que volviera. —Hiro-san cambió su expresión sosegada y me miró con curiosidad—. ¿Cómo volviste a ella?

—¿A la música?

—Sí. Me parece imposible alejarse de la música. Hay música por todas partes.

—Era capaz de escuchar una melodía que había formado parte de mi pasado e ignorarla. Era capaz de pasar por el escaparate de una tienda de música y mirar con indiferencia su interior. Era capaz de tener ante mí un piano y no sentir el impulso de pulsar ninguna de sus ochenta y ocho teclas. Ninguna emoción se despertaba en mí. No sé cómo lo hice, pero conseguí neutralizar todo lo que tenía relación con ella.

—Antes has dicho que aun así te dolía el corazón enormemente. Sacaste a la música de tu vida, anulaste tus recuerdos, pero seguías sintiendo dolor.

—Era un dolor diferente. Más abstracto. No entendía qué sucedía, qué motivos había para que pudiera sentirme así.

Sin embargo, el dolor que despertaba la música en mí era puro y tangible.

—Me cuesta concebir la idea de que fueras incapaz de recordar nada.

—Obviamente no me fallaba la memoria. No exponerme a un estímulo que me hacía recordar constantemente aquello que me dolía tanto, hizo que mi cuerpo disociara mi *yo físico* de mi *yo espiritual*.

—Pero la música había estado siempre contigo.

—Precisamente por eso.

—¿Qué sucedió para que tuvieras que echarla?

—Me defraudó. —Tras pensar detenidamente en la tajante afirmación que acababa de hacer, me di cuenta de que no había expresado la realidad. Debía ser fiel a los hechos—. Mejor dicho... Yo la defraudé a ella. Y al defraudarla a ella también me había defraudado a mí.

Hiro-san se mostró indeciso durante unos segundos.

—Antes no has respondido a mi pregunta y no sé si debería insistir —dijo finalmente.

—¿A qué pregunta te refieres?

—A la de cómo volviste a la música.

—¡Ah! Yo no volví a ella; fue ella la que volvió a mí.

—En ese caso, ¿cómo volvió a ti?

—Es una historia algo larga.

—Por mi parte no hay problema. Las historias, cuanto más largas, más interesantes.

—Eso no es del todo cierto. Depende de cómo se narre...

—¡Era una forma de hablar! —me interrumpió entre risotadas—. Tengo todo el tiempo del mundo y me gustaría escucharte. A eso me refería.

—Pues qué forma tan extraña de decirlo.

—Bueno, cada uno tiene un modo único de expresarse, ¿no crees? —Sonrió afablemente—. Adelante. Empieza cuando quieras.

Intenté pensar en el modo más sencillo de contar aquel suceso y me di cuenta de lo complicado que resultaba.

—Fue por una película. Llevaba meses escuchando hablar de ella por todas partes. No quería verla porque el argumento tenía relación con la música, pero después de un año seguía recibiendo premios y críticas muy positivas. Obviamente la curiosidad comenzó a crecer en mí. —Nunca había contado esa historia y al escucharla con palabras reales, fuera de mi palacio mental, me di cuenta de lo absurda que sonaba—. Durante el festival de Oeshiki mis padres se fueron de excursión con unos amigos. Ese día no tenía que ir a la universidad, así que me quedé sola en casa. Llevaba bastante tiempo sintiéndome completamente perdida; nada tenía sentido a mi alrededor. Mientras preparaba la comida escuché por la radio que anunciaban una reposición de la película en algunos cines locales. Decidí que aquella tarde iría a verla. Necesitaba saber por qué a todo el mundo le parecía tan maravillosa. —Hiro-san me escuchaba atentamente. Aunque me diera la im-

presión de que no merecía la pena seguir hablando, ver su interés me motivó a continuar—. La película iba de un pianista que tenía mi edad y había abandonado el mundo de la música hacía 5 años. Su madre era pianista profesional y él, para no caer en estereotipos, se había convertido en un niño prodigio.

—Perdona que te interrumpa —comenzó a decir Hiro-san—, pero ¿podrías decirme cómo se llamaba? Si conozco su nombre, seré capaz de conectar mejor con la historia. De este modo, me resulta muy impersonal.

—¿La película? —pregunté con cierta extrañeza.

—No. El nombre de la película no me interesa. Quiero saber el nombre del protagonista.

—Taisei¹³.

—Ahora mucho mejor —dijo satisfecho—. Puedes continuar.

—La madre de Taisei murió cuando él tenía 16 años. Tras aquel suceso se presentó a un par de concursos de piano, pero vio que era incapaz de crear música como antes; no sentía nada. En ese momento, se dio cuenta de que siempre había tocado para impresionar a su madre y ganarse su afecto. Cuando desapareció de su vida, continuar tocando dejó de tener sentido. Estuvo años sin acercarse a un piano. Un día apareció una extravagante violinista en su vida. Estaba tocando el violín en un parque mientras unos niños bailaban a su alrededor. Ver aquella imagen le hizo detenerse frente a la

¹³ Este nombre significa, literalmente, *gran estrella*. Se escribe con los kanjis 大星 (grande y estrella, respectivamente).

entrada de aquel pequeño parque. La extravagante violinista dejó de tocar y corrió hacia él. Al parecer sabía perfectamente quién era y le pidió que fuera su pianista acompañante en una prueba que tenía aquella misma tarde. Taisei estaba en un estado de confusión enorme; no entendía nada de lo que estaba sucediendo, pero ella no esperó ninguna respuesta. Le agarró del brazo y le arrastró al auditorio en el que tenía la prueba. Dejó a Taisei en un aula de ensayo y se marchó. Aunque él quería irse de allí, algo le impidió moverse, así que esperó pacientemente sin tener la certeza de que aquella extravagante violinista volviera. Pero volvió. Llevaba unas partituras enrolladas en la mano. Se acercó al piano, subió la tapa, las colocó en el atril y desenfundó el violín. Era una chica muy impulsiva, pero tenía algo que había atrapado a Taisei desde el primer instante en el que había escuchado su violín. La prueba fue desastrosa, pero a ella le dio absolutamente igual. Aunque él fallase las notas, aunque no fueran capaces de ir al unísono en algunos pasajes, surgió una conexión entre ellos. Después de aquel día, ella le obligó a retomar el piano.

—¿Se puede obligar a alguien a que toque el piano?

—Desde luego. La chica le enviaba constantemente mensajes en los que le decía que tenía que ponerse a tocar. —Hiro-san soltó una risotada—. ¿Qué pasa? — pregunté confusa.

—Me resulta gracioso imaginar que una persona pueda obligar a otra a hacer algo únicamente por enviarle mensajes.

—¿Y si tiene información que no quieres que saque a la luz y te está chantajeando?

—Pero eso no tiene nada que ver con el argumento de la película.

—Ya, pero... —Lo medité unos segundos—. Creo que no he sabido contarlo bien — concluí.

—En ese caso, intenta explicármelo.

Sentí cómo mi cerebro comenzaba a estrujarse en el interior de mi cráneo. Debía hallar las palabras más idóneas para defender mi postura. Si Hiro-san viera la película seguro que captaba el mensaje sin necesidad de palabras, pero no poder utilizar ninguna escena dificultaba el proceso.

—Taisei llevaba 5 años sin tocar el piano —comencé a decir—. Su madre había sido su única motivación; nunca había tocado por placer, así que para él no tenía ningún sentido retomar el piano. Cuando la extravagante violinista aparece, encuentra una nueva motivación para acercarse a él; hay alguien que desea fervientemente que vuelva a los escenarios. Cuando toca junto a ella en la desastrosa prueba, se da cuenta de que la música puede transportarle a otro mundo y que en ese nuevo mundo puede conectar su alma con otras personas. La sensación que experimenta al conectar su alma con la violinista despierta en él algo que había permanecido oculto en su interior.

—No sé cómo reflejan esto en la película, pero está claro que tú pudiste captarlo a la perfección. ¿Qué más sucedió?

—La extravagante violinista comenzó a buscar concursos en los que pudieran participar los dos. Taisei no parecía muy conforme, pero ella se presentaba en su casa con nuevas partituras y, a veces, además de los mensajes, se quedaba allí para controlar que estudiaba. Llegó un momento en el que Taisei ya no necesitaba que la extravagante violinista le obligase a estudiar como a un niño pequeño. Él se sentaba auto-

máticamente frente al piano y se ponía a tocar durante horas. Cuando quedaban para ensayar, sentía cómo algo muy grande bullía en un recóndito lugar de su corazón; la vida emanaba de su interior y ese algo resultó ser pura felicidad. La verdad es que al ver el dúo que formaban recordé algunos pedazos de mi pasado. Ella era impulsiva, extrovertida, alegre y enérgica; él, por el contrario, era retraído, introvertido, sombrío y cabizbajo. Aunque fueran polos opuestos, cuando la música comenzaba a brotar de sus dedos, se complementaban a la perfección.

—Me tiene intrigado el rumbo que está tomando la historia —Hiro-san parecía estar disfrutando con mi relato— pero, una vez más, olvides decirme el nombre de uno de los protagonistas de tu historia. ¿Cómo se llamaba la violinista?

—Cierto... Mizuki¹⁴.

—¿Ves? Así está mucho mejor —respondió satisfecho—. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Adelante.

—Has dicho que recuperaste algunos retazos de tu pasado al verlos tocar juntos. ¿Por qué?

—En mi conservatorio había una violinista muy parecida a Mizuki. —Hasta que no finalicé la frase, no fui consciente de lo difícil que me había resultado pronunciar cada una de las palabras que la formaban—. Había tantas cosas en ese personaje que me recordaban a ella...

—¿También tocabais juntas?

¹⁴ Literalmente, *bella luna*. Se escribe con los kanjis 美月 (belleza y luna, respectivamente).

—Sí. Cuando quedaba media hora para que cerraran el conservatorio, nos juntábamos en una clase para improvisar. Era nuestra manera de desconectar durante unos instantes de este extraño y complicado mundo.

—Entiendo. —Su voz sonó más profunda de lo habitual. Tenía una resonancia envolvente que hacía que cualquier palabra que emitiera sonara exageradamente grave—. ¿Qué pasó con tu amiga?

—Ella continuó con los estudios de música en el Conservatorio Superior en otra ciudad. Yo, por el contrario, abandoné la música y me metí en la universidad.

—¿No mantuvisteis el contacto?

—Lo intenté, pero ella dejó de responder a mis mensajes.

—¿Qué te parece si continuas con la historia?

Asentí con firmeza.

—Taisei se presentó a un concurso de piano. Desde la muerte de su madre no se había vuelto a enfrentar a un tribunal en solitario. Mizuki estuvo junto a él durante las diferentes fases del concurso y, como era de esperar, Taisei llegó a la final. A lo largo del concurso escuché obras que conocía del pasado, pero me costaba identificar. Tampoco sentía absolutamente nada. Era una sensación extrañísima. Había bloqueado la música de un modo mucho más profundo de lo que imaginaba. Sin embargo, la obra que eligió Taisei para la final consiguió atravesar todas las barreras que había creado a lo largo de esos años. En cuanto comenzó a tocar la *balada n.º1* de Chopin, sentí como si me hubiera encontrado por la calle con una persona a la que conocía desde hacía muchos

años; una persona por la que yo había sentido algo muy especial, pero cuyo nombre no era capaz de recordar. No entendía lo que estaba sucediendo. Conforme avanzaba la música mi cerebro intentaba anticipar la melodía, pero sólo podía recordar aquello que iba escuchando. —Cerré los ojos intentando evocar con exactitud lo que había sentido aquel día—. Chopin comienza la coda final con una bajada de sextas en la mano derecha y un acorde de dominante en la mano izquierda que tarda en resolverse. Eso genera una gran tensión en el oyente. Fue esa tensión la que provocó una chispa en mi corazón. Mi respiración se detuvo y cuando se recuperó lo hizo lentamente, como si temiera perder esa sensación al aumentar la velocidad. —Al recordarlo, sin ser consciente de ello, mi respiración se había ralentizado—. Después de aquello, sentí la necesidad de escucharla otra vez. *Necesitaba escucharla de nuevo.* Quería recuperar esa chispa en mi corazón. *Necesitaba sentirla de nuevo.*

Es difícil iniciar una narración correctamente, pero un final mal relatado estropea todo lo que se ha construido previamente. Alcancé la taza de té y di un par de sorbos antes de seguir.

—Después de esa escena fui incapaz de prestar atención al final de la película. En cuanto pude salir del cine, corrí hasta casa. Intenté reproducir en mi cabeza la balada, pero me resultó imposible. Quería que volviera a mi vida y para ello debía escucharla más veces. El paisaje que me rodeaba desapareció, la cabeza me daba vueltas, algo me oprimía el corazón. Corrí sin detenerme ni un segundo. Corrí a pesar de no poder respirar casi. Corrí sin mirar lo que dejaba atrás. Corrí pensando únicamente en ella... —Me detuve para coger una

gran bocanada de aire. Al recordarlo, era como si estuviera corriendo realmente de nuevo—. Cuando llegué a casa encendí el reproductor de música y busqué el CD en el que estaba la *balada n.º1* de Chopin interpretada por Zimerman¹⁵. La escuché una y otra vez. Era incapaz de detener ese bombardeo incesante de armonías. —Tragué saliva con esfuerzo—. Era la primera vez en cuatro años que sentía *algo*. Y ese *algo*, era mi alma.

Hiro-san me miraba con los ojos muy abiertos. Respiraba con cautela.

—Dame unos segundos —dijo finalmente.

Aproveché para terminar el té que quedaba en mi taza. Se había quedado frío, pero me lo bebí igualmente. Hiro-san no había tocado su taza. No entendía qué era lo que tenía que procesar durante tanto tiempo. Escuchar esa historia más allá del pensamiento me resultó decepcionante. Era exageradamente dramática y, a oídos de muchos, completamente tonta. Estaba personificando a la música clásica y eso la gente no lo puede entender.

—Háblame de la balada —dijo finalmente.

—¿Qué quieres que te cuente de ella?

—¿Por qué esa obra?

—Es posible que resulte extraño, pero hay obras que me enamoran desde el primer momento en el que llegan a mí.

—Quieres decir que...

¹⁵ Pianista y director de orquesta de gran reconocimiento internacional, nacido en Polonia en 1956.

—Que no puedo dejar de pensar en ellas —continué—. Que cuando las escucho o las interpreto, mi corazón se estremece con una fuerza sobrehumana.

—¿Y te sientes feliz?

—Mucho. Siento que mi alma se disocia de mi *yo físico*; me transporto a otro mundo. Y siento tanta felicidad, que me da miedo no saber qué hacer con ella.

—No hay que hacer nada con la felicidad. Si la sientes, disfrútala.

—También siento una confianza infinita. Creo ciegamente en mis capacidades. En esos momentos siento que no hay nada fuera de mi alcance.

—Siempre deberías creer en tus capacidades.

—La confianza es como la felicidad. Al igual que el miedo, la tristeza, la ira... No pueden seguir una línea recta. Oscilan como las ondas que produce un sonido.

—¿La balada fue la última obra que tocaste?

—No.

—¿Cuándo la descubriste?

—La escuché por primera vez con 13 años y me enamoré completamente.

—¿Por qué no llegaste a tocarla?

—Comencé a estudiarla, pero tuve que cambiar el repertorio en el último momento. La iba a retomar al año siguiente, pero...

—Dejaste de tocar —finalizó Hiro-san. Asentí—. ¿Por qué lo abandonaste todo?

—Porque duele enormemente compartir tu vida con algo que nunca te va a corresponder.

—Pero la música te correspondía. Formaba parte de ti.

—Yo no lo veía así en ese momento.

—El tiempo nos ayuda a ver las cosas con mayor perspectiva. Si pudieras volver atrás, ¿crees que actuarías del mismo modo?

—No lo sé. Supongo que sí. Es algo que tenía que pasar.

—En absoluto. Es algo que tú decidiste que pasara.

—No fue algo que yo decidiera —dije enfadándome un poco.

—Tú tenías la elección de continuar o no.

—Hasta cierto punto.

—No sé qué sucedió exactamente, pero creo que tu reacción podía haber sido menos autodestructiva.

—¿Acaso puedo elegir cómo reaccionar ante cualquier cosa que pueda suceder en la vida?

—Para nada, pero...

—Entonces no entiendo tus palabras —dije toscamente.

—Es posible que necesitaras madurar un poco. En esta vida hay que aprender a tolerar una derrota.

—¿A qué viene todo esto? —Mi paciencia estaba llegando a su fin.

—Intento verlo con perspectiva. —Su tono era conciliador, pero sus palabras eran pequeñas dagas envenenadas—. Puede que no haya empleado las palabras adecuadas. Discúlpame si ha sido el caso.

—Quizá no eran las adecuadas, pero ese no es el problema. —Me levanté de la silla y guardé en la mochila el altavoz y el *MP4*. No quería seguir con esa conversación—. Déjalo. No lo entiendes.

—¡Espera! —exclamó alarmado—. Claro que entiendo lo que me has contado.

—¿Entonces por qué has dicho esas cosas?

Salí de la habitación sin esperar una respuesta por su parte. A pesar de sentir cómo la ira se apoderaba de mí, no soy una persona temperamental que golpee y destroce objetos para desahogarse, así que no propiné ningún portazo al cerrar la puerta. Cuando llegué a la parada del autobús y vi en el panel electrónico que el tiempo de espera era de 12 minutos, comencé a caminar a paso veloz. Necesitaba moverme. En momentos así, todo lo que hay a mi alrededor despierta un profundo odio: esperar el autobús me irrita, que me paren para preguntarme por una calle me exaspera, el ruido de los coches me molesta, aguardar a que el semáforo se ponga en verde me hastía; lo único que quiero es caminar rápidamente y que nada ni nadie me frene.

Cuando llegué a casa hacía rato que había anochecido. Todas las luces estaban apagadas y no se escuchaba ni un ruido.

No miré la hora, pero seguramente era bastante más tarde de lo que pensaba. Fui a la cocina para ver qué podía cenar, pero antes de abrir el frigorífico me detuve. Decidir mi posible cena era algo que, en esos momentos, también me fastidiaba.

No sé cuánto tiempo tardé en dormirme porque a las dos de la mañana dejé de mirar el reloj, pero me costó muchísimo. El mal humor me impedía conciliar el sueño. Todas las ideas venían entremezcladas y no era capaz de ordenarlas. ¿Por qué Hiro-san había dicho esas cosas? Quizá mi reacción había sido muy infantil. ¿Por qué le había contado esa ridícula historia? Formaba parte del pasado y el pasado es mejor no tocarlo. «Es posible que necesitaras madurar un poco. En esta vida hay que aprender a tolerar una derrota», había dicho. Quizá tenía razón, pero esas no eran las palabras que yo quería escuchar después de haber expuesto mis patéticos sentimientos. Necesitaba escuchar que mi reacción no había sido estúpida; necesitaba escuchar que no había cometido el mayor error de mi vida.

恋の予感¹⁶

A pesar de ser las 12 del mediodía de un 3 de septiembre normal y corriente, la oscuridad en el exterior era considerable. Observaba a través de la ventana de mi habitación cómo caía el agua de forma torrencial. Tenía de fondo el *Concierto para piano nº1* de Tchaikovsky y la lluvia parecía dejarse dirigir por el ritmo de éste. El primer movimiento iba *in crescendo* y los rayos empezaron a mostrarse, seguidos de unos intensos truenos, aún algo lejanos. Era una visión verdaderamente bella. Este tipo de estampas me enamoran, especialmente cuando suceden en verano. En invierno hay menos horas de luz, suele llover con más frecuencia y las temperaturas son frías. En verano, después de tantas semanas sin ver una sola gota de agua caer del cielo, tener el privilegio de contemplar este suceso meteorológico resulta mucho más gratificante.

Llevaba dos semanas sin visitar a Hiro-san. La primera semana había sido porque el enfado continuaba presente, pero la siguiente fue porque no sabía con qué cara mirarle y qué palabras dirigirle. ¿Debía disculparme? ¡En absoluto! Era él quien debía disculparse. Un rayo iluminó la habitación y me deslumbró. El trueno se escuchó inmediatamente después; la tormenta estaba justo encima.

Siempre me ha gustado observar cómo avanzan las gotas de agua sobre la superficie de la ventana, especialmente des-

¹⁶ *Koi no yokan*. Lit. «Presentimiento de enamorarse». Es la sensación que se tiene cuando dos personas que acaban de conocerse saben que van a enamorarse irremediabilmente.

de un vehículo en movimiento. Aunque resulte obvio, se desplazan por el camino que menos resistencia presenta. Lo que me llama la atención de este hecho es que, por el contrario, los humanos siempre eligen el camino que mayor resistencia presenta. O, al menos, esa es la impresión que me da. Esta reflexión fue el incentivo que necesitaba para salir de casa e ir al hospital. Quería subir al autobús y observar las gotas de lluvia deslizándose por la ventanilla.

El autobús iba más lleno de lo habitual. El verano estaba llegando a su fin y se notaba que la gente había finalizado sus vacaciones. Tuve el privilegio de escuchar la conversación de dos chicos que estaban sentados detrás de mí. No me había fijado en su aspecto al sentarme y no iba a girarme para ponerles cara. Lo único que podía percibir a través de mis sentidos eran sus voces. No sabía cuál de los dos me desagradaba más. Uno de ellos tenía una voz excesivamente ronca. Seguramente fumaba mucho. El otro tenía una voz muy nasal. Me recordaba a un teleñeco.

—Ya ves, tío. Flipas con la peña —dijo el fumador.

—¿Y te puedes creer que va el menda y me dice que devuelva lo que he cogido? — continuó el teleñeco—. Lo dijo por las pintas que llevaba. Si hubiera ido con un esmoquin, fijo que no me dice nada.

—Ya ves, tío —repitió el fumador. Parecía no tener más frases en su repertorio.

—Alguna vez he mangado algo, pero ese día iba limpio. Me revienta que me acusen de algo que no he hecho sólo por las pintas.

—Ya ves, tronco —innovó el fumador.

Era impresionante el vocabulario tan extenso que tenían. Un diccionario como regalo de cumpleaños no les iría mal. Este tipo de personas me irritan. Personas que van soltando, una tras otra, palabras vacías. Sujetos estrechos de miras, intolerantes y sin imaginación. La estrechez de miras y la intolerancia de la gente sin imaginación son como parásitos. Provocan cambios en el cuerpo que les acoge y se reproducen hasta el infinito. Me negué a seguir escuchándolos y me bajé una parada antes. Seguía lloviendo a mares y el paraguas no servía de mucho, pero me relajaba el sonido del agua azotando la ciudad.

Cuando llegué al hospital tenía los pantalones calados hasta la rodilla. Obviamente las deportivas y los calcetines estaban también empapados. Me encontraba frente a la puerta de Hiro-san y dudé en si debía llamar o no. Esa duda no era más que orgullo camuflado, así que lo dejé de lado y entré.

—Pensaba que te habías olvidado de mí —dijo sonriendo.

—No tengo Alzheimer —fue lo primero que se me pasó por la cabeza. No pensé en si podía resultar un comentario de mal gusto.

—Te has calado hasta los huesos. ¿Quieres cambiarte? Abre el armario y sírvete.

—No hace falta. Estoy bien.

—En ese caso, ¿podrías acercarme la cartera? Está en la primera balda del armario.

Abrí el armario y observé lo ordenado que estaba todo. Cada prenda de vestir tenía una balda asignada y las diferentes prendas estaban clasificadas por color. No me costó dar con su cartera. Se la entregué y me senté en la silla de siempre. Él estaba en la silla de enfrente observando la lluvia a través del cristal. Sostuvo la cartera en la mano derecha durante varios minutos. Ninguno de los dos hizo ningún comentario. Realmente no esperaba una disculpa por su parte. Pensándolo fríamente mi reacción había sido absurda, incoherente e ilógica. Quizá lo mejor era no sacar el tema.

—Observa esto —dijo extrayendo, finalmente, una foto de la cartera.

La fotografía mostraba a dos personas, un hombre y una mujer, junto al estanque de un parque. La mujer no parecía ser muy alta, pero llevaba unos zapatos de tacón que disimulaban su estatura. Estaba muy delgada. O al menos en la foto lo parecía. Tenía el pelo recogido y, aunque la foto era en blanco y negro, se veía que era morena. Su cara tenía unos rasgos muy simétricos y proporcionados. Llevaba una blusa con un estampado de flores y una falda que le llegaba hasta los tobillos. El color no era capaz de adivinarlo, pero parecía blanca o beige. Los dos sonreían. La sonrisa del hombre me resultaba excesivamente familiar. Estaba claro que se trataba de Hiro-san de joven. No había cambiado tanto. Lo único que me despistó a la hora de reconocerle fue el peinado que llevaba. No podía decir que resultase ridículo porque la gente de mi edad sí que lleva el pelo ridículo, pero al ver la fotografía resultaba evidente que se trataba de otra época. Aunque las modas siempre vuelven. Seguramente aquel peinado tan curioso volviera a ser tendencia en unos años.

—¿De cuándo es?

—1963. Por aquel entonces yo tenía más o menos tu edad. ¡Fíjate en la ropa que se llevaba! —dijo con júbilo—. La gente ya no viste con esa elegancia. —Pensé que también era cuestión de tiempo que aquella ropa volviera a llevarse de nuevo.

—¿Quién es la chica? —pregunté con curiosidad.

—Se llamaba Saori¹⁷ —sus ojos brillaron tenuemente.

—¿Era tu esposa?

—No, no era mi esposa.

—¿Por qué? —fue lo único que se me ocurrió decir. ¡Menuda pregunta!

—Tú siempre yendo al grano, ¿eh? —sonrió—. Es una historia bastante complicada. No sé si seré capaz de contártela.

—Inténtalo.

—Seguramente te surjan muchísimas dudas.

—¿Y si prometo no hacer preguntas?

—Tus preguntas no son un problema. Simplemente considero que es un tema complejo para ti y tengo que pensar en cómo narrarlo.

—¿Por qué es un tema complejo para mí? —Pensé en lo que me había costado contar mi historia y la reacción tan cuestionable que había ofrecido a cambio. Me resultaba irónico que ahora considerase que este era un tema complejo

¹⁷ Significa *floreecer*.

para mí cuando él no había sido capaz de entenderme. ¡Ven-
ga ya!

—El amor se encuentra más allá de la lógica y la razón.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Procura dejar a esas dos amigas tuyas de lado mientras escuchas mi historia. ¿Crees que podrás?

—Ponme a prueba —dijo con seriedad. Quería demostrar-
le que yo sí era capaz de entenderle.

—De acuerdo —dijo sonriendo. No pude responder a su
sonrisa. Me costaba mostrar normalidad ante aquella situa-
ción. Hacer como si no hubiera pasado nada me incomodaba
—. La fotografía que te he entregado se tomó el 27 de abril
de 1963. Podría decir que aquel día tuvimos nuestra primera
cita. Bueno, llamarlo cita quizá sea adornar demasiado la his-
toria, pero creo que queda bien decirlo de ese modo, ¿no
crees? —Me guiñó un ojo—. Esa es la única foto que tene-
mos los dos juntos y no hay ninguna copia. De hecho, esta
foto le perteneció a ella durante muchos años, pero todavía
no hemos llegado a esa parte de la historia. ¿Por dónde iba?
—Con el dedo índice se acariciaba el mentón— ¡Ah! ¡Sí!
Nuestra primera cita. Habíamos quedado en el parque de
Inokashira...

—Pero antes de hablarme de vuestra primera cita, cuén-
tame cómo os conocisteis, ¿no? —le interrumpí.

—¡Tienes razón! Empiezo de nuevo. —Frotó sus manos
con energía—. Saori quería estudiar medicina, pero la univer-
sidad era muy cara y su familia tenía una tienda de ultramari-
nos. Podrás deducir cuál era el futuro que habían planificado

sus padres para ella. Vivían en Kichijoji, una zona suburbial al oeste de Musashino. Es un barrio donde el distrito comercial tiene un gran poder. Yo, en cambio, vivía en pleno Tokyo y estudiaba en la universidad. Para poder costear mis estudios trabajaba a tiempo parcial en una librería. Mi padre murió en un accidente laboral cuando yo tenía 6 años, por lo que mi madre tuvo que criarme sola. El seguro de vida de mi padre y los ahorros que tenía mi madre fueron de gran ayuda a la hora de acceder a mis estudios universitarios. De no haber contado con ellos, mi trabajo a tiempo parcial no habría sido suficiente. —Se detuvo y esbozó una tímida sonrisa—. Era un buen trabajo. Cuando no teníamos clientes, aprovechaba para leer cuanto quería. Y eso, para desgracia del dueño, sucedía con bastante frecuencia. Nunca olvidaré la primera vez que vi a Saori atravesar el umbral de la puerta. La luz se filtraba de tal modo que podías vislumbrar las partículas de polvo que flotaban en el aire y rodeaban su perfecta figura. —Yo no podía imaginar la escena, pero al observar su mirada tuve la impresión de que él la estaba viendo de nuevo—. Comenzó a buscar entre las estanterías y yo intentaba seguirla con la mirada desde el mostrador. Esperé pacientemente a que viniera con algún libro, pero eso no sucedió. Vi cómo salía de la tienda igual que había entrado y yo no podía hacer nada para evitarlo. Quise ir tras ella y preguntarle por el libro que buscaba. O al menos utilizar esa pregunta como excusa para conversar con ella y escuchar su voz. Pero no me moví del mostrador. No podía abandonar mi puesto. Al día siguiente me di cuenta de que deseaba que volviera a venir, aunque fuera de forma fugaz. Pasaron los días y no conseguía sacar su imagen de mi cabeza. No entendía cómo había entrado tan profundamente en mi corazón. ¿Acaso me estaba obsesionando?

—¿Y cómo supiste que no era una obsesión transitoria?

—Por lo que sucedió después. Habían pasado dos meses desde su visita. Yo había seguido con mi rutina, pero la buscaba entre la multitud cuando caminaba por la calle, cuando iba a comprar, cuando cogía el metro... Y mi corazón daba un vuelco cada vez que la campanilla de la puerta de la librería emitía aquel titilante sonido.

—Tuvo que ser angustiante vivir de aquella manera, ¿no?

—Por un lado, sí. Pero me hizo sentir muy vivo. Me despertaba emocionado pensando que ese día podía ser el elegido —sus ojos brillaban.

—Si estáis juntos en la foto es porque terminó sucediendo, así que esperar mereció la pena.

—¡Claro que mereció la pena! Quédate con esta fecha: 3 de diciembre. Aquel día, el dueño de la librería me había dejado al mando. Cuando llegó la hora de cerrar la tienda, ella apareció de la nada. Mi mano se dirigía hacia el pomo de la puerta para salir y la vi a través del cristal, intentando hacerlo mismo desde fuera. Me aparté para que pudiera pasar. Recuerdo lo nerviosa que estaba. Hablaba de forma atropellada, pero su voz era tan dulce como el azúcar. —Carraspeó un par de veces antes de continuar—. Los años han hecho que algunos detalles abandonen mi memoria, pero recuerdo que tuve que encargar el libro que buscaba. Aquello me proporcionaba la oportunidad de volver a verla. Cuando vino a recogerlo, estaba mucho más calmada que la primera vez. Su voz era aún más dulce de como la recordaba y cada palabra que emitía parecía calibrada al milímetro. Hablamos de literatura, pero de forma superficial. —Hiro-san golpeaba su sien dere-

cha rítmicamente con el dedo índice—. Siento no poder darte más detalles, pero el tiempo me ha ido arrebatando momentos que nunca pensé que fuera a olvidar.

—Tendrías que haberlos escrito.

—Por aquel entonces me limitaba a vivir el presente, pero no me arrepiento de ello. La memoria tiene la capacidad de ir modificando los diferentes episodios que se suceden en nuestra vida. ¿Conoces el juego del teléfono escacharrado?

—Sí.

—Pues nuestra memoria hace exactamente lo mismo. El mensaje original, conforme pasa de una persona a otra, se va modificando. Algunas veces la palabra o frase resultante es fiel a la original o difiere muy poco de ella, pero otras, se aleja completamente de su significado.

—Lo que tratas de decirme es que todo lo que me estás contando podría encontrarse ligeramente alterado, ¿no?

—Exactamente. Pero ahí reside la magia. Si yo hubiera escrito en un diario los hechos tal cual acontecieron, ahora lo leería como un papagayo. Por tanto, es mejor así. Los recuerdos tienden a forjarse a gusto del individuo.

—¿Entonces, con el tiempo, lo malo desaparece sin necesidad de hacer nada?

—En cierta medida. Nosotros valoramos qué queremos conservar. Si lo malo no nos ha enseñado nada, lo borramos automáticamente.

—¿Y si lo malo nos ha enseñado una gran lección?

—Entonces cabe la posibilidad de que, en vez de tirar el libro entero al fuego, arranques únicamente una hoja. De ese modo, la lección, aunque incompleta, se mantiene a salvo.

—Discrepo en algunos aspectos, como lo de borrar automáticamente lo malo cuando no nos ha enseñado nada, pero me gustaría seguir escuchando tu historia — dije con resignación. Era un tema que me recordaba al bloqueo de recuerdos y no quería que Hiro-san asociara ambas ideas.

—¡La curiosidad ha podido contigo esta vez! —dijo con tono triunfal—. ¿Por dónde me había quedado?

—Ella había ido a recoger el libro y estuvisteis hablando de literatura —le recordé rápidamente.

—¡Ah! Sí. Antes de que se marchara le pregunté si quería que volviéramos a vernos.

—Y ella dijo que sí —intenté adivinar.

—¡Fallaste!

—¿Dijo que no?

—¡Tampoco! —mostraba un tono enérgico.

—¿Entonces qué dijo? —pregunté con extrañeza.

—Que no dependía de ella.

—¿Y de quién dependía? —Ahora sí que no entendía nada.

—Del destino.

—¡Venga ya! Eso no existe. El destino se forma partiendo de nuestras experiencias *a posteriori*. Es imposible predecir *a priori* en lo que respecta a las relaciones humanas.

—A mí no me tienes que demostrar nada —sonrió—. Pero dime una cosa, ¿no crees que hay demasiados acontecimientos en la vida que sólo pueden explicarse mediante el destino?

—Para nada —dije categóricamente—. La vida se compone de numerosas casualidades. A veces demasiadas, sí, pero no deja de sustentarse en analogías estadísticas.

—Está bien, no te lo discutiré. Pero yo sí creo en el destino y ella también creía en él, por eso sabíamos que nos terminaríamos encontrando.

—Ella sabía dónde trabajabas. Sólo tenía que presentarse allí cuando quisiera que se produjera el encuentro. Y ni siquiera tendría que entrar en la librería. Podría esperar escondida detrás de algún coche, en alguna cafetería cercana...

—¡Para el carro! —casi lloraba de la risa—. ¡Desde luego eres imposible!

—Lo sé —dije, finalmente, sonriendo.

La tensión del ambiente había desaparecido con su buen humor. No tenía sentido guardar rencor por algo que ya formaba parte del pasado.

—Ella dijo que el destino decidiría si aquel encuentro debía producirse o no —añadí con la intención de centrarle rápidamente.

—¡Y así sucedió! —Cada vez estaba más animado. Nunca le había visto con tanta energía—. Salí de clase y me dirigí al trabajo. En la calle donde se encontraba la librería había una pastelería que endulzaba la avenida. No pude resistirme. Me detuve en el escaparate con la intención de ver qué dulce escogía para merendar y allí estaba ella, esperando a ser atendida. Fue curioso porque siempre pasaba por allí y nunca había sentido la necesidad de detenerme para comprar algo.

—El destino —dije con tono burlón.

—¡Lo vas cogiendo! —dijo guiñándome un ojo—. Entré en la pastelería y me puse en la cola. Cuando ella pagó y se dirigió a la puerta, nuestras miradas se cruzaron. Tras ese encuentro, ella me propuso un juego. Me dio su dirección para que cada semana le enviara una carta. La carta debía contener un resumen del último libro que hubiera leído. Cuando ella reconociera su novela favorita, vendría a la librería y acordaríamos un día para quedar.

—Un momento. Me estás diciendo que después de que el destino os uniera, ¿tenías que adivinar cuál era su novela favorita?

—¡Mejor aún! —La emoción se veía en sus ojos— ¡Tenía que leerla!

—Realmente es una idea que me atrae enormemente, pero estadísticamente las probabilidades de que...

—¡Shh! Dejemos a la estadística de lado.

—¡Sí, señor! —respondí riendo.

—¿Tú no habrías aceptado el juego?

—Por supuesto.

—¿Y qué habrías hecho?

—Leer sin demora cada uno de los libros que hubiera en la librería.

—¿Te guiarías por algún autor en concreto?

—Te diría que me basaría en el libro que encargó, pero no puedo saber si era para ella o para otra persona, por lo que es un dato que podría llevarme a error.

—¿Entonces? —preguntó con curiosidad.

—Escogería novelas que fueran de mi gusto. Además, habíais hablado de literatura. Aunque ahora no lo recuerdes, algún tipo de información obtendrías de esa conversación. ¡Y no nos olvidemos del destino!

—¡Efectivamente! —exclamó risueño—. ¡La clave de todo es el destino! Le gustaban las novelas dramáticas, como a mí, y decidí centrarme en el siglo XIX.

—¿No podías leer varios libros en una semana para avanzar más rápido?

—Buena pregunta. No. La única regla del juego era esa. Un libro por semana. Algunos eran más cortos y en tres días los había terminado. Otros eran más densos y terminaba apurando los siete días de margen.

—¿Qué pasaba si no lo leías en una semana?

—Que tenía que esperar a la siguiente para enviar la carta.

—Entonces ya son dos reglas las que tenía el juego —puntalicé.

—No perdonas ni una —sonrió—. Me aseguré de ajustarme siempre al plazo. Todos los lunes enviaba una carta con el resumen de una nueva novela.

—Si quedasteis el 27 de abril, deduzco que te llevó unos cuantos meses dar con ella.

—Reconozco que sí —dijo sonrojándose—. ¡Pero lo conseguí! Saori se presentó en la librería tras recibir mi vigésima carta.

—¿Qué sucedió luego? Si el destino os había querido unir, ¿por qué os separó? Me parece muy cruel por su parte. Aunque si nos basamos en la probabilidad que había de que...

—¿Qué te he dicho de la estadística? —me cortó con una risotada. En ese momento, una enfermera entró en la habitación con la cena—. Será mejor que te vayas a casa. ¡Es muy tarde! —exclamó sorprendido.

—No es tarde —dije tras mirar la hora en el móvil—. Sólo son las seis. Quiero saber cómo continúa la historia.

—Otro día, ¿de acuerdo?

—¿Vengo mañana?

—Mejor el domingo. —Agitó su mano derecha indicando que me retirara.

Me resultaba extraño que retrasase mi visita. Quizá le había molestado que hubiera estado dos semanas sin ir. Tenía lógica. Fuera lo que fuese, decidí no darle vueltas al asunto.

Todavía llovía, pero con menos intensidad. Según el pronóstico del tiempo, la lluvia nos acompañaría durante toda la semana. No me disgustaba. De hecho, lo prefería. Era un buen modo de despedir el verano y dar la bienvenida al otoño.

しょうがない¹⁸

El domingo me desperté pasadas las once de la mañana. Me costó levantarme. Era como si me hubieran pegado una paliza y me hubiesen depositado en la cama mientras estaba inconsciente. No entendía cómo podía sentirme así cuando no había hecho ningún tipo de esfuerzo físico durante la semana. Bajé a la cocina con la esperanza de que la comida ahuyentara aquella desagradable sensación. Bajando las escaleras fui consciente de que no había nadie en casa. No lo había comprobado, pero sabía que mis padres no estaban. Así eran ellos. Salían a hacer sus cosas y no contaban conmigo para nada. A veces sentía que los papeles se invertían y yo me convertía en madre de dos adolescentes creciditos.

Nuestra casa no era exageradamente grande, pero tampoco era tan pequeña como para que te asfixiaras en su interior. Tenía dos plantas. Nada más entrar, había un pequeño recibidor con un aparador a la izquierda para guardar los zapatos y un paragüero junto a él. Una vez subías el pequeño escalón que había en el recibidor, había un pasillo. Al final del pasillo estaba la cocina. Antes de llegar a la cocina había dos puertas a la derecha: el baño y el servicio. En el lado izquierdo del pasillo estaban las escaleras que llevaban a la planta superior de la casa y había otras dos puertas que daban al salón y a la habitación de mis padres. En la planta de arriba

¹⁸ *Shouganai*. Lit. «Que no se puede evitar». Aceptar que hay cosas que escapan a nuestro control. En japonés no tiene una connotación negativa. Es un modo de no centrarse demasiado en algo que no puede remediarse y pensar en aquello que sí podemos cambiar para hallar la felicidad.

estaba mi habitación, un pequeño cuarto que utilizábamos como trastero y una sala de estudio. Esta última era la más luminosa de toda la casa. Estaba rodeada de estanterías repletas de libros, partituras y discos de música. Había una pequeña mesa con una silla bajo la ventana. Aunque yo también tenía una mesa en mi habitación, y mucho más grande, cada vez que escribía o dibujaba lo hacía en esa mesa. Ocupando prácticamente toda la habitación, en el centro, había un piano de cola. Era el objeto que más valor tenía para mí.

De pronto, me vino a la memoria un recuerdo que estaba escondido en lo más recóndito de mi corazón. Después de dos años sin tocar ni una tecla del piano, mis padres decidieron venderlo. Yo acababa de llegar a casa. Estaba en el recibidor descalzándome y aparecieron detrás de mí, como si llevaran meses conspirando a mis espaldas. «No nos importa que esté en casa, pero no has vuelto a tocarlo. Ni siquiera lo limpias. ¿Has visto la capa de polvo que tiene?», dijo mi madre. «¿Lo has pagado tú? No, ¿verdad? Pues no hay más que hablar», dijo mi padre. A mi madre le preocupaba el polvo y a mi padre el dinero. «¡No podéis venderlo!», fue lo único que dije antes de dirigirme rápidamente a la sala de estudio. Me senté en el suelo con la espalda apoyada en la puerta y estuve mirando el piano durante horas. Me terminé durmiendo en esa incómoda posición y cuando me desperté eran más de las doce de la noche. Me levanté con esfuerzo; tenía todos los músculos entumecidos. Antes de abandonar la estancia me detuve unos segundos frente al piano. Era verdad que una considerable capa de polvo lo cubría. Al observarlo en aquel estado escuché el leve susurro de una melodía. Era como si me estuviera intentando hablar; intentaba transmittirme un mensaje. Levanté la tapa y observé el teclado. Colo-

qué muy suavemente mi mano izquierda sobre él y lo acaricié. Fue una sensación muy extraña, imposible de describir con palabras, pero sentí que no tenía ningún derecho a tocarlo. No pulsé ninguna tecla; no fui capaz. Y no porque fuera noche cerrada y pudiera molestar a los vecinos. Había una barrera entre nosotros. Lo supe porque no podía adivinar qué música estaba emitiendo. Aquella melodía sonaba cada vez más lejana. Él se estaba apartando de mí y yo no podía hacer nada para evitarlo. Después de aquel incidente, por denominarlo de alguna manera, mis padres no volvieron a sacar el tema. No sé qué les haría cambiar de opinión, pero mis argumentos, desde luego, no. Era cierto que ya no lo tocaba y, a fin de cuentas, eran ellos quienes lo habían comprado. Quizá, aunque yo no pudiera explicarlo, vieron que venderlo supondría que lo poco que quedaba de mi marchitada alma se perdiera para siempre.

Todavía tenía el estómago vacío, pero la desagradable sensación con la que me había levantado se había desvanecido. Sin saber cómo, me encontraba en el piso de arriba girando el picaporte de la habitación de estudio. Allí estaba. Me quedé en el marco de la puerta observándolo. Aunque no fuera consciente de ello, una sonrisa se había dibujado en mi cara. Y, de nuevo, sonó aquella melodía. Esta vez sí que pude reconocerla al instante. Se trataba del *Concierto para piano y orquesta nº1* de Chopin. Las composiciones de Chopin son las que más *enamoramientos a primer oído* han despertado en mí. Creó un idioma musical romántico y se lanzó a la conquista de un mundo sonoro ajeno a los sentimientos cotidianos y terrenales. Su música genera un binomio pictórico-literario. Sus melodías evocan ensoñaciones en las que el pensamiento de un sentimiento tierno es acompañado de un bajo ondula-

do en arpeggios o acordes quebrados. Utiliza la melodía como si fuera una voz humana, confiriendo una mayor profundidad emocional a la pieza. Algunos de los elementos que contribuyen a crear ese ambiente tan especial, cálido y dramático, tan característicos de su obra, son esos acordes rotos de la mano izquierda, ese uso intensivo del pedal a través de las notas sostenidas, ese ritmo fluctuante acompañado de contrapuntos y armonías sublimes. Chopin halló en el piano el medio perfecto para plasmar su impronta creativa y desde el teclado, con su sonoridad única e inconfundible, creó un estilo y una expresividad absolutamente inéditos. Heinrich Heine dijo: «Chopin es un gran poeta de la música, un artista tan increíble que sólo puede compararse con Mozart, Beethoven, Rossini y Berlioz». Varios compositores, tanto contemporáneos como posteriores, expresaron su influencia en sus trabajos. Brahms y Wagner muestran una técnica similar en sus melodías. Mendelssohn, Schumann y Liszt le alabaron en vida y destacaron su genialidad como compositor. Su música tuvo un importante impacto sociocultural en el panorama musical del romanticismo. Sin Chopin, la música de finales del siglo XIX y principios del XX resultaría, sencillamente, inimaginable.

Hiro-san me esperaba con la misma sonrisa de siempre.

—¿Puedes continuar con la historia, por favor?

—Antes de nada, buenas tardes, ¿no? —dijo riendo—. ¡Deja que escuche algo de música!

—Vale, pero que conste que no me voy a ir hasta que termines. Luego no me digas que se ha hecho tarde —le respondí arqueando las cejas con desconfianza.

—¡Tienes mi palabra! —exclamó animado.

Escuchamos el *Impromptu n.º3 op.142* de Schubert interpretado por Alfred Brendel¹⁹.

—Schubert compuso 8 *impromptus*. Cuatro *opus 90* y cuatro *opus 142*. Los terminó a finales de 1827, un año antes de su prematura muerte. Los cuatro *impromptus* catalogados como *opus 90* fueron enviados a Viena para que Tobias Haslinger²⁰ los publicase, pero sólo lo hizo con dos de ellos; los otros dos quedaron en el olvido tras la muerte del compositor hasta que, 30 años después, se recuperaron. En cuanto a los cuatro *impromptus* del *opus 142*, Schubert se puso en contacto con el editor Bernhard Schott el año de su muerte. Schott —y esto es típico de los editores— deseaba que el compositor le enviara sus composiciones, pues era consciente de que Schubert comenzaba a tener renombre. Pero después de tenerlos durante medio año, terminó devolviéndoselos a su autor. Su excusa era que la filial de la editora en París opinaba que no eran las *bagatelas*²¹ que el título de *impromptus*²² sugería, y que en realidad eran difíciles de ejecutar. Finalmente fueron publicados por Anton Diabelli²³ en 1838.

¹⁹ Pianista, poeta y escritor austriaco nacido en 1931.

²⁰ Editor y compositor austriaco (1787-1842).

²¹ Composición musical de carácter ligero y duración breve.

²² Pieza breve, generalmente para piano, de carácter improvisatorio. Esta forma musical se estructura normalmente en tres partes ABA (forma tripartita).

²³ Músico austriaco, pianista y compositor, además de editor de música y profesor de piano y guitarra. En sus tiempos fue más conocido como editor, pero es el compositor del vals sobre el que Beethoven escribió sus 33 *Variaciones "Diabelli"* (1781-1858).

—Siempre suceden cosas así con los músicos. No se les valoraba lo suficiente en vida.

—Y ahora cualquiera que hace ruido con algún instrumento y berrea estrepitosamente, es arropado con billetes e inmerecidos halagos.

—La música de Schubert me evoca sencillez —dijo cerrando los ojos y respirando profundamente—. Me agradan sus composiciones.

—Evoca sencillez, pero son complejos *lieder*²⁴ interpretados sin un cantante. Sus armonías cambian constantemente e integran esa colorida melodía, esa rica textura, que evoca el piano. Hace que explores un nuevo reinado de sensibilidad interior y te percares de lo profundas, extensas, frescas y experimentales que eran las ideas que bullían en su prodigiosa mente. Su música es pura poesía.

Tras un largo silencio en el que dejamos que aquellos pequeños retazos del *Impromptu nº 3 op.142* de Schubert terminasen de evaporarse en nuestros oídos, Hiro san prosiguió con la historia de Saori.

—Nos veíamos cada dos semanas y conversábamos acerca de todo; no había límites en nuestras palabras. Observábamos el mundo desde otra perspectiva, sintiendo que no pertenecíamos a esa sociedad, que nuestro lugar no estaba allí. —Alcanzó su taza de té y dio un sorbo mientras cerraba levemente los ojos—. Nos comportábamos como dos estúpidos

²⁴ El *Lied* es un término alemán utilizado en la historia de la música clásica para hacer referencia a una *canción lírica breve* cuya letra es un poema al que se le ha puesto música, compuesta para voz solista y acompañamiento, generalmente de piano.

jóvenes que sabían de los sentimientos del otro, pero no querían manifestarlo. Era como si nos divirtiera imaginar qué sucedería. A la vez, nos daba miedo perder. La realidad era que entre lo que parecía y lo que realmente era, había un camino tan largo y complicado, que recorrerlo era un auténtico acto de fe. Una parte de mí decía que lo intentase; otra me atormentaba con que aquello era un error.

El sol se mantenía oculto tras la tormenta. La lluvia golpeaba con fuerza los cristales.

—Recuerdo que unos años después nos encontramos en la calle, pero ninguno de los dos dijo una sola palabra. Pasamos el uno al lado del otro, desapareciendo entre la multitud para siempre. Triste historia, ¿no crees? —dijo con resignación.

—¿Qué sucedió para que terminase así?

—Nada más finalizar mis estudios me ofrecieron una oferta laboral que no podía rechazar. Recuerdo con qué emoción di la noticia a Saori. Por desgracia, su reacción no fue como esperaba. Le pedí que viniera conmigo, pero no quiso.

—¿Dónde era el trabajo?

—En Estados Unidos.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Indefinido.

—¿No había ningún modo de que encontrases trabajo aquí con unas condiciones similares?

—En aquel momento ni siquiera me lo planteé. Era joven y conseguir un trabajo nada más terminar los estudios era un privilegio. ¡Además en el extranjero!

—¿Qué sucedió? Imagino que te fuiste.

—Estuve seis meses fuera. Como Saori no tenía intención alguna de venir a Estados Unidos, pregunté en la empresa si era posible que me trasladasen a la sucursal que había en Tokyo. Era posible, pero ni el sueldo ni las condiciones serían tan buenas allí. No me importó. Sólo quería volver junto a ella.

—Supongo que Saori se alegraría de tu regreso.

—En parte se alegró, pero las cosas habían cambiado. Ella estaba distante. Veía cómo se alejaba de mi lado, como cuando el mar acaricia la orilla lentamente hasta retirarse.

—¿Por qué no le dijiste lo que sentías? Lo dejaste todo por ella.

—Consideré que no era a mí a quien le correspondía dar el paso.

—Entonces la perdiste por orgullo.

—No. Eso no es orgullo. Se llama amor propio.

—¿Egocentrismo?

—No. El amor propio no es egocentrismo.

—¿Cómo que no? ¿Y qué son los narcisistas o los ególatras?

—Pero en el contexto en el que te estoy hablando no son sinónimos. No fue orgullo ni egocentrismo.

—¿Entonces?

—Ninguno supimos aceptar la realidad.

—¿A qué te refieres?

—A que hay muchas cosas que ninguna persona es capaz de aceptar. El problema reside en que los momentos inolvidables son aquellos que cuando los vives no sabes que lo son, pero cuando ya no existen, los recuerdas.

—Sí. Lo sé —dije mirando las oscuras nubes a través de la ventana.

—¿No crees que es triste? —Hiro-san resopló con fuerza —. Esos momentos a los que no prestamos atención, son los que recordamos cuando ya no están.

—Yo sí les presto atención.

—¿Y qué sientes?

—Miedo, inseguridad y tristeza.

—No parece muy positivo...

—Ya... Procuro no pensar en ello.

Permanecimos en silencio durante unos minutos hasta que Hiro-san decidió continuar.

—¿Sabes? A lo largo de tu vida conocerás a muchas personas, pero sólo una será capaz de teñir tu mundo de color. — Cerró los ojos y sonrió tímidamente—. Todavía soy capaz de recordar esa mirada y esa sonrisa como el primer día. Su sonrisa podía iluminar hasta la noche más oscura.

—Si la gente dijera lo que siente cuando lo siente, no habría necesidad de sufrir — añadí después de reflexionar durante unos segundos.

—Es cierto que una sola palabra pudo cambiarlo todo, pero nunca fue pronunciada porque el silencio era más cómodo. De ese modo, lo que pudo ser, nunca fue.

—¿Por qué crees que se alejó de ti?

—Porque, como bien acabas de decir, la gente no dice lo que siente cuando lo siente.

—Antes de irte, mucho antes incluso de que terminaras tus estudios, tenías que haberle hablado de tus sentimientos.

—Me daba miedo.

—¿Por qué?

—Todo era perfecto. Me gustaba estar junto a ella y me aterraba que aquello pudiera esfumarse con una ligera brisa si yo pronunciaba aquellas palabras.

—Pero si ella sentía lo mismo por ti...

—Las cosas nunca son tan simples. Y mucho menos cuando los sentimientos entran en juego.

—Pero cuando la conociste me hablaste del destino. Los dos creáis en él.

—Sí, pero el destino sólo une a las personas. Son las personas las que luego deben actuar.

—¿Y qué terminó sucediendo?

—Durante aquellos meses algo cambió. Nunca supe qué fue, pero me enfadó que no confiara en mí. Dejó que aquel torbellino de incertidumbre y miedo la arrastrase a las profundidades del océano.

—¿No le preguntaste?

—¡Por supuesto! Pero nunca quiso hablar del tema. Y en el fondo de mi corazón, aunque no podía enfadarme con ella, me sentía profundamente dolido.

—El desconocimiento te atormentaba.

—Y el ver cómo se alejaba...

—Sin explicación alguna —completé—. De nuevo, el desconocimiento.

—Haber conocido el motivo no me habría hecho sentir feliz.

—Pero habría permitido que pudieras encajar todas las piezas. El cerebro necesita comprender el porqué de las cosas. Gracias a esa curiosidad hemos avanzado hasta lo que somos ahora. Cuando nos falta una parte de la historia nos la inventamos. A veces con cierta lógica; otras, de forma incoherente. Desgraciadamente, las historias que generamos son mucho más dañinas que la realidad. No comprendo en qué se sustentan, pero imagino que, como acabo de decir, en lo que supuestamente resulta más lógico en base a nuestras experiencias. —Observé cómo avanzaban las gotas de agua en el cristal de las ventanas—. ¿Cuál pensaste que era el motivo?

—Imaginé todos los escenarios posibles —suspiró con desánimo.

—¿Te habría gustado saberlo?

—Sí.

—Un momento, recapitulemos. —No sabía si estaba comprendiendo la historia. Era muy difícil dejar de lado a la lógica—. Todo era perfecto hasta que te fuiste. Os conocisteis en la librería, os encontrasteis de nuevo en la pastelería, adivinaste su libro favorito y comenzasteis a quedar. Os queríais, pero ninguno de los dos dijo nunca nada por miedo a lo que pudiera suceder. —Esto último carecía de sentido para mí—. ¿Has ta aquí bien? —Asintió—. Durante los seis meses que estuvis te en Estados Unidos fuiste consciente de lo importante que era para ti y volviste, pero Saori comenzó a alejarse sin darte ninguna explicación.

—Eso es.

—Tenías que haberle dicho lo que sentías —concluí. Para mí aquello era lo más lógico.

—Siempre he pensado en cómo podrían haber evolucionado las cosas si yo le hubiera confesado mis sentimientos.

—Lo que no quieres que se sepa, no lo dices. Lo que te da miedo afrontar, no lo haces. Pero cuando lo dices o lo haces, has de enfrentarte a las consecuencias. Cada uno es amo de sus silencios y esclavo de sus palabras. Decir lo que no se siente es, simplemente, mentir, engañar con cálidas y románticas palabras. Por tanto, cuando no sientes algo, simplemente, no lo dices.

—¿Quieres decir que no nos queríamos realmente?

—Más o menos. Fue algo fugaz. Un capricho puntual.

—Para mí nunca se trató de algo fugaz. Quizá para ella sí fuera así, pero yo sé cuáles eran mis sentimientos.

—Entonces tu orgullo destruyó aquellos sentimientos.

—Como te he dicho antes, no fue orgullo...

—Entonces fuiste un cobarde —le interrumpí—. Sea lo que sea, no encontrarás ningún adjetivo de tu agrado. Tu memoria ha glorificado los recuerdos que compartisteis. No entiendo que ocultaras tus sentimientos y luego los enterraras. Te rendiste. Consideraste que si tenía que pasar, era ella quien tenía que actuar.

—Es posible que me rindiera, pero yo no podía correr tras una sombra. Decidió subir al tren sin mí y por más que yo corriera, sólo podía ver cómo se alejaba cada vez más hasta desaparecer en el horizonte.

—Tenías que haber parado el mundo e intentar que nadie ni nada interfiriese. Hay que mantener a las personas que nos inspiran y hacen que saquemos lo mejor de nosotros mismos. Perlas hay muchas, pero diamantes no. Un diamante es una persona que parece creada únicamente para ti. —Tomé aire profundamente antes de continuar—. Reescribir el pasado no sirve de nada. Por mucho empeño y dedicación que pongas al reescribirlo, tu situación actual no va a cambiar. Aunque se alteraran numerosos hechos nimios, al final nunca volverás atrás. Lo que debes hacer es erguirte en la encrucijada del presente, aceptar honradamente el pasado e ir escribiendo el futuro para así reescribir el pasado.

Se hizo el silencio. Su mirada estaba perdida en el infinito. No sabía si había dicho algo que pudiera haber herido sus

sentimientos. Yo sé lo que me duele a mí, pero es muy complicado saber lo que puede doler a otras personas. A veces la gente se enfada conmigo y no entiendo el motivo. Repaso cada una de las palabras que he pronunciado e intento dar con el problema, pero no consigo encontrarlo. Si me lo explicaran resultaría más sencillo todo.

—Tienes razón. Todo lo que has dicho es cierto.

—¿No estás enfadado? —Me sorprendió enormemente su veredicto.

—¿Por qué me tendría que enfadar? —preguntó extrañado.

—A lo mejor he dicho algo que no te ha gustado.

—En absoluto. Y quiero que sepas que agradezco y valoro tu franqueza. Hoy me has enseñado mucho.

—¿De verdad?

—No te haces a una idea. —Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro. Me tranquilizó comprobar que no se había enfadado conmigo.

Mientras volvía a casa pensaba en la historia de Hiro-san. Las elecciones incorrectas producen a veces resultados correctos y viceversa. Ante este tipo de absurdos he llegado a la convicción de que en realidad no elegimos nada. Esa es mi forma de entender la vida. Respecto a las cosas que ya han ocurrido, no hay nada que podamos hacer. En cuanto a las que aún no han tenido lugar, todo está por ver.

Un rayo iluminó el cielo. La lluvia caía con fuerza. Pronto el verano daría paso al otoño. Se notaba en las temperaturas y en la duración de los días. También faltaba poco para que comenzasen las clases en la universidad. No era algo que me disgustase, simplemente era algo que iba a suceder.

出る杭は打たれる²⁵

Tonos rojizos, amarillentas hojas, anaranjados paisajes. Días nublados, silenciosa llovizna, alfombras marrones crujendo bajo nuestros pies. Petricor endulzado, viento nervioso, calles desiertas. El otoño nos saludaba. La gente había cambiado de escenario y vestuario. Cafeterías atestadas, bebidas calientes, boniatos asados. Gorros, bufandas, guantes y varias capas de ropa. Ese era el modo que teníamos de responder al saludo del otoño. Me resulta muy agradable esta época del año. De hecho, es mi estación favorita. Eso hizo que recordase la primera vez que conversé con Hiro-san.

Estaba escuchando el *vals sentimental nº6, op.51* de Tchaikovsky. Siempre que escucho a Tchaikovsky percibo ese sentimentalismo excesivo que le caracteriza. El atractivo de sus composiciones proviene de esa inagotable riqueza melódica realizada por una consumada ciencia de la armonía y el contrapunto, y adornada con un sublime brillo orquestal. Esta capacidad melódica le hizo famoso en todo el mundo. Sus composiciones reflejan su estilo emocional, triste, nostálgico y melancólico. Era un tipo de melodía peculiarmente rusa, plañidera, introspectiva, a menudo con resonancias modales, con toques neuróticos; tan sentimental como un grito en medio de un bosque en plena oscuridad.

Eran las ocho de la tarde. Acababa de salir de mi última clase. Me había sentado en un banco que había junto al pre-

²⁵ *Deru kui wa utareru*. Lit. «El clavo que sobresale recibe un martillazo». Este proverbio japonés hace referencia a que sobresalir en algo provocará la envidia.

cioso bloque de hormigón de mi facultad. Los pocos estudiantes que veía pasar salían apresuradamente. Mientras las notas de Tchaikovsky se iban sucediendo una tras otra, me sentía completamente invisible. Yo podía observarles, pero ellos no reparaban en mi presencia. Esa sensación me resultaba reconfortante. Cerré los ojos y sonreí. Una suave brisa otoñal acarició mi rostro.

Cuando abrí los ojos me sorprendió ver que alguien se había sentado a mi lado. Era una chica de mi edad. Tenía el pelo largo, ondulado y castaño. De pronto me miró y dijo algo. Como estaba con los cascos puestos y con la cabeza en otro mundo no fui capaz de comprender sus palabras. Detuve la música y regresé a la realidad.

—Disculpa. ¿Podrías repetir?

—¿Hoy es jueves? —Su voz era suave y pausada.

—No. Es martes —respondí sin pensar.

—¿En serio? —Parecía verdaderamente sorprendida—. Por cierto, eres Izumi Akiko, ¿no?

—Sí. —Esta vez fui yo quien se sorprendió—. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Porque salía en la revista de la universidad. Ganaste el premio de literatura en el certamen de mayo.

—¿Cómo sabías que era yo?

—También salía una foto.

¡Es verdad! Aquella horrible foto que me habían hecho en secretaría con una *webcam* de un ordenador viejísimo.

—Me sorprende que me hayas reconocido por esa foto.

—Me pareció muy interesante tu historia —continuó—. ¿Era inventada o se basaba en algún acontecimiento real?

—Real.

—Lo sabía. Las historias reales son las que más me gustan. —Sonrió—. ¿Volverás a presentarte?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo?

—Porque yo no escribo para presentarme a ningún concurso. Escribo cuando me viene la inspiración. Si de aquí a que salga la próxima convocatoria he escrito algo que merezca la pena presentar, lo haré.

—Ojalá escribas algo. Me gustaría volver a leerte. —Parecía entusiasmada.

—Gracias. —Sonreí. Era la primera vez que alguien me decía algo así.

—No tienes que darlas —dijo devolviéndome la sonrisa—. Ha sido un placer conocerte en persona. Me encantaría poder hablar contigo en otra ocasión.

—Lo mismo digo —respondí con una sonrisa que mezclaba sorpresa, extrañeza, pero, sobre todo, sinceridad.

Se levantó y cogió su mochila.

—Por cierto, ¿qué música escuchabas?

—Tchaikovsky.

—¡Sabía que era clásica! —exclamó con orgullo.

Se dio la vuelta y se marchó. Observé cómo se alejaba y me di cuenta de que no me había dicho su nombre. Tampoco yo le había preguntado.

Aquel encuentro fue lo más interesante de la semana. Por lo demás, todo transcurrió con normalidad. Me levantaba a las siete de la mañana, desayunaba, iba a clase, comía el delicioso menú de la cafetería, volvía a clase y, al terminar, me sentaba en el banco que había junto al precioso bloque de hormigón de la facultad y dejaba que la música me sumergiera durante unos minutos en otro mundo.

El domingo me desperté más pronto de lo que tenía previsto. Casi agradecí no tener que haber escuchado el infernal sonido del despertador, pero me dio rabia que para un día que podía dormir, mi mente no estuviera dispuesta a dejarme. A pesar de haberme acostado bastante tarde, no tenía nada de sueño, así que después de cinco minutos dando vueltas en la cama asumí que no iba a dormirme de nuevo.

Me preparé unas tostadas con mermelada de arándanos. La mermelada era casera; la había preparado mi madre con unos arándanos que nos había dado la vecina. También me serví medio vaso de zumo de melocotón y un té negro. Todavía no me había adaptado a los tiempos de la nueva tostadora que habían comprado mis padres y el pan salió carbonizado. La vieja tostadora tardaba dos minutos en hacer que el pan se volviera ligeramente crujiente. La de ahora, en menos de un minuto, lo transformaba en carbón. ¡Estupendo! Como no me apetecía tirar esas dos rebanadas de pan, me las comí así. Qué desayuno tan grotesco. Podría poner la mano en el fuego y afirmar que era uno de los peores desayunos que tomaba en los últimos años. El *brick* de zumo llevaba abierto

más de dos semanas y tenía un sabor rancio. Lo vertí en el fregadero. El té no es difícil de preparar, pero la torpeza se apoderó de mí y terminó la mitad en mi pijama. Además, no se me cayó encima cuando estaba templado. No. Ardía. Para colmo, la mermelada de arándanos que había preparado mi madre resultó no estar buena. Como el pan era carbón puro, achaqué el extraño sabor al pan, pero aquella noche mi madre confesó que había confundido el bote del azúcar con el de la sal.

Después de mi delicioso desayuno, me puse con un trabajo que tenía que entregar al día siguiente en la universidad. Quería terminarlo cuanto antes porque desde que había comenzado con las clases, aprovechaba la tarde de los domingos para visitar a Hiro-san. El trabajo era para la asignatura de *Historia y Ética de la Medicina*. Tenía que escribir una redacción acerca de los valores éticos y su implicación en la ciencia. Siempre me resulta difícil comenzar a escribir el inicio de un trabajo:

La ciencia es un sistema que estructura de forma lógica los conocimientos verdaderos, y su principal objetivo radica en el descubrimiento de leyes objetivas para los fenómenos y la búsqueda de una explicación para ellos. Pero también es sabido que todo conocimiento, por teórico que sea, condiciona la posibilidad de influir sobre la vida.

La educación de los profesionales debería sustentarse en la idea de que ciencia y tecnología son procesos sociales, y no verdades al alcance de cualquiera. La parte oscura de la ciencia reside en mostrar una actitud evasiva ante la incorrecta utilización de los resultados. Aunque sería injusto culpar a Einstein, Mendeleiev o Pasteur por la bomba atómica, las ar-

mas químicas o la guerra bacteriológica, no se puede eximir toda la responsabilidad del científico.

Cuando mi madre me llamó avisándome de que la comida estaba lista, acababa de terminar de escribir el último párrafo del trabajo:

La ética busca una fundamentación universal, pero difiere según la cultura. Algunos países derivan de la religión sus preceptos y códigos de conducta dando lugar a diferentes culturas y morales. Pero ética y religión no son sinónimos. ¿Es la ética una mera utopía o se podrá generalizar, algún día, a nivel mundial?

El autobús iba prácticamente vacío y el tráfico era fluido. Eso hizo que el conductor se emocionara y apretara el acelerador más de la cuenta. Cada vez que tomaba una curva, sentía cómo el arroz con soja y el pollo con setas que había comido se revolían en mi estómago. ¿Por qué había repetido dos veces? Ahora me arrepentía, pero sabía que volvería a suceder de nuevo. Intenté distraerme mirando el paisaje, pero sólo podía pensar en cuánto deseaba que llegara mi parada. Bajé del autobús con una gran duda rondando por mi mente: ¿sería capaz de atravesar las puertas del hospital manteniendo toda la comida en el estómago? La respuesta, por suerte, fue afirmativa.

—¿Qué tal te ha ido la semana?

—Bien. Aunque hay un profesor que tiene un tono de voz exageradamente monótono y a los dos minutos de clase hace que me duerma.

—Mientras sólo sea eso... —respondió Hiro-san riendo—. ¡Quién pudiera volver a ser joven!

—¿Tú qué tal te encuentras? Desde que vi la comida que te servían para cenar no puedo descansar en paz.

—¡Sabe mucho mejor de lo que aparenta! —exclamó riendo fuertemente. —¿Te apetece que salgamos al jardín? —le ofrecí.

—Sí. Me encantaría.

Le acerqué una chaqueta negra con coderas marrones que tenía en el armario y le presté mi brazo para que se agarrase. Últimamente paseábamos por el jardín con frecuencia. Aprovechábamos que el calor y la cargante humedad habían desaparecido del ambiente para disfrutar de la naturaleza. Cuando salimos, una agradable brisa otoñal acarició nuestros rostros. Caminamos lentamente sintiendo el crujir de las hojas bajo nuestros pies.

—Aki-chan, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—¿Por qué sigues viniendo a verme?

—¿Acaso no debería?

—No me refería a eso.

—¿Entonces?

—¿Por qué no quedas con algún amigo?

—¿Tú no eres mi amigo?

—Quería decir con algún amigo de tu edad.

—No tengo amigos de mi edad —respondí con indiferencia.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó con cierto tono de alarma.

Pensé en todas las personas que habían ido apareciendo a lo largo de mi vida. —No encajo —dije con un tono verdaderamente despreocupado.

—¿Por qué crees que no encajas?

—Siento que mis aspiraciones, pensamientos e inquietudes difieren mucho de las tuyas. No encuentro ningún nexo entre nuestros mundos.

—Es bueno que hayas creado un mundo propio, pero no puedes aislarte. Si has podido encontrar esa conexión conmigo, ¿por qué no la buscas también con algún compañero de clase?

—No es tan fácil. La gente de mi edad no disfruta hablando de este tipo de cosas. Y en caso de querer, sus pensamientos son vacíos. Tampoco saben escuchar. Es como si sólo quisieran contar lo que les ha sucedido. Sueltan un discurso aburridísimo y después del esfuerzo que me supone escuchar atentamente cosas que no me interesan en absoluto y de analizar cuál es el problema y cuál podría ser su posible solución, me doy cuenta de que no quieren una respuesta.

—Entiendo lo que dices, pero no puedes generalizar así. ¿Nunca has conocido a nadie con quien poder hablar de un modo similar a como haces conmigo?

—Sí. Ha habido gente de mi edad con la que pensaba que había conectado. Creí verdaderamente que eran diferentes, pero me defraudaron y terminaron yéndose de mi vida.

—¿Por qué te defraudaron?

—Porque se habían acercado a mí con un propósito muy concreto. A la gente se le da de fábula manipular y engañar. Yo no entiendo qué ganan con ello, pero... —Me encogí de hombros.

—¿Por qué crees que sucede eso?

—No lo sé. —Bajé la mirada—. ¿Crees que mi mente no funciona bien?

—Creo que ninguna gran mente ha existido nunca sin un toque de locura.

—¿Consideras que tengo una gran mente o sólo querías citar a Aristóteles? — pregunté con sorna.

—Me acerqué a ti porque vi que eras diferente.

—Sin conocer a la persona no puedes deducir eso.

—Llámalo intuición o sexto sentido, la cuestión es que puedo captar la esencia de alguien con sólo verlo.

—Sé que hay una explicación neurobiológica que subyace tras esa capacidad que acabas de describir, así que tomaré por válida tu premisa.

—Esa explicación neurobiológica podría ser la experiencia —respondió guiñándome un ojo. Yo no estaba de acuerdo con esa afirmación, pero decidí guardar silencio—. Respóndeme a una cosa —continuó con un tono animado—, ¿crees que la locura es mala?

—Depende de lo que entendamos por locura.

—¿Qué entiendes tú?

Medité durante unos minutos una respuesta adecuada. Mientras tanto, nuestros pies siguieron avanzando pausadamente por aquel crujiente y colorido sendero de hojas.

—La locura es una acción imprudente, insensata o poco razonable llevada a cabo de forma temeraria, sin pensar en las consecuencias —comencé a exponer—. Durante los descansos que hay entre las diferentes asignaturas, aprovecho para leer y no hablo con nadie. Ante este comportamiento escucho cómo algunos de mis compañeros murmuran cosas como: «qué bicho tan raro» o «está como una cabra». Pero yo no he realizado ninguna acción insensata, simplemente leo. Eso me lleva a deducir que la gente entiende por locura aquello que es diferente a lo que realiza la mayoría.

—¿Qué crees que tiene que suceder para que se considere que alguien esté loco? —Por mi experiencia, ser diferente. Con eso es suficiente.

—¿No crees que los cuerdos son realmente los locos?

—Entonces deberíamos citar a Chesterton²⁶: «*El loco no es el que ha perdido la razón, sino el que ha perdido todo menos la razón*». —Me detuve unos segundos y cogí aire—. ¿Dónde queda el límite entre la cordura y la locura?

—No se puede trazar una línea definida entre ellas. —Hiro-san apretó los ojos con fuerza como si, de ese modo, fuera a brotar la respuesta adecuada—. ¿Sabes quiénes fueron los primeros en asociar la locura con la creatividad?

—Los griegos, ¿no? —deduje.

—Efectivamente. Para ellos, los poetas eran *enfermos divinos* y Platón aseguraba que la inspiración llegaba en momentos de *locura divina*.

—¿Y qué se entiende por creatividad? ¿Cuándo se considera que una persona es creativa?

—La creatividad es la capacidad de crear. El genio es una persona con capacidades extraordinarias focalizadas en alguna materia y con cabida para alumbrar nuevas ideas abstractas y expresarlas. El genio no es necesariamente un enfermo, pero en el caso de existir enfermedad, sabe aprovechar sus brotes de locura para crear cosas fantásticas.

—Entonces las facultades creadoras ya existen antes de manifestarse la enfermedad.

—Eso es.

—Dicho así parece que un artista tiene que ser necesariamente un genio.

²⁶ Escritor y periodista británico de inicios del siglo XX. Cultivó, entre otros géneros, el ensayo, la narración, la biografía, la lírica, el periodismo y el libro de viajes (1874-1936).

—En absoluto. ¿Conoces a Thoreau? —Negué con la cabeza—. Fue un escritor, poeta y filósofo estadounidense del siglo XIX. Para Thoreau el genio tenía la capacidad de ser un artista (y solía serlo). El genio es un originador, un hombre inspirado o demoníaco, que produce una obra perfecta en obediencia a leyes aún inexploradas. El artista, sin embargo, es aquel que detecta y aplica la ley de la observación en las obras del genio.

—Entiendo... ¿Y qué es lo que impulsa al genio a crear?

—Esto me recuerda a la conversación que mantuvimos la primera vez que viniste a visitarme. —Su voz adquirió un tono melancólico. O, al menos, esa fue la impresión que me dio—. Mi opinión es completamente subjetiva, pero considero que la insatisfacción es un aspecto importante.

—En ese caso, además de enfermedades mentales, ¿podrían influir enfermedades físicas? A fin de cuentas, la percepción del mundo se encuentra alterada en ambas.

—Efectivamente. Por ejemplo, Marcel Proust padecía asma bronquial desde los 9 años y, debido a eso, no pudo llevar una vida normal. Su genialidad se encontraba estrechamente ligada a la necesidad que tenía de recrear algo que nunca más podría sentir.

—Por tanto, la locura tiene relación con la genialidad, así como la genialidad tiene relación con el artista... —Dejé la frase en el aire.

Enfermedad mental o locura, genio o artista, insatisfacción, enfermedad física, facultad creadora...todas esas palabras revoloteaban de forma confusa por mi mente. Sentí que

el cerebro se enmarañaba en un sinfín de conexiones chispeantes. De pronto, experimenté una sensación de lo más desagradable: nada de lo que me rodeaba tenía sentido. Hacía mucho tiempo que no me pasaba. Absolutamente todo lo que me rodeaba, incluso mis propios pensamientos, resultaban ilógicos. Más aún. Eran irreales. ¿Por qué mis pies se movían de ese modo? ¿Por qué esos eran mis pies? ¿Realmente eran mis pies? ¿Era verdad que estaba junto a Hiro-san paseando por el jardín del hospital? ¿Hiro-san era real? ¿Yo era real?

—Aki-chan. ¿Te encuentras bien? —La serena voz de Hiro-san me rescató de aquel torbellino plagado de incoherencia. Sin darme cuenta mis piernas habían dejado de avanzar y un sudor frío me cubría la frente—. ¿Estás bien? —Parecía preocupado. Asentí con la cabeza ligeramente.

—Estaba intentando entender el mundo.

—No tienes que esforzarte tanto en entender todo lo que te rodea. —Asentí—. Algún día te darás cuenta de que lo único que está loco es el mundo.

—¿Y qué sentido tiene vivir en un mundo donde la locura impera por encima de todo?

—Porque, a fin de cuentas, la locura es la única reacción sana para una sociedad enferma.

—¿Conoces a Thomas Szasz?

—No. ¿Por qué?

—Tu conclusión es similar a sus ideas. Fue un psiquiatra húngaro y referente de la antipsiquiatría, aun siendo él psi-

quiatra. Criticó duramente los fundamentos morales y científicos de ésta —expliqué.

Pasamos junto a un banco de piedra y aprovechamos para sentarnos. Frente a nosotros se alzaba el gran sauce que había visto en mi primera visita al hospital. Mientras observaba cómo el viento mecía la figura del gran sauce, sentí un enorme vacío en mi interior.

—Hiro-san...

—Dime.

—Me molesta que la gente desaparezca de mi vida.

—¿Te molesta o te duele? Son cosas diferentes. Una implica más enfado; la otra, mayor tristeza.

—Una mezcla, creo.

—¿Conoces los *Cuentos de luz de luna y lluvia*?

—Sí, los estudiamos en literatura. Los escribió Ueda Aki-nari en el siglo XVIII. También hay una película de los años 50, ¿no?

—Efectivamente. —Sonrió—. Nunca he visto la película, pero los cuentos los conozco de memoria. —Se detuvo unos segundos antes de continuar—. «*No plantéis en vuestro jardín el sauce que reverdece con la primavera —comenzó a recitar—, del mismo modo, no trabéis amistad con personas inconstantes. Porque el sauce llorón, aunque siempre pueda desplegar su verde follaje, en cuanto sopla el primer viento de otoño, con facilidad deja caer sus hojas. También el inconstante entabla amistad muy fácilmente, pero con la misma rapidez se aleja*».

—¿Cómo puedo saber si una persona es inconstante? — pregunté tras una pequeña pausa.

—No es algo que puedas saber. El tiempo y la experiencia te ayudarán, pero no hay ninguna regla establecida. El único consejo que puedo darte es que no te encierres en tu mundo.

—¿Por qué?

—Porque cuando quieras salir de él te darás cuenta de que no tienes a nadie en tu vida.

—Quizá esto te suene presuntuoso, pero a veces me pregunto si existe alguien a quien realmente le importe perderme.

—Eso no es algo que deba importarte. Si supieras que hay alguien que siente eso por ti, ¿qué sucedería?

—Pues... —Dudé. Pensaba que era algo que tenía más claro.

—Tú no necesitas eso —zanjó antes de que pudiera dar una respuesta—. Tienes algo que los demás no tienen: fuerza. Una persona es fuerte cuando encuentra un motivo para luchar y se dedica en cuerpo y alma a ello. No necesitas más.

—¿Eso significa que debo estar sola?

—En absoluto, pero la única persona que necesitas en tu vida es aquella que te demuestre que te necesita en la suya²⁷.

—Eso es contradictorio, ¿no? —dije con cierta reticencia.

—Con eso sólo quiero decirte que las personas no dicen nunca lo que sienten. Esconden sus sentimientos. En muchas

²⁷ Frase de Oscar Wilde.

ocasiones no es siquiera por temor a qué puedan pensar los demás, sino porque ni ellos mismos han sido capaces de aceptarlos. Esto es algo que tú me enseñaste hace poco —dijo con una amplia sonrisa—. A veces pierden el tiempo persiguiendo sombras cuando lo que en realidad buscan es una luz que ilumine su oscuridad.

—Entonces, la gente dice lo contrario a lo que siente porque no sabe realmente lo que quiere.

—A lo mejor sí lo saben, pero no quieren aceptarlo.

—¿Y por qué no iban a querer?

—A lo mejor sí quieren, pero no pueden.

—¿Y por qué no iban a poder?

—¿Ves como es un tema complicado?—dijo desesperándose—. Lo que tienes que hacer es no pensar en si serás o no importante para alguien. Por supuesto que tienes gente a la que le importas. Pero sigue mi consejo y no esperes a que te lo digan porque quizá sus palabras nunca lleguen. Deja que te lo demuestren.

—Demostrar algo es más complicado que decirlo.

—Por eso tiene mucho más valor.

—Obviamente. Pero si sus palabras nunca llegan...

—Llegarán —me interrumpió—. Quizá todavía no has dado con las personas adecuadas, pero verás cómo un día tendrás, al menos, a una persona que te demostrará que eres importante en su vida. —El viento movió las hojas que se habían depositado en el suelo y agitó levemente al gran sauce—. ¿Conoces a Bukowski?

—Si te refieres al escritor alemán, sí —respondí de inmediato. Hiro-san hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Él dijo: «*Sé lo bastante bueno en cualquier cosa y te crearás tus propios enemigos*». ¿Qué opinas?

—Que la gente es envidiosa.

—¿Y aparte de eso?

—Hay personas que no necesitan esforzarse —respondí tras meditar durante unos segundos—, pero yo no soy así. Las personas que nunca han necesitado esforzarse, no conseguirían hacer lo que se me da tan bien. La vida es injusta, de eso no cabe la menor duda. Pero creo que incluso de las situaciones injustas podemos extraer algo de justicia. Puede que cueste tiempo y esfuerzo. Y puede que ese tiempo y esfuerzo sean en vano. Decidir si merece la pena o no intentar extraer esa *justicia* es algo que queda al criterio de cada uno. —El viento se comportaba como las olas del mar. Iba y venía; acariciaba nuestros rostros y se marchaba—. Creo que la cualidad indispensable para los músicos es el talento —continué diciendo—. Si no se tiene ningún talento musical, por más que uno se esfuerce, nunca llegará a ser músico. Más que de una cualidad necesaria, se trata de una premisa. El principal problema del talento radica en que, en la mayoría de los casos, quienes lo poseen no son capaces de controlar bien ni su cantidad ni su calidad. Si consideran que no tienen demasiado talento, aunque pretendan aumentarlo, no lo conseguirán fácilmente. El talento no tiene que ver con la voluntad. Brota libremente, cuando quiere y en la cantidad que quiere, y, cuando se seca, no hay nada que hacer. Después del talento, la siguiente cualidad que se necesita es la capacidad de con-

concentración para reunir esa cantidad de talento que se posee en el punto preciso y verterla en él. Sin esa concentración, no se alcanzan grandes logros. Con esa habilidad se pueden suplir, en cierta medida, las carencias y desequilibrios del talento. Después de la capacidad de concentración, es imprescindible la constancia.

—No puedo estar más de acuerdo.

—El talento no se puede adquirir, pero la concentración y la constancia dependen enteramente de nosotros —concluí.

—No conozco las circunstancias. Tampoco conozco a ninguna de las personas que se han acercado a ti y luego se han marchado. Pero me atrevo a decir que si has llegado a tener una amistad más profunda con alguien y esa persona ha desaparecido de tu vida sin darte ninguna explicación, el motivo podría estar relacionado con esto que acabamos de hablar. —Le miré con confusión—. Me refiero a que, en el fondo, aunque sean personas superficiales, ven en ti *algo* que les atrae. Pero eso mismo que les atrae, también les aleja. Quien te conozca un poco verá cómo afrontas los problemas, cómo te enfrentas a la vida. Ante esa actitud se sienten amenazados porque se ven incapaces de alcanzar esa fuerza que te rodea. Algunos se retiran enseguida, pero otros intentan absorber parte de tu energía. —Mi cara, en esos momentos, era un poema—. No quiero decir que tú no fueras importante para ellos. Es posible que ni siquiera se dieran cuenta de qué era lo que les mantenía unidos a ti.

—Pero ¿por qué tienen que alejarse?

—No eres consciente de lo fuerte que eres y la línea que separa la admiración de la envidia es extremadamente exigua.

—¿Se alejan porque me tienen envidia?

—No digo que sea el único motivo, pero podría ser uno de ellos.

—Es imposible que alguien pueda envidiarme. Dudo que quieran vivir como yo.

—Yo no he dicho que quieran vivir como tú. Lo único que quieren es el producto, no el proceso.

—¿Y mi producto es la fuerza? —pregunté arqueando la ceja derecha con desconfianza.

—Cuando estoy junto a ti siento que da igual lo que pueda suceder a nuestro alrededor; nada nos afectará. Ese es el efecto que produces.

—¿En serio?

—Sí. Especialmente cuando hablas de música. —Se hizo el silencio—. ¿Sabes? Hubo una ocasión en la que percibí miedo, inseguridad y dolor.

—¿Cómo que percibiste eso? ¿Respecto a qué? —pregunté con desconcierto.

—Respecto a tu corazón. Sentí que, al igual que tú me habías estado protegiendo, yo debía protegerte, pero no sabía cómo.

—Hablas de aquel día en agosto, ¿no? —Suspiré con pesadez. Pensaba que ese tema había quedado olvidado.

—No pretendo que me cuentes qué es lo que sucedió para que te alejaras de la música de aquel modo, pero...

—Nunca he luchado tanto por algo —le corté—. Lo di todo por la música. Incluso la salud.

—No lo pongo en duda, pero...

—Pero la situación me desbordó —le interrumpí de nuevo—. No haber sido capaz de continuar en ese mundo pudo conmigo. El rechazo arrojó un dardo envenenado a mi corazón. La desesperación me envolvió. Lo intenté durante un año y medio, pero... —no terminé la frase.

—¿Un año y medio?

—No tenía que haber parado hasta conseguirlo, pero... —recordarlo me molestaba enormemente—. Todo terminó cuando me presenté a las pruebas para entrar en la Orquesta para Jóvenes Intérpretes de Tokyo. Estuve durante un mes preparando el repertorio. Me supuso mucho esfuerzo porque no me gustaban especialmente las obras y había estado tres meses sin tocar.

—¿Por qué habías estado tanto tiempo sin tocar?

—Porque me lesioné. Estuve yendo a rehabilitación durante tres meses y cuando me dieron el alta mis dedos estaban enormemente torpes.

—Tenías que haber parado antes de lesionarte.

—Antes de un concierto o una prueba no puedes permitirte el lujo de disminuir el ritmo. Si comencé la rehabilitación fue para recuperarme lo antes posible y poder intentarlo de nuevo.

—¿La rehabilitación fue bien?

—Más o menos... Pero después de todos esos meses se me hacía muy duro volver a tocar. Aparte de que había perdido fuerza y velocidad, mi humor se crispaba con rapidez. Cuando me confundía al tocar alguna obra de mi antiguo repertorio, aporreaba el teclado con rabia y miraba con desprecio el rostro que se reflejaba frente a mí en el piano. —Sentí cómo se aceleraba mi respiración y la ira comenzaba a apoderarse de mí—. La prueba para la orquesta surgió de la nada. Mi profesora me informó de que, después de ocho años, por fin habían convocado una plaza para piano en la orquesta que he mencionado antes. Al principio me emocioné. Me puse a estudiar con ahínco el repertorio, pero, como he dicho antes, no despertaba nada especial en mí y mis manos no contribuían a que la situación mejorase. El día de la prueba... —Me costaba pronunciar las palabras—. Estaba tocando bien, pero...

Las imágenes volvían a mi cabeza. Veía al jurado a mi derecha con esa mirada cargada de prepotencia, esos trajes caros y de mal gusto, ese olor a almizcle y desprecio. Veía el teclado ante mí con sus relucientes 88 teclas. Veía cómo mis manos se desplazaban entre ellas como tarántulas. Escuchaba cómo las viperinas lenguas de esos endiosados engendros murmuraban palabras de desprecio e incredulidad ante el espectáculo que estaban presenciando.

—Aki-chan, si no quieres continuar...

Hice un gesto con la mano derecha indicando que me diera unos segundos. Apreté los puños con fuerza antes de reanudar la historia.

—Cuando quise darme cuenta había triplicado el *tempo*²⁸, pero no era capaz de ralentizarlo. Retiré las manos del teclado. El jurado se dirigía a mí, pero era incapaz de entender nada de lo que me decían. Me sentí insignificante... Volví a empezar de nuevo. Intenté controlarme, pero la memoria me abandonó. Las manos tampoco me respondían... Me levanté sin ser capaz de mirar al jurado a la cara. Me fui sin despedirme. Salí atropelladamente de aquella angustiosa sala. Avancé a gran velocidad por el pasillo hasta dar con un baño. Mi cara estaba roja. Mis manos temblaban. Intenté mitigar con agua fría aquella reacción fisiológica, pero... —No era capaz de seguir.

—Aki-chan, siento todo tu dolor y...

—Estoy bien. No te preocupes —zanjé. No quería seguir hablando de ello.

—¿Qué te parece si entramos? Empieza a hacer frío.

Me levanté del banco y tendí mi brazo izquierdo a Hiro-san. La conversación que habíamos mantenido había sido más profunda que de costumbre. Era como si el otoño atrajera el dramatismo de forma inherente. Pensándolo fríamente mi pasado no era tan dramático y haber hablado de él me hacía sentir muy infantil. Quizá lo que me había dicho la primera vez era cierto: *necesitaba madurar*.

²⁸ En terminología musical hace referencia a la velocidad con la que debe ejecutarse una obra. Se suele indicar al inicio de la pieza encima del pentagrama.

灯台下暗し²⁹

Se esperaban lluvias durante toda la semana. Cuando llueve, el tráfico se intensifica y se tarda tres veces más en llegar a cualquier lugar. El lunes estuve a punto de llegar tarde a clase, pero compensé la lentitud del autobús con una carrera. El martes no tuve tanta suerte. Todavía no había bajado del autobús y ya iba con media hora de retraso. Era exasperante. Además, a primera hora teníamos una conferencia en el salón de actos a la que debíamos acudir obligatoriamente.

Cuando entré en el salón de actos me sorprendió ver que, a pesar de haber llegado con 45 minutos de retraso, acababan de empezar hacía 10 minutos. No fui la única persona que llegó tarde. Después de mí, continuaron entrando alumnos durante casi 20 minutos.

Me senté en una butaca que había en una esquina de la última fila. Fue el primer hueco que vi al que podía acceder sin necesidad de molestar a nadie. Al sentarme respiré con alivio. Me había empapado con la lluvia y en el salón de actos se estaba muy a gusto gracias a la calefacción. Al principio me vino estupendamente para secarme, pero pasado un rato empecé a sentir que mi cuerpo se convertía en un horno a punto de explotar. Había días en los que no ponían la calefacción y tenía que estar en pleno invierno con el abrigo dentro de clase. En la universidad parece no existir término medio: o te achicharras o te congelas.

²⁹ *Tōdai moto kurashi*. Lit. «*Debajo del faro hay oscuridad*». A veces no podemos ver lo que está frente a nosotros y pasamos por alto cosas importantes. A menudo es difícil ver lo que es correcto.

El salón de actos tenía la puerta de acceso en el lateral izquierdo. Al entrar encontrabas en la zona derecha los asientos colocados en forma de grada y a la izquierda unas pequeñas escaleras que te llevaban al estrado. El estrado se componía de una mesa alargada en la que cabían alrededor de 8 personas. Aparte de eso había dos banderas: la del país y la de la universidad. Tras la mesa se encontraba una enorme pantalla en la que se proyectaban las diapositivas.

La doctora Shimamoto había venido del hospital *Tokyo Medical and Surgical Clinic* para hablarnos de las ventajas que proporcionaba utilizar el sistema *Luminex* y la tecnología *xMAP*. No estaba prestando mucha atención, pero básicamente permitía que pudieras hacer un multianálisis de una muestra. Me dio la impresión de que la empresa *Luminex* había pagado a esa doctora para que hiciera publicidad del producto.

—Y estas microesferas permiten identificar... —No recordaba cuántas horas duraba la conferencia. De hecho, creo que no nos habían facilitado esa información—. Cada microesfera lleva anticuerpos específicos y [...] se han definido 100 colores diferentes [...] por lo que dentro de un sólo ensayo podemos analizar hasta 100 analitos distintos.

¡Otra cabezada! Me estaba durmiendo. No podía mantener los ojos abiertos y era incapaz de escuchar una sola frase completa. Al unir todas las palabras en mi mente carecían de sentido. Era como si hubiera mezclado piezas de diferentes puzles e intentara construir algo coherente.

—En la superficie de las microesferas se pueden unir receptores, anticuerpos, oligonucleótidos y péptidos...

Cuando empezó a hablar de la fórmula de regresión que empleaba el *software* de *Luminex*, desconecté por completo. ¡Qué aburrimiento de conferencia! Empecé a mirar a la gente para despejarme. Todos tenían cara de sueño y mostraban la misma pasión que yo ante el maravilloso producto. Únicamente los profesores parecían manifestar un exagerado interés en él. De pronto reparé en que al entrar al salón de actos había una pequeña mesa llena de folletos, imagino que de publicidad del extraordinario artículo. Lo que me sorprendió no fue la mesa, sino que junto a ésta se encontraba la chica sin nombre que me había hablado mientras escuchaba a Tchaikovsky. No sé cuánto tiempo llevaba ahí, pero hasta ese momento no había reparado en su presencia. La conferencia terminó a los diez minutos de mi descubrimiento. La doctora Shimamoto dio paso a las preguntas, pero como suele suceder en este tipo de charlas, sólo los profesores parecían tener cuestiones que aclarar. Seguro que la universidad no tardaba en hacerse con uno de esos aparatos.

Cuando cesaron las interminables preguntas, todos los alumnos se levantaron rápidamente, como si el primero en abandonar la estancia fuera a recibir un premio. Nadie se paraba a coger ningún folleto. Desde luego la conferencia había sido un éxito. ¡Había causado un furor abrumador! Yo esperé pacientemente en mi asiento. Faltaba una hora hasta mi próxima clase, así que no tenía prisa. Una vez se hubo vaciado de alumnos, decidí que había llegado el momento de abandonar la estancia. Al levantarme sentí cómo mi cuerpo se resentía por haber permanecido durante tanto tiempo en la misma posición. Mientras me dirigía a la salida vi que un par de profesores conversaban animadamente con la doctora Shimamoto. Si hubiera venido a promocionar una máquina

que absorbiera la energía, se habría hecho de oro. Al llegar a la puerta vi a la chica sin nombre con una sonrisa de oreja a oreja.

—Veo que te han dejado sin folletos. ¡Todo un éxito! —le dije sarcásticamente.

—Todavía tienen que salir esos dos profes. ¡No pierdo la esperanza! —respondió riendo—. ¿Tienes clase ahora?

—Dentro de 43 minutos. ¿Tú?

—No. Los martes sólo vengo a la universidad para colaborar en eventos que se organizan.

—¿Y se celebran muchos eventos?

—Hay semanas que sí, pero como puedes ver, tampoco es que sea un gran trabajo.

—Ya. Realmente no tiene sentido que hagas de candelabro.

—Si quieres podemos ir a la cafetería cuando mi tarea como candelabro finalice.

—No me vendría mal tomar un té para despejarme. La doctora Somnípora me ha dejado para el arrastre. —Nos reímos.

—Ve adelantándote tú. En un ratito estoy contigo.

Mientras esperaba a la chica sin nombre, bajé a la cafetería y miré la carta de té. Me sorprendió ver que aparte de té sencha y té matcha, tuvieran té benifuki. Tanto el sencha como el matcha son diferentes tipos de té verde, pero el té benifuki es negro. Me extrañaba que tuvieran un té tan ex-

clusivo en la universidad. Mi abuelo es un experto en té y cuando tenía 6 años me habló de ese té tan especial. Un amigo suyo había estado de viaje en Kagoshima³⁰ y le había regalado una lata preciosa, decorada con un gato negro bajo la sombra de un cerezo en flor, llena de té benifuki. Lo recuerdo perfectamente porque fue la primera y única vez que tomé ese té. Cuando mi abuelo abrió la lata, me mostró el aspecto plano y áspero de las hojas. A mí me impresionó el color y me daba miedo beberlo porque pensaba que me iba a teñir los dientes de negro. También me contó que en Japón predomina la producción de té verde y que ese tipo de té negro se desarrolló en 1965 en la prefectura de Kagoshima. Al parecer es un híbrido cultivado de los arbustos *Assamica* y *Sinensis*. La curiosidad me llevó a pedir un té benifuki. ¿Sabría igual que el que me dio mi abuelo cuando tenía 6 años?

Me senté en una esquina de la cafetería y esperé tranquilamente a que el té estuviera a una temperatura adecuada para mi paladar. La chica sin nombre apareció antes de que eso sucediera y le conté la historia del té.

—Seguro que no sabe igual —dijo sin pensárselo mucho.

—En breves lo sabremos —añadí con tono misterioso.

Durante la media hora que tenía hablamos de té y boniatos. Sus abuelos maternos cultivan boniatos y sabe muchísimo del tema. Aunque hay más de 400 tipos, los más comunes son los de piel roja y carne blanca. Son muy populares por la cantidad de fibra que contienen, pero también aportan vitaminas del complejo A, B y C, además de minerales como hierro, fósforo y magnesio. Su abuela los utiliza siempre en la co-

³⁰ Ciudad situada al suroeste de Japón.

cina y aparte de prepararlos asados, hace puré de boniato, tarta de boniato, sopa de boniato, ensalada de boniato, arroz con boniato... ¡Incluso sushi relleno de boniato!

Después de la interesante conversación y el té benifuki —que no se parecía en absoluto al que había tomado con mi abuelo— sentía la mente mucho más despejada. Al despedirme para ir a clase caí en la cuenta de que seguía sin saber su nombre.

—¡Un momento! —Me llevé las manos a la cabeza de un modo exagerado—. Tú sabes mi nombre, pero yo no sé el tuyo.

Se llamaba Katsumi³¹. Su nombre se escribía con los kanjis de victoria y belleza, pero ella prefería el kanji de fruta³² en vez del de belleza. Me hizo gracia cuando me confesó que esa predilección se debía a que le encantaba la sandía. «En ese caso habría sido mejor que te llamasen Suika³³» le había dicho de broma.

El fin de semana me puse a organizar mi habitación. Encontré un montón de cuadernos plagados de dibujos y anotaciones. Invertí muchísimo tiempo en ordenar todo el papeleo porque me entretuve leyendo los escritos que había. No sé cuántas horas habían pasado cuando di con un pequeño tex-

³¹ 勝美. Victoria y belleza.

³² 勝実. Victoria y fruta.

³³ 水瓜. Sandía. Se escribe con los kanjis de *agua* y *melón*. También puede escribirse con el kanji de *oeste* o *España* 西瓜, en vez del de *agua*. Lit. *melón de España*.

to que no recordaba haber escrito. Lo tuve que leer un par de veces para comenzar a recordar:

«Te he llorado tantas noches, te he extrañado tantos amaneceres, te he esperado tantos atardeceres... Sin ti nada es igual.

No sé a dónde irte a llorar porque sigues viva, pero no te veo, no te siento. ¿Dónde estás?

He regresado a nuestro lugar. Volver de nuevo ha sido más duro que nunca. Mis ojos, inundados en lágrimas, se han perdido en el horizonte. Un fuerte viento se ha levantado y mis lágrimas ha evaporado. Y entonces he comprendido que había llegado el momento de decir adiós.

Ahora en mi mirada hay un vacío, un abismo; y es porque en ella faltas tú».

¿Yo había escrito eso? Estaba claro que sí, era mi incorregible letra, pero me costaba recordarlo. Cuantas más veces lo leía, menos real me parecía, como sucede al repetir una palabra infinitas veces. Ser consciente de ese dolor, ver que había existido y yo lo había bloqueado con gran desesperación, hizo que una enorme sensación de vacío me inundara de golpe. ¿Cómo había sido capaz de hacerlo? ¿Por qué sentía todo tan lejano y, a la vez, tan dolorosamente próximo?

—Buenas tardes, Hiro-san —saludé nada más cruzar el umbral de la puerta.

—Buenas tardes, Aki-chan —dijo animado—. ¿Qué traes hoy para mí?

—La *balada nº1* de Chopin interpretada por Zimmerman.

—¡La famosa balada! —exclamó con alegría.

—De las cuatro baladas que compuso Chopin, esta es la más interpretada y, por ende, la más famosa.

—¿Qué significa, exactamente, balada?

—Como forma de expresión artística es un poema cantado en el que se entremezclan partes líricas y épicas. Las baladas de Chopin prescinden de la palabra cantada, aunque su inspiración surge de los textos de Adam Mickiewicz, poeta polaco amigo suyo. —Inicié la reproducción y las notas comenzaron a brotar del altavoz—. La introducción de la balada comienza pausadamente a lo largo de siete compases que exponen un arpeggio ascendente en la tonalidad de *la bemol mayor* y conducen la melodía a una semicadencia en la tonalidad principal de la obra: *sol menor*. La tonalidad de *sol menor* es una de mis tonalidades favoritas. En la música barroca era considerada la tonalidad de la *trágica consumación*. —La melodía avanzaba con expectación—. Nos encontramos con un primer tema, lírico y melancólico, de carácter dubitativo, donde la cadencia perfecta del consecuente es retrasada una y otra vez por distintas prolongaciones y flexiones. Este primer tema se va intercalando con un segundo tema que se agita con vigor. —Mis pensamientos evocaban el pequeño texto que había leído ordenando mi habitación. Aquel recuerdo había vuelto a mí y era completamente real—. Ahora va a comenzar la prodigiosa coda final. Tiene un elevado nivel técnico y los acordes descendentes de séptima disminuida generan un gran impacto emocional en el oyente.

Cuando la música cesó, el silencio nos rodeó. Fue un silencio sordo que hacía daño en los oídos. Siempre que una melodía finalizaba y no había aplausos ni ruido tras ella, sentía un vacío en mi interior. Un enorme vacío. Dolía. Hacía que sintiera que la música se había terminado para siempre. Y aquello, irremediablemente, despertaba recuerdos que me resultaban dolorosos.

—¿Recuerdas que hace tiempo mencioné que me recordabas a un amigo violinista?

—Sí. —Agradecí que Hiro-san hubiera roto aquel silencio.

—Él se presentó a la misma orquesta que tú.

—¿Y entró?

—Sí. ¿Quieres que te cuente su historia?

—Claro.

Dio un largo y pausado sorbo a su taza de té, como si aquello fuera a proporcionarle las palabras adecuadas para comenzar con su narración.

—Se llamaba Shigeru³⁴ Fujiwara. Iba a mi instituto. Desde primero había escuchado hablar acerca de él, pero nunca habíamos conversado. Estaba en un curso superior al mío y durante mucho tiempo pensé que su trato hacia mí se debía a esa diferencia de edad. Cuando eres mayor la diferencia de edad no es tan importante, pero cuando eres joven, tener un año más parece darte una superioridad innata. La primera vez que se dirigió a mí, yo tenía 15 años. Estaba en la cola de

³⁴ Escrito con los siguientes kanjis: 宮本 (base del palacio), 茂 (exuberante).

la cafetería y cuando por fin llegó mi turno escuché que alguien decía: “Si no te importa, voy a pasar antes que tú”. Me di la vuelta y ahí estaba: el famoso Shigeru Fujiwara. Sus palabras me enfadaron: “¿Por qué tienes que pasar antes que yo? Ponte en la fila como todos”, le dije. Pero como te he comentado, él siempre se salía con la suya: “¡Qué más te da! Yo tengo cosas importantes que hacer. No puedo perder el tiempo haciendo esta ridícula fila”, alegó con arrogancia. Y sin esperar a que le respondiera, pasó delante de mí y pidió la comida. ¡Cómo me enfadé!

—¿Y por qué te hiciste amigo suyo?

—Ahora lo verás. Hasta entonces había sido indiferente para mí, pero ese encuentro marcó un antes y un después. Cada vez que nos cruzábamos en los pasillos le dirigía miradas de odio; para mí era un niño prepotente y consentido al que siempre le habían regalado todo. Cuando cumplí 17 años, él se encontraba en el último año de bachillerato. Aunque no quisiera saber nada de él, había llegado a mis oídos que un famoso violinista quería continuar con su instrucción y varias orquestas estaban interesadas en que ingresara en ellas. Su futuro ya estaba escrito como virtuoso del violín. Antes del incidente de la cafetería me habría dado igual, pero en aquel momento sentí envidia.

—¿Por qué?

—Porque yo no tenía nada claro en la vida. No sabía qué estudiar y él siempre había tenido el camino marcado. Todo el mundo sabía que sería violinista. ¿Qué iba a hacer Shigeru Fujiwara sin su violín? Eran uña y carne. Reconozco que en ese entonces, antes de que fuéramos amigos, realmente no

sabía qué suponía tocar un instrumento. Siempre se veía tan fácil de lejos... ¡Qué ingenuo! No era consciente de la cantidad de horas que había detrás de una única obra. Y los músicos no tienen únicamente una obra. Pero cuando veía a Shigeru, con esa prepotencia que le caracterizaba, no podía creer que aquello supusiera tanto esfuerzo. Cuando comencé a conocer su mundo, los sentimientos de odio y envidia que sentía hacia él comenzaron a metamorfosearse en admiración y fascinación. —Los ojos de Hiro-san brillaban. Su mirada estaba perdida en el horizonte—. Los profesores se sentían orgullosos de tenerlo como alumno y al ser su último curso, le propusieron dar un pequeño concierto para todo el instituto. Shigeru adoraba ser el centro de atención y aceptó de inmediato. Aquel concierto me mostró a un Shigeru diferente. Me sentí estúpido por haber odiado a alguien que tenía la capacidad de hacer que aquel instrumento sonase de aquel modo. Subió al escenario y cuando su arco rozó la primera cuerda de su violín, desapareció. No sé decirte qué obra tocó, pero me encantó. —Se detuvo para dar otro sorbo a su taza de té—. Después de aquel concierto sentí algo dentro de mí. Sentí que debía hablar con él. Sentí que tenía que felicitarle por haberme mostrado aquella música tan bonita. Cuando nos cruzamos en el pasillo me di cuenta de que no tenía palabras que pudieran expresar lo que había sentido en su concierto. Me sentí tan minúsculo ante su presencia, que fui incapaz de pronunciar una sola palabra. ¿Qué podía decirle? Alguien como él estaba acostumbrado a grandes elogios. Seguro que mis palabras le resultaban insuficientes y se burlaba de mí. —Hiro-san se acarició el mentón y tomó aire profundamente—. En aquella época solía frecuentar un pequeño local en el que servían, el que para mí era, el mejor té de la ciu-

dad. Lo regentaba una anciana muy agradable llamaba Reiko. Me trataba como si fuera su nieto. Para mí era reconfortante pasar allí las tardes. Llevaba algún libro y leía mientras bebía tranquilamente mi té. Otras veces, ella hablaba conmigo. Solía estar vacío a la hora a la que yo iba, pero cuando oscurecía comenzaba a llenarse. Imagina cuál fue mi sorpresa cuando un día salí de allí y me topé con Shigeru. Llevaba su violín en la espalda. Él, por supuesto, no me reconoció. Me sorprendió que entrase en un lugar como aquel; no parecía estar a su nivel. Era como si todo lo que le rodease tuviera que ser obligatoriamente ostentoso, exquisito y ridículamente majestuoso. —Unos tímidos rayos de sol se abrieron paso entre las espesas nubes que cubrían el cielo. Aquellos pequeños rayos se reflejaron en el té que contenían nuestros vasitos—. Una semana después volvimos a encontrarnos. Yo estaba tomando un té con dangos³⁵ en el local de siempre mientras leía apaciblemente. De pronto, alguien se sentó frente a mí y al levantar la vista del libro vi que ese alguien era Shigeru. Pensé que se debía a que no quedaba ningún hueco libre, pero miré a mi alrededor y el local estaba vacío. “Si no esperas lo inesperado no lo reconocerás cuando llegue”, dijo. No supe qué responder. Ni siquiera sabía si comprendía el significado de aquella frase. “Es la frase favorita de mi abuela. Me ha hablado de ti. Al parecer frecuentas nuestro local”, añadió. ¿Su abuela? ¿Reiko- san era su abuela? Nunca habría imaginado que aquellas dos personas pudieran pertenecer a la misma familia. “¿Quieres venir el domingo a mi casa?”, me preguntó de pronto. Pensaba que estaba gastándome una broma y no

³⁵ Dumpling tradicional japonés elaborado con mochiko (derivado del mochi). Suelen servirse tres o cuatro dangos en un pincho, acompañados de té verde.

fui capaz de responderle. “Si decides venir, ya sabes dónde encontrarme”, finalizó. Se levantó de la mesa y se marchó. Me dio la impresión de que no quería estar más tiempo del debido junto a alguien como yo; como si temiera contagiarse de mi mediocridad. —Las nubes volvieron a encapotar el cielo y el brillo en nuestros vasitos de té se esfumó—. Tenía sentimientos contradictorios en mi interior. Quería ir. ¡Por fin podía acercarme a él! Llevaba mucho tiempo queriendo decirle lo bien que tocaba, aunque sonara verdaderamente simple e infantil. Finalmente acepté su propuesta.

—Y aquello fue el inicio de una hermosa amistad³⁶ —dije chascando los dedos. Nos reímos.

—En su habitación tenía un equipo de música —continuó con tono animado—. Era un equipo magnífico. Sin embargo, la colección de discos que tenía no estaba en consonancia con tan maravilloso aparato. El número de elepés no pasaba de quince. Me llamó la atención que él, siendo músico, no tuviera una habitación llena de estanterías con miles de discos. “¿No sabes nada de música clásica?”, me preguntó. Yo era un inculto en ese tema y me avergonzó tener que reconocerlo ante alguien como él. Pensaba que se burlaría de mí, que haría algún comentario presuntuoso, pero me sorprendió su respuesta: “Eso tiene fácil solución”. De ese modo, todos los domingos, mientras saboreábamos el delicioso té que nos servía su abuela, pasábamos la tarde escuchando los caprichos de Paganini, los tríos de Beethoven, los estudios de Liszt y los conciertos para piano y violín de Tchaikovsky. Aquellas

³⁶ Película estadounidense de 1942 dirigida por Michael Curtiz. Aquí se alude a la famosa frase con la que finaliza: «*Louis, I think this is the beginning of a beautiful friendship*».

melodías me hablaban de otro mundo y lo que me atraía de aquel otro mundo era, quizá, que Shigeru pertenecía a él. Mi obra favorita era el *Estudio Trascendental nº 4* de Liszt. Por desgracia he olvidado el nombre del pianista que lo interpretaba. Las razones por las que me gustaba eran dos: que la funda del disco era preciosa y que no conocía a nadie —exceptuando, por supuesto, a Shigeru— que conociera aquella obra. Eso me producía una auténtica emoción. Yo conocía un mundo que los demás ignoraban. Sólo a mí se me permitía acceder al jardín secreto de Shigeru. Para mí, escuchar a Liszt, representaba el acceso a un plano superior de la existencia humana. Además, era una música muy bella. Al principio la encontraba exagerada, artificiosa y me sonaba un poco inco nexa. Pero cuanto más la escuchaba, mayor cohesión adquiría dentro de mi conciencia, al igual que va definiéndose poco a poco una imagen borrosa. Cuando la escuchaba concentrado y con los ojos cerrados, podía ver cómo, del eco de esa música, nacían diversas formas, diversos colores, que iban entrelazándose entre sí; poseían una cualidad conceptual y abstracta. Me habría gustado poder hablarle de esas coloridas formas, pero para expresarme con propiedad hubiera necesitado un lenguaje muy distinto, desconocido para mí. Y tampoco sabía si lo que sentía era digno de ser expresado con palabras.

—Por supuesto que era digno. La forma en que lo has descrito me parece de lo más acertada y original. Nunca había escuchado a nadie decir algo tan profundo de una forma tan sencilla —dije con asombro.

—Yo no podía expresarlo así en aquel entonces, pero agradezco tus palabras —dijo sonriendo apaciblemente—. Al

principio sólo hablábamos de música —prosiguió—, pero cuando empezó a confiar en mí, cuando empezó a hablarme de cómo percibía el mundo, descubrí que le había juzgado erróneamente. “Nadie entiende lo que significa para mí la música porque ni siquiera son capaces de sentir esa música. Son personas vacías que me siguen y adoran pensando que de ese modo podrán contagiarse de mi talento. Pero no imaginas cuánto me asquean sus falsos halagos”, me confesó. Descubrí que, pese a su popularidad, no tenía a nadie a quien realmente pudiera llamar amigo: “Mi abuela me dijo que eras un buen chico y que debía hablar contigo”, me comentó en una ocasión. Descubrí que alguien como él era capaz de respetar y tomar en consideración a otras personas; trataba a su abuela con el mismo cariño con el que trataba a su violín: “Mi abuela trabajó muy duro para poder comprar mi primer violín. Yo no entendía por qué era tan importante para ella. Cuando empecé a tocar lo hacía fatal, pero ella cerraba los ojos y sonreía de oreja a oreja, como si aquella melodía fuera la más hermosa del mundo. Ver que trabajaba tan duro para poder costear mis estudios, ver su cara de felicidad cuando tocaba para ella, hizo que tomase la decisión de convertirme en el mejor violinista del mundo”. Descubrí que sus orígenes eran humildes. No vivía en una gran mansión ni sus padres eran famosos músicos millonarios.

—¿Cómo eran sus padres?

—Nunca me habló de ellos. Su abuela era quien cuidaba de él.

—¿Y por qué no le preguntaste?

—Porque Shigeru no hablaba de las cosas que realmente le afectaban. Cambiaba de tema o bromeaba con ello. Recuerdo sus palabras cuando le confesé mi absurda envidia del pasado: “Todos me envidian y eso me hace sentir poderoso. Por dentro, no puedo evitar reír. No saben lo que supone tener mi vida y eso me agrada. Hacer que lo difícil parezca fácil no es tarea sencilla, pero hacer que lo imposible sea posible, es inalcanzable para ellos”. También descubrí que si tocaba así de bien su violín era porque todos los días estudiaba 7 horas. Tenía un gran talento, de eso no cabe duda, pero se esforzaba también muchísimo. Ayudaba a su abuela haciendo recados, cocinando y limpiando. Y, por supuesto, iba a clase. Todavía no entiendo cómo era capaz de hacer todo aquello en 24 horas. Le admiraba, pero nunca más volví a envidiarle. Yo conocía algo que los demás ignoraban por completo; conocía lo que se ocultaba tras la arrogancia de Shigeru. Yo no habría podido aguantar aquella vida. — Las nubes cada vez estaban más oscuras. No tardaría mucho en empezar a llover —. Cuando me encontraba en el último año de universidad, Shigeru, con tan sólo 22 años, había llegado a la cima con su violín. Yo me sentía muy orgulloso de sus logros. Me invitó a varios conciertos, pero no recuerdo qué obras tocó, sólo sé que salí maravillado. Cuando la gente le aplaudía, veía cómo su alma se henchía de felicidad. Los aplausos de la gente le arropaban, alejándole de su soledad; una soledad que yo no podía remediar. “Takahiro, si no esperas lo inesperado no lo reconocerás cuando llegue”, me decía con frecuencia. Utilizaba esa frase para cambiar de tema, para saludar, para despedirse...y siempre la acompañaba de una impecable sonrisa. “Si te soy honesto, no entiendo qué quieres decir con esa frase”, le dije en una ocasión. “Algún día llegará algo que cam-

biará nuestras vidas tal y como las conocemos, pero debemos ser pacientes”, me respondió. Sus palabras estaban cargadas de esperanza, pero si prestabas atención podías percibir un profundo miedo. *Necesitaba que ese algo llegara*. Y llevaba mucho tiempo esperándolo.

—Tú formabas parte de aquella frase, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—A que tú cambiaste su vida.

—¡Ah! Desde luego fui su primer y único amigo, pero no fui ese *algo* que quería.

—¿Por qué?

—Porque pude ver cómo lo *inesperado* aparecía en su vida: Mai³⁷ Minagawa. —Los negros nubarrones dejaron que una tímida lluvia comenzara a cubrir la ciudad—. “¿Sabes, Takahiro? Aun habiendo llegado hasta aquí, siento que me falta algo. No tengo ninguna queja con mi vida y podría decir, incluso, que soy feliz, pero no me basta. En mi interior, en mi vida, hay un vacío, una parte perdida”, me dijo después de uno de sus sublimes conciertos. Recuerdo sus palabras a la perfección porque sé que hicieron que me diera cuenta de que Shigeru nunca había sido feliz y aquello me entristeció enormemente. Pero, a mi modo, era capaz de entenderle. Una persona tan brillante como él necesitaba compartir su mundo con alguien capaz de comprender y conectar con su alma. No fue como lo que me sucedió a mí con Saori. Ni siquiera sé hasta qué punto él fue consciente de los sentimientos que aquella chica había despertado en su corazón. Mai

³⁷ 舞(danza, melodía).

también era violinista. Y muy buena, por cierto. Se conocieron en la Orquesta para Jóvenes Intérpretes. “Ella es la única persona que ha hecho que desaparezca ese vacío. Cuando nos separamos, me siento triste e inseguro. La soledad ha empezado a dolerme; el silencio, a exasperarme”, me reveló un día que quedamos para comer. Mai llevaba en su vida cinco meses, pero pasaban tantas horas juntos en eventos, conciertos y ensayos, que cualquier otra persona los habría sentido como cinco años.

—¿Tú conociste a Mai en persona?

—Sí. Shigeru llevaba tiempo queriendo presentármela y un día, después de uno de sus conciertos, me invitó a cenar con ellos. Mai era perfecta; al menos así la veía Shigeru. Lo que yo percibí durante aquella cena fue que, no sólo no manifestaba su disgusto con palabras, sino que tampoco lo dejaba traslucir en su expresión. Aunque algo le desagradara, siempre sonreía; cuanto más le desagradaba, más sonreía. Y tenía una sonrisa maravillosa. Cuando la vi sonreír por primera vez me di cuenta de que Shigeru no había exagerado. Aquella sonrisa parecía decirme: “Tranquilo, todo irá bien. Ya no debes temerle a nada”. Ya no recuerdo su rostro ni su sonrisa. Es algo que el tiempo me ha arrebatado. Pero la sensación que produjo en mí sigue inalterable al paso de los años.

—Pero tú estabas enamorado de Saori, ¿no?

—Por supuesto. Son cosas diferentes. Mai tenía algo, una especie de magia que llegaba a lo más hondo del corazón. La gente la respetaba dentro del mundo de la música. Nadie se metía con ella, pero, aparte de Shigeru, no tenía a nadie a

quien pudiera llamar amigo. Algunos la tachaban de fría y orgullosa, pero Shigeru pudo percibir algo cálido y vulnerable oculto tras esa fachada. Y ese algo, pese a ocultarse en su interior más recóndito, deseaba, igual que los niños pequeños cuando juegan al escondite, que alguien lo descubriera algún día. —El té de nuestros vasitos se había terminado hacía rato. Ya no había ningún líquido en su interior que pudiera reflejar la luz—. Me gradué, fui a Estados Unidos —continuó—, y aunque las cosas con Saori no iban bien, Shigeru me enviaba una carta todas las semanas. Yo me sentía completamente solo y perdido, pero cuando recibía sus cartas, la esperanza volvía a mí. Al leer sus palabras todo parecía posible. Cuando decidí pedir el traslado y volver a Japón, fue a buscarme al aeropuerto y me invitó a comer. Aquel gesto me honró y más viniendo de una persona como él. Un día organizó una cena en su casa. Invitó a Mai y, para mi sorpresa, a Saori. Fue un completo desastre. Él intentó que fluyera la conversación entre nosotros, intentó suavizar el ambiente, eliminar la tensión que había. Pero no pudo. Saori y yo éramos como dos desconocidos. Aquellas conversaciones infinitas habían desaparecido para siempre. Al finalizar la cena, Saori me entregó la foto que te enseñé; nuestra única foto juntos. “Es mejor que la tengas tú. Supongo que para ti tiene más significado que para mí”, me dijo. Aquellas palabras me hirieron profundamente; Saori confirmó con ellas que no sentía por mí lo mismo que yo sentía por ella. Quizá en el pasado sí, pero estaba claro que esos sentimientos habían desaparecido definitivamente.

Hiro-san detuvo la narración durante unos minutos. Me dio la impresión de que la historia iba a adquirir un tono más serio a partir de esa pausa. No quise estropear el silencio y

me limité a esperar mientras observaba cómo el ligero manto de agua difuminaba el paisaje.

—Me di cuenta de que algo no estaba bien en mí cuando la felicidad de Shigeru comenzó a afectarme. Su vida ahora era perfecta. Él era perfecto. Mai era perfecta. Envidiaba lo que tenían y por ese motivo el destino quiso castigarme. La desgracia se apoderó del corazón de Shigeru y lo destrozó para siempre. Al destrozarlo a él, también me destrozó a mí. —Hiro-san suspiró de una forma verdaderamente dolorosa. Era la primera vez que veía a alguien suspirar de ese modo—. Mai se dirigía a un ensayo que tenía con la *Orquesta Sinfónica de Kyoto*³⁸. Llovía mucho y la carretera que cruzaba las montañas era más peligrosa que de costumbre. Al parecer hubo otro coche implicado en el accidente, pero fui incapaz de buscar más información. Lo único que importaba era que Mai ya no estaba en este mundo. Shigeru estaba de gira y recibió la noticia en Sapporo³⁹. Abandonó el ensayo, canceló el concierto que tenía al día siguiente y voló allí en cuanto pudo. Me informó del suceso dos días después. Recuerdo aquella llamada como si hubiera sido ayer. Cuando descolgué el teléfono tardó un rato en pronunciar aquellas tres fatídicas palabras: “Mai ha muerto”. La noticia me impactó muchísimo. Me golpeó bruscamente. ¿Y sabes cuál fue mi respuesta? —Negué rápidamente con la cabeza—. Entiendo. —Le miré con cara de incompreensión—. Esa fue mi respuesta: *entiendo*. Mi mejor amigo acababa de perder a la persona más importante de su vida y eso fue lo único que pude decir. Después

³⁸ Ciudad de Japón localizada en la parte central de la isla de Honshu. Antigua capital de Japón entre los años 794 y 1868.

³⁹ Capital de Hokkaidō, la prefectura más septentrional de Japón.

de pronunciar esa palabra, el silencio entre nosotros aumentó de forma exponencial. Hasta aquel día, no sabía que el silencio pudiera resultar tan pesado. —Hiro-san se detuvo unos segundos como si necesitara comprobar que ese silencio sólo existía en sus recuerdos y nunca más volvería a experimentarlo—. Durante un tiempo Shigeru desapareció del mundo. Canceló todos sus conciertos y abandonó los escenarios. Intenté contactar con él por teléfono, pero nunca respondió a mis llamadas. Decidí presentarme en su casa tres semanas después del accidente. Fue entonces cuando conocí a un Shigeru completamente desconocido para mí. Su sentido del humor había desaparecido, así como su sonrisa, su altanería, su seguridad... Su alma había sido arrastrada con furia por las olas a lo más profundo del océano. Me impactó ver cuánto había desmejorado su aspecto. Había adelgazado considerablemente y en su rostro no quedaba ni un atisbo de vitalidad. Me sorprendió ver varias botellas de shōchū⁴⁰ y whisky desperdigadas por su apartamento; él nunca había bebido alcohol. “Takahiro, ¿por qué ha tenido que irse?”, me preguntó completamente ebrio. En aquella época no me comporté como un buen amigo y eso hizo que Shigeru, inevitablemente, comenzara a distanciarse también de mí. “Hay muchas maneras de vivir; hay muchas maneras de morir, pero eso da igual. Todo se va deprisa. Algunas cosas desaparecen de repente como si las hubieran arrancado de raíz; otras se van difuminando despacio antes de borrarse definitivamente. La cuestión es que, al final, lo único que queda es el desierto”, le respondí. Fueron unas palabras horribles, pero

⁴⁰ Bebida alcohólica japonesa, comúnmente destilada de cebada, boniato o arroz. Tiene una graduación alcohólica del 25%, lo que la hace más débil que el whisky (40 al 60%) y más fuerte que el vino (4 al 15%) y el sake (14 al 20%).

no se enfadó, no me gritó, no se marchó; se quedó inmóvil. Después de eso busqué una botella de alcohol que no estuviera vacía y empecé a beber. No recuerdo si le dije algo más. Mi estado era lamentable y el de Shigeru lo era aún más. Me desperté al día siguiente en el sofá. La cabeza me daba vueltas y no podía pensar con claridad. Me costó poner en orden mis pensamientos. ¡Shigeru! No había ni rastro de Shigeru. La inquietud se apoderó de mí. Temí que hubiera hecho alguna tontería. Como si acabaran de echarme un jarro de agua fría, mi mente reaccionó ante aquella posibilidad. Tras horas de angustia, lo localicé en casa de su abuela. Intenté hablar con él, pero se había sumergido completamente en su mundo. Se aferró a su violín, a su música; volvió a los escenarios. Los sonidos que emitía con su instrumento seguían siendo prodigiosos, pero había algo diferente. Las notas que emitía evocaban una profunda tristeza. Era como si la tierra se desmoronara bajo sus pies y cayera a un abismo de oscuridad. Su transformación hizo que me diera cuenta de una terrible verdad: le había fallado. Pensaba que actuaba correctamente respetando ese muro que había colocado entre él y el resto de la humanidad. Pero eso fue, probablemente (utilizo esta palabra porque no es mi función escudriñar dentro de esa enorme amalgama de recuerdos y juzgar qué fue correcto y qué no lo fue), una equivocación.

»Después de dos años vi, por casualidad, que actuaba en Nagano⁴¹. Lo leí en un periódico. No solía comprar el periódico, pero aquel día sentí que debía comprarlo. Cuando encontré su nombre entre todas esas noticias pensé, de inmediato, en el destino. Tenía que verle.

⁴¹ Capital de la prefectura homónima, situada en la intersección de los ríos Chikuma y Sai, en la isla de Honshu, Japón.

»Fui a su camerino. Pensaba que me pondrían pegas para entrar, pero dije que era un amigo íntimo de la infancia y me dejaron pasar sin problemas. En aquel momento no me sorprendió especialmente, pero ahora, cada vez que lo recuerdo, sólo se me ocurre pensar que fue cosa del destino. Cuando entré estaba guardando su violín. “¿Alguna vez te han dicho que tocas muy bien?”, le dije. Se giró sorprendido y añadió sonriendo: “Si no esperas lo inesperado no lo reconocerás cuando llegue”.

»Cenamos en un restaurante especializado en soba⁴². “Takahiro, ¿podemos ir a algún río? Uno que tenga el agua cristalina”, me preguntó en mitad de la deliciosa cena. No entendía de qué me estaba hablando. Su rostro no traslucía ninguna emoción. Me miraba como si estuviera contemplando un paisaje lejano. En aquel momento sentí que me encontraba muy lejos de él; como si hubiéramos sido separados por una distancia inimaginable. Al pensarlo, la tristeza me invadió.

»Fuimos a pasar el día a Fujikawa-chō⁴³. Después de atravesar una serie de pequeños puentes de madera, un camino estrecho sin asfaltar seguía el curso del río. Caminamos río arriba pausadamente. Permanecimos durante mucho tiempo en silencio, concentrados únicamente en andar. Llegamos hasta un pequeño remanso del parque y nos detuvimos. Era

⁴² Palabra japonesa empleada para denominar al trigo sarra-ceno, aunque se utiliza más comúnmente para referirse a los fideos finos elaborados con harina de dicho grano. Se sirven fríos con una salsa o con caldo caliente.

⁴³ Ciudad del distrito de Minamikoma, en la prefectura de Yamashiro. Allí se encuentra el parque natural de Oyanagawa Promenade.

una estampa de gran belleza. Fue entonces cuando Shigeru comenzó a hablar: “Enseguida me acostumbré a estar a solas con Mai. Para mí era una experiencia nueva. A su lado no me sentía intranquilo; todo parecía ir bien. La inspiración se apoderaba de mí cuando estaba junto a ella, como si emanase un aura que activase mi interior. Hasta el detalle más pequeño me parecía hermoso. Empezamos a pasar mucho tiempo juntos y aquello me hacía enormemente feliz”. Me sorprendió que hablase de Mai. A mí ni se me había pasado por la cabeza preguntarle por ese tema. Preferí quedarme en silencio, escuchando atentamente todo lo que mi amigo quería compartir conmigo. “Me cogió de la mano una sola vez. Fue el día en el que me rechazaron como solista en la *Orquesta Sinfónica de Chicago*. Su gesto decía: “Ellos se lo pierden. Tú para mí eres el mejor”. Nuestras manos permanecieron unidas como mucho cinco segundos, pero a mí me pareció una eternidad. Y cuando me soltó, deseé que el contacto no se hubiera interrumpido nunca. Aún hoy recuerdo el tacto de su mano. Era un tacto diferente a cualquier otro que haya experimentado después. Al cogerme de la mano me enseñó que en el mundo real existía un lugar perfecto; durante cinco segundos tuve la sensación de haberme convertido en un pájaro. Surcaba el aire, sentía el viento. Desde las alturas podía ver paisajes lejanos. Tan remotos que no era capaz de vislumbrarlos con claridad. Pero supe que existían y que algún día los visitaría. Esa certeza me dejó sin aliento; me estremeció por dentro”. Cuando llegué a casa me senté en el escalón del recibidor y mantuve durante mucho tiempo los ojos clavados en la mano que ella había sostenido. Sentía cómo la felicidad me invadía. Aquel dulce tacto me caldeó el corazón durante muchos días. Pero, al mismo tiempo, me turbó, me confundió, me angus-

tió. ¿Qué era aquella felicidad? ¿Hacia dónde debía conducirla? Ambos éramos seres incompletos, sentíamos que algo nuevo aparecería ante nosotros para llenar ese vacío que nos angustiaba. Estábamos de pie ante una puerta cerrada, desconocida, bajo una luz mortecina, los dos juntos, con las manos estrechamente unidas durante cinco segundos. Yo debía haber seguido ligado a Mai. La necesitaba. Y ella, tal vez, me necesitara también a mí”. Fui consciente del esfuerzo que le había supuesto pronunciar aquella última frase. Pude sentir todo el dolor que escondía.

»Durante nuestro regreso mantuvimos una conversación informal: criticamos a antiguos profesores, le hablé de lo hipócritas que eran mis compañeros y de lo poco que me gustaba mi trabajo. Era como si ese doloroso recuerdo que nos había atormentado durante tanto tiempo no hubiera sido más que una pesadilla de la que, por fin, habíamos despertado. Hasta que, tras un pequeño silencio, Shigeru se detuvo de pronto y dijo: “Siempre la recordaré. El calor de su recuerdo me ha reconfortado y alentado incontables veces. Mai permanece en un lugar muy especial dentro de mi corazón. Lo he guardado para ella, de la misma forma que se pone un aviso de *reservado* en la mesa más tranquila y acogedora al fondo de un restaurante. Y eso pese a saber que no volveré a verla jamás”. Aquello me pilló desprevenido y lo único que se me ocurrió decir resultó poco acertado (como me había sucedido anteriormente): “Tendemos a apreciar demasiado lo que hemos perdido. Si te aferras así a la nostalgia, nunca lograrás alcanzar tu futuro”.

»Llegamos a la estación de tren. Estábamos en el andén, cerca de las vías. Shigeru tenía la mirada perdida en aquel

mundo que había compartido conmigo, pero no fui capaz de acceder a él; sentí que no me lo permitía. El tren se acercaba. Me miró y sonrió. Pero aquella ya no era su sonrisa. Era la sonrisa más triste que había visto nunca. Intenté adivinar qué sentimientos guardaba en su corazón. “Los sentimientos demasiado intensos son peligrosos. Si no los controlas, serán tu perdición”, me dijo de pronto. Entonces lo vi en sus ojos: su pequeño mundo, aquel mundo al que sólo él tenía acceso; y sentí, por primera vez, su soledad. “Takahiro, no permitas que nadie te haga sentir que no te mereces lo que deseas. Ni siquiera tú mismo”. Aquellas fueron sus últimas palabras. Tras pronunciarlas, vi cómo se precipitaba al vacío. El conductor del tren no pudo reaccionar a tiempo. Yo tampoco pude hacerlo. Las manecillas del reloj se detuvieron. Sentí cómo mi corazón se paralizaba, cómo mi respiración se interrumpía. Mi brazo derecho estaba extendido y mi mano se había cerrado atrapando el aire que la rodeaba. No sé durante cuánto tiempo mantuve aquella posición. El tiempo había dejado de tener sentido. El reloj de Shigeru se había detenido para siempre y el mío, en aquel momento, también.

»El recuerdo más triste que mi memoria conserva es el día del entierro de Shigeru. Ver su foto me hirió profundamente. Tenía 17 años y aparecía sosteniendo su violín; sonreía mirando fijamente al objetivo. Era una sonrisa perfecta; una de esas sonrisas que, al delatar la inseguridad de la persona que la esbozaba, conmovía al espectador. No parecía la sonrisa de un chico solitario que llevara una vida infeliz. Pero a través de una fotografía no se puede comprender nada. No es más que una sombra.

»Cuando terminó la ceremonia fui a un bar. Estuve allí hasta poco antes del amanecer. Una fina lluvia cubría la ciudad. Me sentía exhausto. La lluvia empaapaba silenciosamente los bloques de rascacielos; parecían enormes lápidas. A medio camino, me senté en un banco y observé cómo cambiaban los colores de un semáforo que tenía frente a mí. A las cuatro de la mañana la ciudad se veía miserable y sucia. La sombra de la putrefacción y la decadencia lo cubría todo. Y yo formaba parte de ella.

»Al día siguiente fui a visitar a la abuela de Shigeru. “Antes de que te vayas me gustaría pedirte un favor”, me dijo. Ella no sabía utilizar el equipo de música de Shigeru y quiso que le pusiera uno de sus discos. Elegí mi favorito, pero por más que cerré los ojos e intenté concentrarme en la música, no conseguí que me absorbiera. Un fino velo se interponía entre la música y yo. Un velo muy fino, casi imperceptible, pero que, pese a mis esfuerzos, me impedía pasar al otro lado. Cuando terminó, le intenté transmitir lo que había sentido. Era la primera vez que traducía en palabras lo que la música me contaba. Para mi sorpresa, me dijo que había sentido lo mismo. Al despedirme de ella supe dos cosas. La primera: que nunca más iba a volver a ver a Reiko-san; la segunda: que la música había dejado de tener sentido para mí. *Había muerto con Shigeru*. Cada vez que recordaba cómo me había comportado con él, sentía que me abrían una brecha en el corazón. No tenía que haberle hablado de ese modo. Hay palabras que quedan para siempre en el corazón de las personas y aunque él no lo mostrara, era una persona extremadamente sensible.

»Todas las mañanas observaba mi reflejo en el espejo. No era capaz de reconocer el rostro que me miraba desde el otro

lado. Era la primera vez en mi vida que sentía una profunda aversión hacia mí mismo. Me infligí una herida muy honda; mucho más honda de lo que entonces me pareció. Nunca había querido perjudicar a nadie, pero descubrí que el ser humano que yo era podía hacer el mal. Yo alejé a Saori. Yo maté a Shigeru. Los dos habían desaparecido de mi vida por diferentes motivos y, al desaparecer, se habían llevado una parte imprescindible de mí. La última imagen de Shigeru me persiguió durante muchos años. Cada vez que cerraba los ojos, aparecía.

Hiro-san llegó al final de la historia y permanecemos durante unos minutos en silencio.

—¿Por qué lo hizo? —pregunté tras meditarlo detenidamente.

—En las tinieblas la imaginación trabaja más activamente que en plena luz, pero él se hundió en ellas. No había ninguna luz que iluminara esa oscuridad; su alma se perdió en ella.

—¿Por qué?

—Siempre hay un lugar al que ir si realmente quieres, pero muchas veces anhelas llegar a un destino que no existe. Él ansiaba volver a un lugar en el que había sido muy feliz. Pero ya no quedaba nada.

Volvió a formarse una larga pausa. Sentí que el aire de la habitación se había vuelto mucho más denso. En el exterior caía una lluvia similar a la que había descrito Hiro-san la madrugada del entierro de Shigeru.

—¿Cómo fue para ti vivir con eso?

Durante un largo rato Hiro-san no emitió ningún sonido. Ni siquiera se escuchaba su respiración. Su mirada estaba ausente. Cuando pensaba que ya no iba a responder, comenzó a hablar.

—Después de aquello me aislé del mundo. No había podido mantener en mi vida a Saori ni había podido salvar a Shigeru. No había sabido cuidar de ellos y me había quedado solo.

—No fue culpa tuya. La vida de alguien es, al fin y al cabo, su vida. No puedes responsabilizarte de la vida de los demás. No hay mayor error que arruinar el presente recordando un pasado que ya no tiene futuro.

—Lo sé. —Su voz perdió dureza y adquirió un tono más dulce—. Aki-chan, si he decidido contarte esta historia es porque no quiero que tú repitas el mismo error. Me recuerdas demasiado a él. Desde que apareciste con tu música, pensar en Shigeru ha sido inevitable.

—No te preocupes, Hiro-san. Yo soy Akiko Akiyama, no Shigeru Fujiwara.

Hiro-san sonrió y se levantó para mirar a través de la ventana. Yo también me aproximé al cristal. Fuera estaba completamente oscuro. Parecía que había dejado de llover, pero después de un rato pude ver cómo una pequeña cortina de agua seguía cubriendo con sutileza la ciudad.

—Hiro-san —dije sin apartar la vista de la ventana—, acabo de recordar una cosa muy importante.

—¿Qué cosa? —preguntó con curiosidad.

—Nunca llegaste a decirme cuál era su novela favorita.

—¡Pensaba que no me lo ibas a preguntar nunca! —Le miré. Parecía haberse animado de nuevo—. Durante mucho tiempo pensé que se trataba de *Las afinidades electivas*⁴⁴, ya que había sido la última novela que había leído y le había enviado por carta. Pero ella me confesó que nunca acerté. De hecho, ni siquiera estaba en nuestra librería.

—Entonces, ¿qué sentido tenía el juego? —pregunté con estupefacción.

—Mi abuela decía que las cartas rompían el silencio y recibir las sin aviso era tan emocionante como el saber que alguien te dedicaba su tiempo.

—Y estoy de acuerdo con ella, pero...

—Nunca lo supe —respondió rápidamente.

—¿En serio? —dije con una mezcla de asombro y decepción.

—Yo creo que de ese modo es perfecto. —Cerró los ojos manteniendo la sonrisa—. ¿No crees?

Aquella noche hubo una buena tormenta. De esas con rayos que iluminan como el sol y truenos que resuenan en el

⁴⁴ *Las afinidades electivas*, cuyo título original es *Die Wahlverwandtschaften*, es una novela del escritor alemán Goethe publicada en 1809. Es una obra brillante que ejemplifica, como ninguna otra, la novela romántica y sus principales características. Pone énfasis en los conflictos morales de la época, en los problemas matrimoniales y en las pasiones que determinan nuestros actos. Todo ello, basándose en la ley de la química que afecta —según la cosmovisión de Goethe— a las personas como si fueran elementos.

espacio. Me dormí dejando que el sonido de la lluvia me ahogara en un enorme charco. Al día siguiente no había ni una sola nube. Al abrir la ventana para ventilar la habitación me fijé en el paisaje. Todo brillaba con una intensidad abrumadora: los árboles, las farolas, las calles, los edificios... Era como si hubieran renacido.

木枯らし⁴⁵

Arranqué la hoja de noviembre del calendario que había en la cocina. Diciembre había llegado. Observé los días que aparecían señalados en rojo. Esos días ya estaban prefijados, eran importantes para todo el mundo. Pero cada persona nace con un calendario propio al que irá añadiendo, a lo largo de su vida, fechas significativas. Primero marcamos nuestro cumpleaños y el de nuestros familiares. Conforme crecemos vamos añadiendo nuevas fechas significativas. Por desgracia, también las muertes de quienes nos rodean formarán parte de nuestro calendario personal.

Aquel domingo acudí al hospital como siempre, pero al entrar en la habitación de Hiso-san me encontré con una mujer que rondaría los ochenta años. Dormía profundamente con una mascarilla de oxígeno, así que, por suerte, no se percató de mi presencia. Salí inmediatamente de la habitación y me apoyé en la pared. El corazón me latía con fuerza. ¿Me había equivocado de habitación? No. Eso era imposible. ¿Le habrían cambiado de habitación? Sí. Eso sí era posible. Bajé a recepción y pregunté por Hiro-san.

—¿Arata-san? —La recepcionista parecía algo confusa—. Espere un momento, por favor. —Descolgó el teléfono y marcó cuatro dígitos. Es cierto que cuando te tratan de usted, tengas la edad que tengas, te sientes más mayor—. Ahora viene la doctora Aoyama.

⁴⁵ “Kogarashi”. Lit. «Hacer morir los árboles». Hace alusión al frío viento que nos avisa de la llegada del invierno.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Me aparté ligeramente del mostrador. Observé la pequeña cesta de mimbre donde suele haber caramelos de eucalipto; estaba vacía. También había un pequeño calendario de mesa que seguía estando en el mes de noviembre. El sonido de unos tacones reverberó en mis tímpanos. Dirigí la vista hacia el lugar del que provenía aquel eco y vi cómo una mujer con bata blanca se dirigía hacia mí.

—¿Akiyama Akiko? —Su voz sonó tan hueca como la de un robot.

—Sí —respondí leyendo en el bolsillo superior de su bata *Dra. Aoyama*.

—Será mejor que me acompañes. —Su tono era exageradamente frío.

La seguí por el infinito pasillo. Pensaba que me llevaba a la nueva habitación de Hiro-san, pero no fue así.

—Adelante, por favor —me dijo abriendo la puerta del que supuse, era su despacho—. Toma asiento.

Asentí con firmeza y me adentré en la guarida de aquel robot de hielo.

Hay una realidad que demuestra la verdad de un hecho porque nuestra memoria y nuestros sentidos son demasiado inseguros, demasiado parciales. Incluso podemos afirmar que muchas veces es imposible discernir hasta qué punto un hecho que creemos percibir es real y a partir de qué punto sólo creemos que lo es. Así que, para preservar la realidad como

tal, necesitamos otra realidad que la relativice. Pero, a su vez, esta realidad colindante necesita una base para relativizarse a sí misma. Es decir, que hay otra realidad colindante que demuestra, a su vez, que ésta es real. Y esta cadena se extiende indefinidamente dentro de nuestra conciencia y, en cierto modo, puede afirmarse que es a través de esta sucesión, a través de la conservación de esta cadena, como adquirimos conciencia de nuestra existencia misma. Pero si esta cadena, casualmente, se rompe, quedamos trastornados. ¿La realidad está al otro lado del eslabón roto? ¿Está a este lado?

El sobre que me había entregado la doctora Aoyama tenía mi nombre escrito con el kanji de otoño. Al abrirlo encontré la foto en la que Hiro-san aparecía junto a Saori en el estanque del parque. Aunque la calidad de la fotografía no era buena, me percaté de la existencia de un cisne. La primera vez que la había tenido entre mis manos no había reparado en él. El cisne me observaba con sus negros y profundos ojos. Dentro había una nota:

«Cuando leas las siguientes líneas mi alma habrá abandonado este mundo. Me gustaría escribirte tantas cosas...pero no dispongo de espacio ni tiempo para ello. Ojalá pudiera continuar hablando contigo de forma perpetua, pero debo despedirme.

El destino hizo que aparecieras en mi vida; gracias a ti he podido liberar a mi corazón de la pesada carga que ha soportado durante tantos años. Me has entregado el mejor regalo que podía recibir: tu tiempo.

Siempre que venías a visitarme, en mi interior resonaban estas palabras: “Es frágil y parece como si fuera a desaparecer.

cer, pero brilla con fuerza al son de los latidos del corazón. Es la luz de la vida”».

Abrí el primer cajón del escritorio y guardé el sobre como si contuviera el mapa de un antiguo tesoro. Cerré el cajón lentamente. Me costaba asumir que Hiro-san se hubiese ido para siempre. Apoyé los codos en la mesa y me quedé contemplando la escena que se dibujaba ante mí. Hacía mucho tiempo que no veía el amanecer. En un extremo del cielo apareció una línea azul que fue extendiéndose lentamente por el horizonte; como la tinta cuando se derrama sobre una superficie. Cuando apareció el sol, el azul se diluyó con la luz. Había nubes en el cielo; nubes tan blancas como el algodón, tan nítidas que parecía que se podía escribir sobre ellas. Empezaba un nuevo día.

Hay veces que nos sentimos solos, perdidos en una inmensidad que no conocemos ni entendemos. La rutina nos ahoga, nos impide respirar. Queremos olvidarnos de los problemas, pero cuanto más nos empeñamos, más nos aprieta la rutina y más lejos nos encontramos de todo. Es curioso que muchas de estas veces, lo único que nos falta, aunque no nos demos cuenta, es algo tan simple como una sonrisa. El poder que puede tener una sonrisa es infinito. Sólo verla reflejada en la cara de alguien que de verdad apreciamos nos ayuda a no sentirnos solos. Nos ayuda a entender que compartimos nuestra burbuja con alguien más. Hiro-san me había regalado su última sonrisa. Una sonrisa cargada de calma, paz y serenidad.

No tenía apetito para desayunar y sentía que si me quedaba entre aquellas cuatro paredes la desesperación se apoderaría de mí. Me vestí con lo primero que encontré y salí a la

calle. ¿Qué hora era? Ni lo sabía ni me importaba; no tenía prisa, no tenía rumbo. Caminaba muy lentamente. Era como si hubieran atado a mis pies dos bloques de hormigón. Me costaba reaccionar a los estímulos que me rodeaban. Todo iba exageradamente rápido. Un hombre de unos cuarenta años con traje y maletín se chocó conmigo y me tiró al suelo. No se disculpó ni me ayudó. Antes de continuar corriendo me echó una mirada fulminante, como si encima le hubiera molestado. Me levanté y subí las escaleras del puente que cruzaba la carretera. Cuando llegué al centro de la plataforma me detuve y apoyé los brazos en la barandilla. El gélido viento me golpeaba la cara y mis músculos se entumecían paulatinamente. Observé a la gente desde arriba. Saqué mi cuaderno y comencé a escribir:

«Miradlos, corriendo de un lado a otro. Siempre con prisas. Es la raza humana. Lo que más ansía en este mundo es conectar con otros. Para algunos eso ocurre a primera vista. ¡Es el destino destilando su magia! Sin embargo, eso sólo les ocurre a unos pocos. Para el resto de la humanidad vivir es menos romántico; se rige por oportunidades desaprovechadas y por no ser capaz de decir lo que necesitas decir cuando debes decirlo.

Muy de cuando en cuando, en medio de tanto azar, ocurre algo inesperado que nos empuja hacia delante. Y lo cierto es que ahora empiezo a creer, ahora empiezo a sentir que, tal vez, la prisa de los humanos no se deba a una carrera».

Guardé el cuaderno y continué caminando. Llegué hasta el parque de Inokashira y me senté en el primer banco que vi. Saqué el MP4 y me puse los auriculares. Busqué en mi lista de reproducción el *Estudio Trascendental nº 4* de Liszt. El in-

térprete era Yokoyama Yukio. Sabía que él no había sido el pianista que había interpretado la versión que tenía Shigeru en su casa, pero era la mejor grabación que había encontrado. Mientras dejaba que sus notas me envolvieran pensé en Hiro-san. Me habría gustado que lo escuchara una vez más.

Cogí el cuaderno de nuevo y miré a mi alrededor. No había nadie paseando por el parque. Era de esperar. Todavía era muy pronto. Antes de que mis manos se congelaran por completo, garabateé algunas líneas:

«¿Para qué negar lo evidente? Odio este imperfecto, defectuoso, deteriorado, deficiente e inexacto mundo. Pese a intentar hallar el sentido de todo, el porqué de nuestra existencia nunca ha logrado saberse. Coincido con numerosos pensadores en que la vida no tiene ningún sentido. Es meramente mi opinión y muchos me tacharéis de padecer misantropía o de ser una vulgar mohína, mustia, taciturna, compungida y cariacontecida persona. Sinceramente me es indiferente lo que opinen los demás.

Es una lástima que pocos sepan, hoy en día, el significado del término esfuerzo. Todos poseemos sueños que nos sería grato poder realizar, pero ¿cuántos los consiguen alcanzar? Cierto es que hay metas más altas que otras, pero el mundo es cruel por naturaleza y las personas que en él residen lo son aún más.»

Una silueta se detuvo frente a mí. Como tenía los auriculares puestos no escuché lo que decía. Me los quité y levanté la vista: era Katsumi.

—Te preguntaba que qué hacías aquí —repitió con tono sosegado.

—Observo y escribo —respondí. Mi voz sonó extraña. Pronunciar aquellas palabras me había resultado muy complicado.

—¿Y qué escribes?

—Nada en concreto. Pensamientos.

—¿Qué tipo de pensamientos son?

—De cómo percibo la vida.

—¿Y cómo la percibes?

—Supongo que de una manera diferente a como la percibes tú.

—Quizá no sea tan diferente —dijo esbozando una sonrisa.

—A saber... A veces tengo la impresión de que no encajo en este mundo y me cuesta concebir la idea de que haya alguna persona que comparta algo conmigo.

—Yo también pienso que no encajas en este mundo porque no perteneces a él, pero a veces percibo un brillo en tus ojos que dice: “¡Katsumi! Ven a observar este paisaje. Seguro que te gusta”.

La miré a los ojos. No fui capaz de discernir si lo que acababa de decir era una broma o iba en serio.

—¿Te importa si me siento a tu lado? —Su voz sonó extremadamente aguda.

—En absoluto.

Se sentó a mi derecha y permanecemos en silencio durante unos minutos.

Aproveché para guardar el cuaderno y el *MP4*.

—¿Estabas escuchando a Tchaikovsky? —me preguntó mientras enroscaba los auriculares alrededor del reproductor de música.

—No. Hoy era el turno de Liszt.

—Nunca he escuchado nada de él —dijo con un tono que mezclaba curiosidad y alegría.

Detuve mi acción y pensé en Hiro-san. ¿Y si sacaba el pequeño altavoz y lo conectaba al *MP4*? El parque seguía vacío, así que no molestaría a nadie.

—¿Quieres escuchar el *Estudio Trascendental nº 4* de Liszt? —le pregunté sacando el pequeño altavoz de la mochila.

—¡Me encantaría! —exclamó entusiasmada.

—Este estudio también es conocido como *Mazeppa* —dije antes de iniciar la reproducción.

—¿Qué significa?

—Es el apellido de un héroe nacional ucraniano —expliqué mientras se iniciaban los arpeggios de los primeros compases.

—¿Por qué tiene ese nombre?

—Porque el estudio está inspirado en un poema de Victor Hugo.

—Entonces, ¿esta música representa la historia de un poema?

—Exacto. La historia es bastante simple. Iván Mazeppa seduce a una dama polaca y como castigo es despojado de sus ropas y atado a un caballo salvaje que lo lleva hasta Ucrania.

—¡Qué horror! —exclamó de forma escandalosa—. ¿Consiguió llegar vivo?

—Sorprendentemente, sí. Después es liberado por los cosacos ucranianos y es nombrado su monarca, en reconocimiento a tal proeza.

—Me transmite mucha angustia esta música. Me resulta, incluso, agresiva en algunas partes.

—Liszt sabe cómo reflejar musicalmente el desbocado galope del caballo y el sufrimiento de Mazeppa. Es una obra con una exigencia técnica tremebunda para el intérprete. Encima, para añadir más dificultad a la obra, Liszt propuso una digitación poco usual para conseguir unos *staccatos* y *legatos* adecuados al carácter que quería mostrar.

—No entiendo algunas de las cosas que dices, pero me gusta cómo suena —dijo esbozando una apacible sonrisa—. Esta parte es muy bonita —señaló el altavoz y cerró los ojos—. Es como si el caballo se hubiera detenido para descansar y una ligera lluvia hubiera comenzado a caer sobre ellos.

—Es mi parte favorita. —Se refería a la mitad del minuto dos. Pensé en Hiro-san y sentí una pequeña opresión en el corazón. ¿También sería esa su parte preferida?

Al terminar la composición, el silencio nos inundó. Me encontraba en una especie de trance, como si una parte de mí se hubiera evaporado con los últimos acordes de la melodía.

—Katsumi... —dije sin apartar la vista del horizonte.

—Dime.

—A veces tengo la sensación de que, si me quedo aquí, acabaré perdiéndome sin posibilidad de retroceder y terminaré siendo como no debo ser. —Aquellas palabras salían de un lugar oculto en lo más profundo de mi corazón. No quería pronunciarlas, pero no podía controlarlas. Habían cobrado vida.

—Todos necesitamos un lugar al que poder retroceder cuando nos sentimos perdidos. —Quería apartar la vista del horizonte, pero mis ojos no me respondían—. Si pudieras elegir ahora mismo, ¿adónde te gustaría ir? —me preguntó.

—A un mundo distinto. A un lugar donde nadie pueda encontrarme. A un lugar donde no transcurra el tiempo. En este mundo las cosas no dejan de cambiar. Quiero encontrar un lugar donde el tiempo se detenga, permitiendo que los momentos se hagan eternos.

—¿Por qué no vamos ahora?

Conseguí pestañear y apartar la vista del horizonte.

—¿Cómo? —pregunté con cierta confusión mirándola fijamente a los ojos.

—¡Vayamos a ese mundo ahora! —dijo levantándose con energía.

—Pero...

No me dio tiempo a responder nada. Me cogió del brazo y me levantó sin necesidad de hacer fuerza.

—¡Sígueme! —exclamó sonriendo.

Introduje el *MP4* y el pequeño altavoz en la mochila y la seguí con perplejidad. Avanzaba rápidamente, pero no me costaba seguir su ritmo. Giramos por diferentes senderos. Cada vez nos alejábamos más de la población. Los árboles que nos rodeaban aumentaban en número y el parque empezaba a parecerse más a un frondoso bosque. Comenzó a sonar la melodía de un violín. ¿Estaba en mi cabeza?

—¿Oyes eso? —le pregunté.

No respondió. Siguió caminando con paso firme. Un piano comenzó a acompañar al violín. Al principio con unos tímidos acordes, como si tuviera miedo de no encajar adecuadamente en la melodía, pero cuanto más avanzábamos, más fuerza cobraba. A veces el violín hablaba mientras el piano escuchaba educadamente. A veces el piano hablaba mientras el violín escuchaba atentamente. A veces, ambos instrumentos se fusionaban creando un diálogo de enorme belleza y gran virtuosismo. Katsumi se detuvo de golpe y casi me tropiezo con ella.

—¡Hemos llegado! —dijo dándose la vuelta y abriendo los brazos en señal de victoria.

Miré a mi alrededor. ¿Dónde estábamos? ¿Habíamos salido del parque? No. Eso era imposible. Pero entonces, ¿por qué no reconocía el lugar que nos rodeaba? El frío viento agitaba las copas de los árboles. ¿Dónde estaba la ciudad? No era capaz de ver nada más que árboles. Parecía que nos en-

contrábamos en medio de un valle. Parecía que nos encontrábamos en la cumbre de la montaña más alta del mundo. Parecía que estábamos sobre las nubes observando el infinito. Y entonces lo sentí. El tiempo se había detenido. Los segundos no avanzaban. No existía el ayer; no existía el mañana: únicamente el ahora. La melodía del violín volaba acompañada de las notas del piano. Y aquello duró hasta que el viento dejó de soplar.

